

MES

DEL

SANTÍSIMO SACRAMENTO

POR

J. Julio María Matovelle,

Presbítero

2.ª edición esmeradamente corregida

Con las debidas licencias



BARCELONA

HEREDEROS DE JUAN GILI

EDITORES — CORTES, 581

1914

ARZOBISPADO DE QUITO

APARTADO 106

QUITO - ECUADOR S. A.

GOBIERNO ECLESIASTICO DE
LA ARQUIDIOCESIS
Quito, mayo 20 de 1987
PUEDE REIMPRIMIRSE.

+ A. J. González Z.

Antonio J. González Z.,
ARZOBISPO DE QUITO

+ ANTONIUS J. GONZALEZ Z. DEI ET A.S. GRATIA +
ARCHIEPISCOPUS · QUITENSIS

Héctor Soria S.

Héctor Soria S.,
CANCILLER

CENSURA Y LICENCIA ECLESIÁSTICAS

Censura del Rdmo. Señor Canónigo y Rector del Seminario de Cuenca Dr. D. Guillermo Harris.

Cuenca, Noviembre 20 de 1904.—Pase a la revisión del Señor Canónigo Honorario Dr. D. Guillermo Harris, para que emita su informe.

BENIGNO PALACIOS.

Reverendísimo Señor Administrador Apostólico:

Obedeciendo al decreto anterior, he examinado el manuscrito intitulado *Mes del Santísimo Sacramento,* y me es honroso asegurar a su Señoría Rma., que ese pequeño opúsculo encierra sana y

útil doctrina, siendo al mismo tiempo útil su publicación y difusión en el pueblo piadoso.

Cuenca, Diciembre 14 de 1904.

Guillermo Harris M.

Licencia de la Autoridad Eclesiástica

Administración Apostólica.—Cuenca, Diciembre 19 de 1904.

Visto el informe del Revisor nombrado para que examine el manuscrito intitulado *Mes del Santísimo Sacramento*, damos licencia para que se haga imprimir dicho manuscrito.

B. PALACIOS.

ADVERTENCIA PARA LA SEGUNDA EDICIÓN

Ofrecemos este Devocionario a las personas que anhelan dedicar al Santísimo Sacramento un mes entero y seguido, no contentas de honrarle en todo el año con sus visitas diarias al tabernáculo y, sobre todo, con la comunión frecuente. La Iglesia, es cierto, no ha señalado todavía espacio determinado de tiempo para la práctica de esta devoción, ni la ha enriquecido aún con el tesoro de las indulgencias; pero esto no es de extrañar, pues todos los ejercicios piadosos, antes de generalizarse en el orbe catolico y merecer la aprobación y las bendiciones de la Santa Sede, han principiado en el recinto de un hogar o de alguna otra asociación humilde, y desde allí han irradiado su benéfica luz sobre toda la Iglesia. No fué otro el origen del *Mes de María,* y esperamos que igual cosa acontecerá con el *Mes del Santísimo Sacramento*. El hecho es que, habiéndose compuesto este Devocionario para los socios del *Culto perpetuo* y el templo del

Santo Cenáculo, en la ciudad de Cuenca de la República del Ecuador (1), hase agotado completamente la primera edición, y se emprende en esta segunda, con el fin de satisfacer los pedidos de innumerables fieles que quisieran valerse de este pequeño libro para tributar sus homenajes de adoración y amor al augusto Sacramento. Quiera el Señor bendecir este diminuto opúsculo de manera que pueda contribuir en algo a sostener y fomentar el culto a la divina Eucaristía.

Cuenca, Enero 6 de 1914.

---

(1) Véase el Prólogo a la primera edición que reproducimos a continuación.

MOTIVO DE ESTA OBRA

La ciudad de Cuenca, de la actual República del Ecuador, fué fundada, durante la dominación española, por el Virrey del Perú y Marqués de Cañete, D. Andrés Hurtado de Mendoza. La fundación se hizo el doce de Abril del año mil quinientos cincuenta y siete, en la Semana Santa; por cuya razón los vecinos de la nueva ciudad se obligaron espontáneamente a ayunos y otras prácticas de piedad muy recomendables en honor de la divina Eucaristía, cuya institución se conmemora el Jueves de aquella gran Semana. Desde entonces el culto del Santísimo Sacramento ha venido a ser tan grato y amado para Cuenca, que es como su distintivo especial por la solemnidad y pompa excepcionales que aquí reviste en todo tiempo, más señaladamente aún en la Octava del Corpus; pues todas las clases sociales contribuyen a ello, en virtud de un compromiso antiguo y tradicional, lla-

mado *Pacto Eucarístico de Cuenca*. No contentos con lo dicho, los católicos habitantes de la Capital del Azuay han erigido a honra de aquel Misterio adorable un suntuoso y bello templo bajo el título de *Santo Cenáculo*, donde todos los días del año es expuesta solemnemente a la adoración de los fieles la divina Majestad Sacramentada, y funciona la edificante asociación del *Culto Perpetuo*. Una de las más hermosas prácticas de esta última es el *Mes del Santísimo Sacramento*, qne se celebra cada año durante Abril; por cuyo motivo se ha escrito la presente obrita para satisfacer de alguna manera los justos anhelos de aquella pía y fervorosa confraternidad. Añádense varios actos de desagravio y otros ejercicios piadosos aprobados por la Iglesia y avalorados con indulgencias, o extractados de devocionarios de nota, para que los socios del Culto perpetuo tengan como un manual suyo propio, siquiera sea breve y compendioso, hasta que les sea dado otro más abundante, completo y mejor.

Creemos conveniente advertir que los ejemplos o pequeños rasgos históricos, narrados en el Mes, son tomados de autores graves y dignos de crédito, y muy especialmente de la bra escrita en francés, y publicada en París en 1898, bajo este título: *Los Milagros históricos del Santísimo Sacramento,* por el P. Eugenio Couet, de la Congregación del Santísimo Sacramento. Acerca de lo cual, conforme a los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que no es nuestro intento dar a los hechos maravillosos en esta obra referidos, y sobre los que no ha recaído aún expresa decisión de la Iglesia, otra autoridad que la basada en fe puramente humana.

Dígnese la Virgen Inmaculada, en cuyo año jubilar componemos este trabajo humilde, depositarlo con sus manos benditísimas, como una pequeña ofrenda, á los pies de nuestro divino Salvador Sacramentado.

J. Julio María Matovelle,

Presbítero.

MES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

ORACIÓN PREPARATORIA

PARA CADA DÍA

Jesús amabilísimo, que por amor al hombre descendisteis desde el solio de la gloria hasta las humillaciones del Pesebre y el Calvario, y no contento aún con esto, os habéis quedado en el Santísimo Sacramento para ser el compañero de nuestro destierro y el alimento de nuestras almas: ¿cómo podremos, Señor, testificar el reconocimiento y gratitud que os debemos por tan insignes beneficios? Quisiera no solamente humillarme, sino aniquilarme todo en vuestra divina presencia, derritiéndome en incendios seráficos de caridad, a modo del incienso en las brasas del altar, para corresponder de algún modo a las finezas incomprensibles de vuestro amante Corazón, en favor de los ingratos mortales. Creo, Señor, con la más viva fe, que en la Hostia consagrada, bajo los accidentes de pan

que os cubren como un velo, estáis presente Vos, Rey de cielos y tierra, Hijo unigénito del Eterno Padre, Vos, el Verbo divino hecho hombre por amor a nosotros en el seno purísimo de la siempre Virgen María; y por sostener la verdad del hermoso dogma de vuestra real presencia en el Santísimo Sacramento, daría gustoso mi vida, y derramaría toda mi sangre. ¡Tantas invenciones de vuestra infinita sabiduría para engrandecer al hombre, la más ingrata y rebelde de todas vuestras criaturas! ¡Cómo quisiera, Señor, amaros por todos los que no os aman, serviros por todos los que os olvidan, y alabaros y ensalzaros por todos los que os desprecian! A lo menos, Señor, yo vengo ahora a consagraros cuerpo y alma, sentidos y potencias, mi vida y todo mi ser, en tiempo y eternidad, con el propósito de emplearme todo en servicio de vuestra divina Majestad. ¡Quién me diera, Señor, pasar mi existencia entera al pie de vuestros altares, adorándoos, amándoos y ensalzándoos a Vos, único amor de vuestras almas; a Vos, Rey y Señor de nuestros corazones, humillado y escondido bajo los humildes accidentes de una Hostia! Recibid, oh Dios amabilísimo, los sinceros homenajes de fe, reparación, amor y gratitud que

venimos a ofreceros en este Mes, consagrado especialmente al culto del adorable Sacramento. En cambio, dignaos escuchar nuestra súplica: os pedimos humildemente que nos perdonéis todas nuestras culpas, nos inflaméis en vuestro santo amor, y hagáis de nuestros pechos vuestra morada en tiempo y eternidad. Amén.

CONSIDERACIÓN PRELIMINAR

PARA LA VÍSPERA

La Sagrada Eucaristía es compendio de las maravillas de Dios

Preludio.—Contemplando el real Salmista las obras admirables de Dios, así en el antiguo como en el nuevo Testamento, exclama: «Oh Señor, loarte he con todo mi corazón en la sociedad de los justos, y en medio de tu Iglesia. Grandes son las obras del Señor: exquisitas y muy adecuadas para todos sus fines. Gloria es y magnificencia cada obra suya: y su justicia o fidelidad en las promesas permanece firme por los siglos de los siglos.» Y para que el hombre ingrato no olvidase fácilmente tantas bondades y finezas, el Señor nos ha dado un recuerdo y compendio de todas ellas, en el maná que hizo llover en el desierto. *Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors et miserator Dominus; escam dedit timentibus se. Memor erit in sæculum testamenti sui* (Ps. 110). «Memoria eterna

dejó de sus maravillas: misericordioso y compasivo es el Señor: ha dado alimento a los que le temen.» Se acordará siempre de su alianza. ¿Y por qué nos habla David del maná, y no de los otros portentos del Altísimo? Porque el maná figuraba la Eucaristía, y este Sacramento divino es verdadero compendio y dulcísima memoria de las maravillas de Dios, como lo vamos á considerar.

Punto 1º—En cambio de los grandes e inmensurables beneficios con que incesantemente nos colma la munificencia divina, no exige de nosotros más que el humilde homenaje de la gratitud: el *recuerdo*. Cuando el Señor sacó a los israelitas de la servidumbre de Egipto, les dijo: «Este día de vuestra libertad será para vosotros memorable para siempre: *Habebitis hunc diem in monumentum;* y le celebraréis como fiesta solemne al Señor con perpetuo culto, de generación en generación.» (Exod. XII, 14). Lo propio tornó a ordenarles después de cada uno de esos magníficos acontecimientos en que su Providencia divina intervino en favor del pueblo escogido, durante el curso de su maravillosa historia. Cuando principió a llover el maná en el desierto, dijo Moisés a aquel pueblo: «Esto es lo que me ha ordenado el Señor: Llena de

maná un gomor o medida, y guárdese para las generaciones venideras, a fin de que vean el pan con que yo os sustenté en el Desierto, después que os saqué de la tierra de Egipto.» (Ib. XVI, 33). Todas las grandes fiestas de los judíos no eran otra cosa que una periódica y solemne conmemoración de algún insigne beneficio recibido del Cielo.

Punto 2º—Si el antiguo Testamento nos ofrece un cuadro tan varto y admirable de los efectos de la munificencia divina en favor de los hombres, ¿qué diremos del nuevo? ¿Qué proporción hay entre Moisés y Cristo, entre el pueblo libertado de la servidumbre de Egipto y el linaje humano rescatado del pecado y el infierno? El paso del man Rojo, los portentos del Sinaí, la peña del Horeb, el maná eran figuras lejanas, débiles sombras de las maravillas inefables y divinas de la Redención. Un Dios hecho hombre, un Dios niño, un Dios que trabaja, padece y muere por salvarnos: he aquí milagros y estupendas maravillas como jamás han contemplado los siglos. Nazaret, Belén, el Cenáculo y el Calvario nos ofrecen misterios de todo punto incomprensibles y admirables. ¿Y dónde está el monumento que nos recuerde esos portentos de la omnipotencia y bon-

dad infinitas? Oigamos á San Pablo: «El Señor Jesús, la noche misma en que había de ser traidoramente entregado, tomó el pan, y dando gracias le partió, y dijo á sus discípulos: Tomad, y comed: este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: haced esto en memoria mía:» *Hoc facite in meam commemorationem* (1.ª Corinth. XI, 23 y 24). La sagrada Eucaristía es, pues, el recuerdo que de sí nos ha dejado nuestro Salvador amantísimo; es el monumento de los misterios de su caridad infinita en favor de los hombres; el resumen y compendio de todas sus finezas y bondades. *Memoriam fecit mirabilium suorum.* La santa Misa es una renovación incruenta y mística del sacrificio del Calvario, la memoria indeleble del beneficio infinito de la Redención.

Punto 3º—Instruyendo San Juan Crisóstomo á los fieles de Antioquía acerca de este adorable misterio, exclamaba así: «¡Cuántos hay ahora que dicen: Cómo quisiera ver al Salvador, la figura de su rostro, sus vestiduras, su calzado! Pues he aquí que (en la divina Eucaristía) lo ves, lo tocas y lo comes. Y en verdad, tú no deseabas sino verle, y he aquí que el Salvador te concede no solamente que le veas, sino que le comas y toques, y

recibas dentro de ti». *Ipse vero tibi concedit non tantum videre, verum et manducare, et tangere, et intra te sumere* (Homil. 60). Los hombres dejan por recuerdo suyo un bucle de sus cabellos, o un retrato; pero Jesucristo se ha quedado él mismo real y verdaderamente entre nosotros, bien que encubierto bajo los velos del Sacramento, para que no le olvidáramos. Todos los misterios de su Humanidad sacratísima están como reproducidos en el altar, porque allí está el mismo Niño de Belén, el Obrero de Nazaret y la Víctima divina del Calvario. La Sagrada Eucaristía es el maná que encierra el sabor celestial de todos esos misterios admirables, y el centro, autor y manantial de todas las gracias. ¡Oh Jesús dulcísimo! cuantas veces me acerco a visitarte o recibirte en la Hostia consagrada, me parece que te veo sobre las pajas del pesebre, o predicando a las turbas junto al lago de Genezaret, o espirando por mi amor en la Cruz. ¿Cuándo, Señor, aprenderé a corresponder como debo, a tan inestimables finezas de tu infinita caridad? ¡De cuán dulces y tiernas invenciones te has valido para conquistar mi corazón, y sin embargo no soy todavía enteramente tuyo! Pero ya, desde ahora me consagro, oh mi único

y amantísimo Dueño, a tu servicio y amor, y propongo hacer de los misterios hermosos de tu Humanidad santísima, principalmente de la sagrada Eucaristía, que es memoria y resumen de todos ellos, el alimento diario de mi alma. Amén.

Resoluciones.—Para que nuestras visitas al Santísimo Sacramento y todas nuestras comuniones sean más provechosas a nuestras almas, meditemos al hacerlas, en alguno de los principales misterios del Salvador, presente en la sagrada Eucaristía.

Ejemplo.—El año de 1254, un sacerdote que acababa de distribuir la comunión pascual, en la iglesia de Saint-Amé, de la ciudad de Douai, en Flandes, encontró una Hostia caída sobre el pavimento. Grandemente conmovido se prosternó para recogerla, cuando de súbito la sagrada Forma se alzó por sí misma, y fué á descansar sobre los corporales. El sacerdote convocó á los Canónigos, y todos juntos, inclusive el pueblo que fué también llamado a presenciar el prodigio, contemplaron a la Hostia maravillosa en forma de bellísimo Niño. Este milagro duró muchos días, renovándose cuantas veces la sagrada Hostia era expuesta al descubierto. Pero no para todos era uno mismo el espectáculo: en el es-

pacio de una hora se contemplaba ordinariamente al Salvador, bajo diferentes formas: unos le veían extendido sobre la cruz; otros, cual si viniera a juzgar a los hombres; otros, en fin, y era el mayor número, bajo la figura de niño. Un testigo ocular de este portento, el célebre Tomás de Cantiprato, dice: «Ví también yo entonces, la faz adorable de mi Señor Jesucristo. No era un Niño pequeñito lo que ví. sino su rostro adorable con la sagrada cabeza coronada de espinas, y dos gruesas gotas de sangre que resbalaban por las mejillas. Postréme al punto adorando y orando entre torrentes de lágrimas.» Este milagro fué tan auténtico que su recuerdo se celebra con fiesta anual muy solemne en la ciudad mencionada, hasta el día de hoy.

Luego se reza una *estación* al Santísimo Sacramento, dando gracias a Nuestro Señor por la institución de este Misterio, y se termina con el cántico y oración siguientes:

CÁNTICO
AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

El Pueblo:

Ven, Hostia divina,
Ven, Hostia de amor,
Ven, haz en mi pecho
Perpetua mansión.

El Coro:

Estrofa 1ª—Lirio de los valles,
Bella flor del campo,
Que al nítido lampo
Del naciente sol,
Te alzas en el ara,
Peregrina y sola,
Y abres la corola
De níveo fulgor.

2 Tras esos cendales
Que atan los querubes,
Cual tras de las nubes
Se refugia el sol,
Se oculta a mis ojos
Mi Dueño querido;
Pero el pecho herido
Me tiene de amor...

3 Todo calla en torno
Del altar sagrado:
¡Oh brisas, cuidado,
Ni un leve rumor!
No turbéis os pido,
No turbéis el sueño
De mi amante Dueño
Y amado Señor.

4 Vino de las vírgenes,
Manjar de escogidos
Que en ti hallan unidos
Sustento y amor;
¡Ay de quien no come
El Pan de la vida!
¡Ay del alma herida
Que á ti no acudió!

5 ¡Oh Pan de los ángeles!
¿Hay quién no se asombre
Al ver como el hombre
Desprecia tal dón?
¡Oh amor ignorado,
No correspondido,
Amor en olvido,
Ultrajado amor!

6 Mendigo del cielo,
Muestras tu fineza
Viviendo en pobreza
Sin gloria ni honor.

No en palacio de oro
Se meció tu cuna,
Ni pompa ninguna
Se arrastra en tu pos.

7 Moras en los templos
Cual Rey solitario;
Belén y Calvario
Tus altares son.
Atónitos gimen
Los Angeles mismo
Al ver este abismo
De infinito amor.

8 Himno de silencio
Sólo aquí retumba;
Parece una tumba
La santa mansión;
La lámpara triste
Vierte lumbre escasa,
Y es muy pobre casa,
La casa de Dios.

9 ¡Oh Dueño divino!
¡Oh Amante olvidado!
¡Jesús adorado,
Mi Rey, mi Señor!
Ya tanta fineza
Y tanta ternura,
Parecen locura,
Locura de amor.

10 ¡Ah, no, Jesús mío!
Yo que te amo poco,
Yo el ingrato, el loco
Y el protervo soy;
Mas, Dueño adorado,
Me rindo y concluyo
Por ser todo tuyo:
¡Tu amor me venció!

ORACIÓN FINAL

Oh Dios, que en vuestro Sacramento admirable, nos habéis dejado un compendio de todas vuestras maravillas, y un recuerdo y memoria de los misterios de vuestra Humanidad santísima, principalmente de la sagrada Pasión; os pedimos humilde y rendidamente que nos concedáis gracia para amar con todo nuestro corazón y honrar durante toda nuestra vida, y con el más grande fervor, los sagrados misterios de vuestro Cuerpo adorable y Sangre preciosísima; haced que os recibamos con la mayor frecuencia, y cada vez más dignamente, en la santa Comunión, nos libertemos por ella de nuestras faltas cotidianas y la esclavitud de las pasiones, de modo que adelantemos siempre en virtud y perfección, gustemos los frutos saludables de vuestra Redención divina, y confortados a la hora de la muerte por el santo Viático, logremos la dicha de veros y poseeros eternamente en el cielo. Amén.

Los días siguientes del Mes se harán como en el primero, variando solamente las consideraciones.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA PRIMERO

El Deseado de las Naciones

Preludio.—Al bendecir el patriarca Jacob a uno de sus hijos, Judá, le anunció que de su descendencia nacería el Mesías, y que éste sería el deseado de todas las gentes: *Et ipse erit expectatio gentium.* Los profetas en sus predicciones llaman también al Salvador, el Deseado de las naciones: *Venit desideratus cunctis gentibus.* En efecto, al tiempo de aparecer el Mesías sobre la tierra, todos los pueblos y gentes se hallaban en expectación del que debía venir a salvarlos de la servidumbre ominiosa en que el paganismo los tenía a todos aherrojados. Y como nuestro divino Salvador después de su ascensión gloriosa no se pone ya en contacto con los hombres, sino por medio de la divina Eucaristía, debemos decir que en este Sacramento de amor, es verdaderamente el Deseado de todas las naciones.

Punto 1º—Antes de la venida del Me-

la tierra era un lugar de luto y devastación; el pecado y la corrupción se habían enseñoreado de todos los hombres; todo yacía sumido en la miseria, el dolor y la desesperación. Felizmente la promesa hecha por Dios en el Edén se había esparcido como una de las tradiciones primitivas sobre todo el mundo, y así, no solamente el pueblo de Israel sino hasta las mismas naciones paganas esperaban la venida de un Salvador que los libertase de tantas miserias, les abriese el camino del cielo y los constituyese en un estado de gracia y prosperidad. En prueba de ello, los Magos acuden a Belén desde las más remotas regiones del Oriente, y Virgilio, el gran poeta romano, predice la venida de este esperado Salvador, casi con los acentos de un profeta. Pero el pueblo escogido de Dios era quien más que ningún otro de la tierra se sentía animado con esta esperanza consoladora. ¡Cielos, enviadnos vuestro rocío: tierra, abríos y brotad al Salvador! Estos eran los continuos gemidos y clamores de todos los justos de la antigua ley; de manera que el Mesías era con toda verdad el Deseado de las naciones.

Punto 2º—Este anhelo de felicidad, este deseo vivísimo de paz y ventura, no han

cesado, sino al contrario, se han aumentado más con la venida del Mesías. Todos sentimos en lo más profundo de nuestro interior ese hastío por las cosas de la tierra, esa inquietud en medio de todos los placeres y felicidades de acá abajo, que nos dicen que no hemos sido hechos para este mundo, sino para el cielo. Pero, ¿dónde y cuándo hallar el lleno de estos deseos, ni la saciedad para esta hambre que nos devora y consume? El único que puede colmar este vacío de nuestros corazones es Jesús, nuestro divino Salvador, que nos dice: «El que tenga sed venga á mí y beba. Venid a mí todos los que estáis cansados y desfallecidos, bajo el peso de los pecados y trabajos de esta vida, y yo os aliviaré.»

Punto 3°—Pero donde principalmente Jesús se nos presenta como la esperanza de las almas, es en la Sagrada Eucaristía; allí se nos da el pan divino que nos alimenta de la gracia y la virtud, como maná que sacia el hambre de felicidad que nos devora. Allí donde el Salvador oye nuestras súplicas, cura nuestras enfermedades y calma todos nuestros deseos. Decía Santa María Magdalena de Pazzis, que cuando se comulga debía exclamarse: *Consummatum est.* Habiéndoseme dado mi Salvador en la santa

Eucaristía, ya no le queda otra cosa que darme, porque este es el supremo de los dones y ante él los demás no tienen ni valor ni precio. Digamos, pues, con el piadoso Luis de Blois: «Oh Verbo Eterno, oh Dios sacramentado, iluminadme con esa luz brillante y graciosa que disipa las tinieblas del alma y derrama en ella la gracia y la felicidad. Oh ardores suavísimos de la santa Comunión, devoradme y consumid este átomo de polvo de mi substancia terrestre. Oh Jesús amabilísimo, transformadme todo en Vos, a fin de que hallándome todo unido a Vos por el lazo indisoluble del amor, viva de Vos; y, como una blanca azucena, florezca eternamente en el cielo, ante vuestra divina presencia. Amén.»

Resoluciones.—En las inquietudes del alma, y sus oscuridades interiores, en todos los trabajos y miserias de la vida, acudamos confiadamente a Jesús, nuestro divino Salvador, real y verdaderamente presente en la sagrada Eucaristía, y El remediará todas nuestras necesidades.

Ejemplo.—Un judío moribundo refirió, a Santo Tomás de Villanueva, haberse convertido al cristianismo, merced a un prodigio hermoso, que ocurrió de la siguiente manera: «Siendo todavía muy joven, le dijo, iba cierta ocasión en com-

pañía de otro judío de mi misma edad, y sucedió que, de una a otra conversación, llegamos a tratar del Mesías. ¡Oh, nos decíamos, si fuésemos tan felices que viviésemos en el tiempo en que El debe venir! ¡Si le viéramos con nuestros propios ojos!... Con esto nos inflamamos de modo que ardíamos en deseos de tan suspirada ventura. De pronto una luz extraordinaria partió de lo alto, como si se abrieran los cielos. Entonces, llenos de confianza en Dios, nos postramos de rodillas, y pedimos al Señor con toda la devoción de que éramos capaces, que se dignara enviar al Mesías en nuestros días, y hacérnoslo ver a Aquel a quien tan vivamente esperábamos. Apenas habíamos hecho está súplica, he aquí que, en medio de esa luz resplandeciente, se nos presentó un cáliz deslumbrador, con una hostia encima, de forma igual a la que los sacerdotes católicos elevan en la Misa. Un grande terror se apoderó de nosotros, ante esta visión; pero luego desapareció el terror, y una luz interior disipó los errores de nuestro espíritu y nos hizo comprender con claridad que en la sagrada Eucaristía se hallaba real y verdaderamente presente el Mesías a quien vagamente aguardábamos. Esto motivó mi conversión, a la que siempre

ha sido fiel como bien lo sabéis. Padre mío.» Después de la muerte del joven convertido, Santo Tomás creyó de su deber referir este hecho desde el púlpito, como lo hizo, para pública edificación y común enseñanza, de que Jesucristo en el Santísimo Sacramento es el supremo bien y felicidad de todos los pueblos.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA SEGUNDO

La Eucaristía y la Encarnación

Preludio.—Dice San Juan: «En el principio, esto es, desde la eternidad, era ya el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros.» *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis* (Cap. I, vers. 1 y 14). Estas profundas y admirables palabras del Evangelistas nos enseñan la relación íntima y profunda que existe entre el misterio de la Encarnación y el de la Sagrada Eucaristía, como lo vamos á considerar.

Punto 1º—El primer portento que nos ofrece el misterio de la Encarnación es a Dios unido con el hombre, al Verbo hecho carne, según la enérgica frase del Evangelio: *Et Verbum caro factum est.* ¿Puede imaginarse siquiera una maravilla comparable a la Encarnación? ¡Todo un Dios unido a la vil criatura: esto es, el Ser infinito unido a la nada, el Omnipotente a la debilidad, el Eterno, el Impasible unido a lo que es mortal y

perecedero! ¿Qué lengua será bastante para alabar como se merece una dignación tan infinita? Pero este misterio tan grande y hermoso se reproduce en nuestros pechos siempre que recibimos la santa Comunión; pues por medio de ella Dios viene a habitar en nuestros corazones con una unión que, después de la hipostática, es tan íntima que apenas si puede concebirse; es, dice San Cirilo de Alejandría, como si de dos pedazos de cera se formase uno solo. El Salvador instituyó la Sagrada Eucaristía, para que por medio de ella participemos nosotros también, en algún grado, de esa unión divina e incomprensible que tiene su Humanidad santísima con el Verbo; de modo que, dice San Agustín: Dios se ha hecho hombre, para que el hombre se hiciese Dios. El Verbo se ha encarnado, para venir a habitar en nosotros por medio de la Comunión. *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* ¿Qué ofreceremos al Señor en reconocimiento de dádiva tan preciosa? *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?*

Punto 2º—La unión portentosa realizada por la Encarnación entre el Verbo divino y la Humanidad santísima de Cristo es la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en la única e indivisi-

ble persona del Verbo: Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, pero este hombre perfectísimo y completo, no tiene otra personalidad que la del Verbo. Esto nos enseña el dogma católico acerca de la Encarnación; veamos ahora lo que pasa en nosotros cuando recibimos a Cristo Señor nuestro en la divina Eucaristía. Cristo desciende á nuestros pechos y se une a nuestras almas, y sin que el Salvador ni nosotros dejemos de ser lo que somos, verifícase una unión mística tan admirable que podemos exclamar entonces con el Apóstol: Vivo yo ciertamente, pero de manera que no soy yo quien vivo, sino Cristo es quien vive en mí. *Vivo autem, jam non ego: vivit vero in me Christus!*

Punto 3º—El misterio de la Encarnación ha sublimado la naturaleza humana a una altura prodigiosa. Dios se ha hecho hombre, para que el hombre se hiciese Dios. En la Sagrada Comunión es donde se palpa, por decirlo así, este fruto admirable de la Encarnación; pues, por medio de la Eucaristía, llega el alma a ser no solamente el santuario de la Divinidad, sino la esposa predilecta del Verbo, esposa dichosísima á quien pueden aplicarse los elogios del Cantar de los Cantares. Los desposorios contraídos

por la naturaleza humana con el Verbo divino en el misterio de la Encarnación, se renuevan con cada alma en particular en la Comunión eucarística; Dios se ha hecho hombre, para que Dios humanado habite en cada una de nuestras almas y las eleve a la sublime y hermosa dignidad de esposas suyas. *El Verbum caro factum est, et habitavit in nobis!* ¿Quién podrá jamás alabar como es debido una dignación tan inefable y amorosa de nuestro Dios?

¡Oh Jesús amabilísimo, oh único amor y finísimo amante de nuestras almas! alábente los Angeles, derrítanse en tu amor los Serafines, por las dádivas de tu caridad infinita con que nos enriqueces en la sagrada Comunión. Ya no más ingratitudes ni pecados; en retorno de tantas finezas te consagramos, Señor, todo nuestro corazón, para que en ti solo medite, a ti ame, a ti sirva y por ti viva en tiempo y eternidad. Amén.

Resoluciones.—Siempre que tengamos la dicha de comulgar, preparémonos a acto tan solemne meditando en la Encarnación, y esforzándonos por imitar los sentimientos y disposiciones que tuvo la Santísima Virgen en este inefable misterio. Cuando asistimos a la Misa, doblemos las rodillas, y humillemos nues-

tro espíritu rebosando gratitud a la Majestad divina, al *Incarnatus est* y al *Verbum caro factum est*, recordando que en la sagrada Eucaristía se renueva, en cierto modo y diariamente, el misterio amabilísimo de la Encarnación.

Ejemplo.—Refiere San Antonio, arzobispo de Florencia, que un día de fiesta salieron dos amigos a solazarse en el campo; antes de lo cual uno de ellos tuvo cuidado de oir Misa y cumplir con el precepto dominical, y el otro no. Yendo, pues, juntos su camino, de repente se turbó el aire y armóse una furiosa tempestad; a este tiempo oyeron los jóvenes una voz en el cielo, que decía: Dale, hiérele; y a poco de esto cayó un rayo, y mató al desdichado que aquel día no había oído misa. El compañero estaba helado de espanto, cuando tornó a oir la misma voz misteriosa: Hiérele, hiérele también a ese. Mas enseguida otra voz resonó en el aire, diciendo: No puedo herirle, porque ha oído hoy el *Verbum caro factum est*... Y entendió el joven que se libraba de la muerte y condenación eterna, por haber honrado ese día el misterio de la Encarnación, asistiendo a la santa misa. (El V. P. Rodríguez, en el *Ejercicio de perfección*, parte 2.ª, trát. 8.º, cap. 16).

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA TERCERO

La Visitación

Preludio.—Apenas realizado el misterio adorable de la Encarnación en el seno purísimo y virginal de María, cuando, según nos refiere San Lucas, esta Virgen incomparable partió inmediatamente a las montañas de Judea, a visitar a su prima Santa Isabel que, por un raro prodigio, después de largos años de esterilidad, era ya madre del Precursor. «Lo mismo fué oir la salutación de María, dice el Evangelista, cuando Isabel se sintió llena del Espíritu Santo: y exclamando en alta voz, dijo: Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde a mí tanto bien que venga la Madre de mi Señor a visitarme?» *Et unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* (I. 43). Intimas y hermosas son las relaciones de la Eucaristía con este misterio, pues él nos enseña el fruto que debemos sacar de la santa Comunión.

Punto 1º—Durante los nueve meses que el Verbo encarnado estuvo en el seno de María, esta Virgen Inmaculada fué a modo del copón o la custodia donde se deposita y expone el augusto Sacramento; el Cielo todo se postraba en humilde y rendida adoración ante las plantas de esa admirable Doncella, que era el santuario viviente de la Divinidad. A donde iba María, allá le acompañaban legiones innumerables de ángeles y serafines, adorando a su Dios y Señor escondido y anonadado en las entrañas de esta purísima Virgen; en ella, como en el Tabernáculo de la nueva alianza, descansaba el verdadero maná y el pan bajado del cielo para dar vida al mundo. El seno de María fué el primer altar donde se ofreció a la majestad infinita del Padre la Hostia divina de nuestra Redención; allí fué donde, según San Pablo, dirigió Jesús a su Eterno Padre esta divina oración: «Tú no has querido sacrificio ni ofrenda: mas a mí me has apropiado un cuerpo: holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: Héme aquí que vengo.» *Tunc dixi: Ecce venio* (Hebr. X. 7).

Punto 2º—¿Quién podrá expresar los pensamientos, afectos y ocupaciones del alma santísima de la Virgen, durante

aquellos nueve meses que fué el tabernáculo vivo del Verbo encarnado? Humillábase hasta el polvo, descendía hasta los abismos de la nada, ante la Majestad de Dios abatida en la Encarnación; luego inflamábase en transportes de caridad inefable, y prorrumpía en cánticos dulcísimos de acción de gracias. Ya no eran las melodías de los serafines, sino las alabanzas de María, las que sobre todos los himnos del universo deleitaban a Dios. El cielo estaba entonces en el seno de la Virgen. El sublime cántico del *Magnificat* nos revela cuáles eran en este misterio los sentimientos y afectos de la Reina de los Angeles, cuáles las virtudes que adornaban su Corazón Inmaculado: la humildad profunda, la gratitud sin límites, la adoración continua, el amor divino con todos sus admirables excesos. *Magnificat anima mea Dominum: et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* María Santísima en el misterio de la Visitación es modelo y ejemplar perfectísimo de las virtudes que debe practicar un alma cuando ha recibido a su Dios en la santa Comunión. Aniquilamiento profundo, adoración humilde, amor inflamado a Dios, caridad generosa para con el prójimo, cánticos y acciones de gracias: he aquí cuáles deben ser

las ocupaciones de nuestro espíritu en los momentos religiosos que siguen a la recepción de la sagrada Eucaristía.

Punto 3º—San Ambrosio nos propone las muchas y admirables virtudes que practicó la Virgen Santísima en el misterio de la Visitación. Rectamente nos dice la Escritura, explica el Santo Doctor, que María ascendió aceleradamente las montañas de Judea: *Abiit in montana cum festinatione*, «¿pues a dónde, sino hacia arriba, y con grande apresuramiento, había de ir la que estaba llena de Dios? La gracia del Espíritu Santo ignora las dilaciones de la molicie»: *Nescit tarda molimina Sancti Spiritus gratia*. Luego advertid, continúa el Santo Arzobispo de Milán, qué torrentes de gracias inunda la casa de Isabel, al ingreso de María: el Precursor es lavado de la mancha original, y él y su madre se ven llenos del Espíritu Santo; «y, si al entrar solamente, se obtuvieron tan insignes favores, como el de que a la salutación de María, el niño Juan Bautista dió saltos de júbilo en el seno de su madre, y ésta fué llena del Espíritu Santo: ¿cuánto acrecimientos de gracia juzgamos que habrá producido en esa venturosa familia la presencia de María Santísima durante tres meses?»

Quantum putamus usu tanti temporis Sanctae Mariae addisse praesentiam? (In. Luc. lib. 2, c. 1). La Virgen Inmaculada nos enseña, pues, que cuando, por la santa Comunión, tenemos la dicha de recibir al Señor en nuestro pecho, debemos esforzarnos porque todos nuestros actos y conversaciones sean dechados de humildad, modestia y caridad abnegada para con el prójimo. ¡Oh Jesús dulcísimo, que tantas veces os dignáis venir a habitar en nuestras almas, no permitáis jamás que os recibamos indignamente, sino al contrario, hacednos crecer continuamente en toda clase de virtudes, de modo que vuestra presencia sacramental nos purifique de todas nuestras manchas, y nos llene de los dones y gracias del Espíritu Santo! Amén.

Resoluciones.—En cada una de nuestras comuniones pidamos al Señor, mediante la Santísima Virgen, que por fruto de su divina visita nos conceda una gracia especial, como la extirpación de un vicio que nos domina, o la adquisición de una virtud que nos falta.

Ejemplo.—En 1566, San Estanislao de Kostka, siendo todavía seglar, y a la edad de diez y seis años, hallábase de estudiante en Viena, y vivía alojado en casa de un luterano, cuando cayó grave-

mente enfermo. Viéndose el santo joven a las puertas de la muerte deseó con vehemencia recibir los últimos auxilios de la Religión, y especialmente el sagrado Viático; pero no había modo de lograrlo, porque el furioso hereje habría arrojado al moribundo en la calle, antes que consentir que entrara en su casa un sacerdote católico. Entonces Estanislao recurrió a Santa Bárbara, y más fervorosamente aún a la Virgen Santísima, para que no le dejaran morir sin recibir la visita de nuestro Salvador Sacramentado. Su oración fué prontamente escuchada. Apareciósele Santa Bárbara con dos Angeles, uno de los que llevaba en las manos la divina Eucaristía, que fué dada en Comunión al piadosísimo mancebo. Poco después, habiendo éste entrado en agonía, se le presentó repentinamente, en medio de claridad deslumbradora, la Virgen Sacratísima, llevando en brazos al Niño Jesús, a quien depositó sobre el lecho del moribundo. Entonces Estanislao estuvo a punto de morir, no ya de dolor, sino de alegría. Viendo al Divino Niño tan cerca de sí, le tomó, cubriéndole de besos y caricias, y por largo tiempo le tuvo estrechado contra su corazón. Al mismo punto la Reina del cielo devolvió completa salud al joven, le

ordenó que entrara en la Compañía de Jesús, y le dejó colmado de consuelos y delicias celestiales. (Vida del Santo, por Gaveau.)

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA CUARTO

Belén o la Casa del Pan

Preludio.—La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo en Belén tienen relaciones tan íntimas y estrechas con la Institución del Santísimo Sacramento en el Cenáculo, cual si los dos misterios no formaran sino uno solo. El primero es referido en estos términos, por San Lucas: «José pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, en Judea para empadronarse (conforme al edicto imperial) con María su esposa, la cual estaba en cinta. Y sucedió que hallándose allí, le llegó la hora del parto. Y dió a luz a su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre: porque no hubo lugar para ellos en el mesón.» *Et peperit filium suum primogenitum, et pannis eum involvit, et reclinavit eum in praesepio* (II. 7.) Inmediatamente los Angeles anunciaron este misterio á los pas-

tores de las cercanías, diciéndoles: Hoy os ha nacido en Belén, la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor. *Natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus, in civitate David* (11). ¿No es esto lo propio que podríamos decir cada vez que se renueva el sacrificio eucarístico: hoy nos ha nacido, en este altar, el Salvador?

Punto 1º—San Gregorio Magno desenvolviendo admirablemente la relación hermosa que existe entre aquellos dos misterios, dice: «Muy bien nace el Salvador en Belén, porque Belén quiere decir Casa del pan, y el mismo Cristo nos ha dicho: Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo. El lugar en que el Señor había de nacer, llamábase pues anticipadamente casa del pan, porque estaba decretado que allí se había de manifestar revestido de nuestra carne, el que venía a ser alimento de los elegidos, y a saciar interiormente a sus espíritus.» *Qui electorum mentes interna satietate reficeret* (Homil. 8 in Evang.) El Verbo divino, la verdad increada, que es el verdadero pan de las inteligencias, ha entrado por grados en contacto con los hombres: primeramente se nos dió por Salvador de la humanidad en general, en el misterio de Belén: *Natus est hodie*

vobis Salvator; y luego esta misma gracia de salvación se distribuyó entre los individuos del pueblo cristiano entregándose el Redentor a cada uno de sus discípulos, como pan de sus almas, en la sagrada Eucaristía: *Et accepto pane fregit et dedit eis* (S. Luc. cap. XXII). «Tomó el pan, le partió y dióselos.» De modo que Belén es como el Cenáculo de la humanidad en general, y el Cenáculo es el Belén de cada alma en particular. El Pan de los Angeles, el Pan de la verdadera vida que descendió del cielo a modo del maná sobre las pajas humildes de Belén, este es el Pan que fué repartido a todos los discípulos individual y singularmente en el Cenáculo. Por el misterio sublime de la Encarnación la humanidad entera se desposó con el Verbo divino; por el misterio amabilísimo de la Eucaristía cada alma en particular es invitada a contraer estos desposorios admirables.

Punto 2º—El Verbo divino descendió del cielo a la tierra para hacerse alimento de nuestras almas; pues la inteligencia vive de la verdad, y el Verbo es la verdad eterna y el resplandor de la Divinidad. Pero como el hombre se había hecho carne y convertídose en bestia por el pecado, el Verbo divino des-

cendió hasta el pesebre, para ponerse al alcance de cada uno de nosotros. De esta manera el misterio de Belén anunciaba ya la Sagrada Eucaristía; pues mediante la participación de ella nuestros pechos se convierten verdaderamente en morada de nuestro Dios humanado. Cada templo católico es un otro Belén, una nueva casa del pan, porque allí se consagra y distribuye la sagrada Eucaristía, alimento celestial de todas las almas regeneradas por la gracia del bautismo. ¡Hostia santísima, don el más precioso que nos ha dispensado el Cielo: con cuánto afán y amor debemos guardarte y recibirte, manjar suavísimo de nuestras almas en este destierro! ¡Tú nos haces saborear anticipadamente las delicias inefables del paraíso!

Punto 3º—Cuando el Angel anunció a los Pastores el nacimiento del Mesías, ellos rebosando de júbilo a tal noticia, dijéronse entre sí: «Vamos hasta Belén y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha mostrado.» *Transeamus usque Bethlehem.* ¿No debería ser éste también el grito de nuestras almas durante la triste noche de la vida en que nos encontramos? Sí: vamos hasta Belén; vamos hasta el Tabernáculo, donde torna a nacer cada

día a la vida eucarística el divino Niño. Más felices que los Pastores podremos no solamente cubrirle de ósculos amorosos y estrecharle en nuestros brazos, sino esconderle en nuestros pechos y reclinarle en nuestros corazones. ¡Qué dicha tan inefable la de una sola comunión! ¿Y cómo hay católicos tan tibios que apenas si recuerdan de la sagrada Eucaristía, y apenas si la visitan; a quienes no se les da nada alejarse meses y aun años de la Mesa eucarística? ¿No es la Comunión que hace de nuestros pechos como un altar donde se renuevan con todo su calor y vida los amables misterios de Belén? ¿Cómo agradeceremos jamás al Redentor una gracia tan excelsa y una dignación tan amorosa? ¡Oh Jesús dulcísimo: qué os daremos en retorno de las inefables riquezas de vuestra caridad con que nos habéis colmado?

Resoluciones.—Cuando estemos para recibir la santa Comunión, aunque nuestros pechos sean tan pobres y desaliñados como el establo de Belén, procuremos al menos purificarnos de todo pecado e inclinación viciosa, para que así ofrezcamos a nuestro Dios Sacramentado una morada menos indigna de su infinita majestad.

Ejemplo.—Léese en la vida del célebre

y piadoso Hugo de San Víctor, muerto en 1142, que Nuestro Señor Jesucristo se le apareció un día en el altar, bajo la forma de pequeño Niño, y que después de haberle dejado que le contemplase a su gusto, le invitó a que le tomase y le comiese. Pero el piadoso religioso se excusó de hacerlo, alegando el horror natural que sentía en ello, por lo cual pidió a nuestro Señor que se dignara ocultar su carne adorable bajo el velo de las especies sacramentales. El Salvador escuchando benignamente esta súplica, tornó a presentársele oculto bajo el velo de las especies eucarísticas, y el santo Abad comulgó entonces con devoción extraordinaria. Con este milagro quiso el Señor demostrar a aquel su piadoso siervo, que el Niño de Belén es el Pan divino que nos alimenta en nuestros altares.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA QUINTO

La Adoración de los Magos

Preludio.—Apenas nacido el Salvador en el pobre establo de Belén, es adorado no solamente por los pastores, sino también por los santos Reyes Magos, que emprenden un largo viaje por rendir sus humildes homenajes al Mesías: Dice el Evangelio: «A la vista de la estrella se regocijaron por extremo. Y entrando en la casa hallaron al Niño con María su Madre, y postrándose le adoraron, y abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra.» *Et apertis thesauris suis, obtulerunt ei, aurum, thus et myrrham.* (Matth. 2, 11). En este pasaje se nos presentan estos piadosos Reyes como el tipo y modelo del verdadero adorador del Santísimo Sacramento, según vamos á considerarlo.

Punto 1º—Durante los días de su existencia mortal pocas veces recibió el Salvador una adoración tan pública y solemne como la que le tributaron los Ma-

gos. La primera virtud que resplandece en ellos y hace hermosa su adoración, es la Fe. No se escandalizan de la humildad del pesebre, de la pobreza de los pañales, ni de la soledad y aislamiento en que encuentran al divino Niño, que no tiene otro cortejo que el que le forman su Madre Santísima y su Padre putativo; en medio de todas estas humillaciones reconocen al Salvador del mundo, al Rey de cielos y tierra, al Hijo unigénito del Eterno Padre, y le adoran como á tal, ofreciéndole oro, incienso y mirra. De modo semejante, el que se acerca a nuestros tabernáculos para adorar a la Hostia Santa, debe ante todo afirmarse sólidamente con la gracia de Dios, en la hermosa virtud de la Fe, para no escandalizarse de la soledad de nuestros templos, la pobreza de nuestros altares, ni el desdén de los hombres para con nuestro Dios Sacramentado. Al través de estas tinieblas espesas de la Fe, hemos de aprender a buscar a nuestro Rey divino, nuestro Salvador amantísimo, nuestro único y verdadero Dios. ¡Ay! cuántas veces la aridez del espíritu y el tedio del corazón quisieran separarnos de los pies del tabernáculo; pero entonces más que nunca es necesario recordar que la Fe, como todas

las virtudes, no puede existir sin continua y profunda abnegación de todo nuestro ser.

Punto 2º—La segunda virtud que resplandece en los santos Reyes Magos es la *generosidad* en corresponder á las gracias del cielo. Apenas han contemplado lucir en el Oriente la estrella portentosa, dejaron patria, familia y bienes, y emprendieron un viaje largo y penoso para ir a adorar al Mesías. Cuando después de vencidas las contradicciones y pruebas de aquel dilatado camino encuentran por fin al Salvador, no se contentan con una admiración estéril sino que le ofrecen los tesoros más ricos de sus cofres: oro, incienso y mirra. De modo semejante, quien quiere de veras ser adorados del Santísimo Sacramento, tiene que sacrificar con generosidad las repugnancias de la naturaleza y hollar valerosamente el respeto humano, la ociosidad y la molicie; sólo a este precio encontrará a nuestro Salvador divino. Y cuando le haya encontrado en medio de las sombras y oscuridades de la Fe, le ha de ofrendar los sacrificios que el Señor le pide por medio de sus santas inspiraciones; le ha de ofrendar alegremente el incienso de la oración, la mirra de la mortificación y el oro de la caridad.

Punto 3º—La tercera virtud de que nos dan ejemplo los santos Reyes, es la constancia en realizar su propósito. No se arredran por la indiferencia de los unos, las burlas de los otros, el desdén de casi todos. El desaparecimiento de la estrella les contrista, pero no les hace volver atrás. La alarma de Jerusalén y los recelos de Herodes tampoco les hacen desistir de su propósito, y a pesar de todas las dificultades perseveran firmes hasta que logran la inefable dicha de adorar al Hijo unigénito del Eterno Padre, al Verbo Encarnado, a quien Herodes perseguirá muy luego, y los Judíos incrédulos entregarán más tarde al suplicio de la cruz. Hoy como entonces el Salvador permanece ignorado para muchos que no le encuentran jamás, aunque habita en medio de ellos; continuando en realizarse aquellas palabras de San Juan: «En el mundo estaba, y el mundo fué por él hecho, y con todo, el mundo no le conoció. Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron.» ¡Cuántos viven al lado de una iglesia católica sin darse nunca cuenta de que allí habita Nuestro Señor Jesucristo! Sólo las almas de viva fe, las almas generosas y constantes logran la dicha de poseer a Jesucristo en la tierra, es

decir, de gozar las delicias anticipadas del paraíso.

Resoluciones.—A imitación de los santos Reyes Magos, hagamos de Jesucristo Señor nuestro el blanco de nuestros afectos y el término de todas nuestras aspiraciones, busquémosle constantemente a través de las dificultades de la vida, recordando que en el sagrado tabernáculo está oculto el verdadero y único Dios que será nuestra eterna felicidad en los cielos, y que es nuestro paraíso de delicias en este mundo.

Ejemplo.—La adoración es tan propia de Dios y tan debida a su Majestad infinita, que cuando los hombres se la niegan, se apresuran a tributarle hasta los mismos animales destituídos de razón. Refiere Pedro el Venerable, abad de Cluni, como hecho acontecido no solamente en su tiempo, sino también en su país, que un campesino de la diócesis de Clermont, en Auvernia, dedicado al cultivo de las abejas, viendo que éstas se perdían, aconsejado de un mágico, acudió, para remediarlo, al sacrilegio y la superstición. Comulgó pues indignamente, y apoderándose de la Hostia Santa la llevó a sus colmenas y allí la tomó en su boca inmunda, para verificar sus sortilegios, pero a este tiem-

po se le escapó la Hostia de los labios y cayó en tierra. Al instante ¡cosa admirable! las abejas salen de sus colmenas y se precipitan hacia la sagrada Forma, la levantan con respeto sobre sus alas desplegadas, y la conducen procesionalmente al interior de una colmena, donde la depositan en medio de los panales, como en el centro de una milagrosa custodia. El sacrílego, lleno de furia, toma entonces un cántaro de agua e inunda con ella la colmena, para matar las abejas; en seguida abre la colmena, y al hacerlo se encuentra ¡oh portento inaudito! con un hermoso y pequeñito Niño recostado en los panales en medio de la cera, y que parecía dormir. Entonces el aldeano aterrado tomó al Niño en sus brazos para llevarlo a la iglesia y enterrarlo ahí. Pero mientras se encaminaba a realizar su proyecto, el divino Niño escapó de aquellas indignas manos, y desapareció de la vista del aldeano. El cielo no dejó mucho tiempo sin castigo esa execrable impiedad: una epidemia terrible redujo todo aquel país a la soledad y la devastación, porque jamás se profana impunemente el Sacramento adorable de nuestros altares.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA SEXTO

La Sagrada Eucaristía y los santos Angeles

Preludio. — San Lucas cuenta en su Evangelio, que cuando nació el Salvador en Belén, se apareció un Angel anunciando la buena nueva a los pastores de aquella comarca, «y al punto mismo, dice el Evangelista, se dejó ver con el Angel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando a Dios, y diciendo: Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.» Los Angeles fueron pues, con la Santísima Virgen y San José, los primeros y más fervientes adoradores del Dios humanado, y continúan aún siéndolo, en el Sacramento adorable de nuestros altares.

Punto 1º—Dice San Pablo que cuando Dios introdujo por segunda vez a su Hijo primogénito en el mundo, dijo: «Adórenle todos los Angeles de Dios»: *Et adorent eum omnes Angeli Dei.* (Hebr. 1. 7). Según muchos Padres y no pocos

de los más sabios intérpretes, la prueba a que Dios sujetó a los espíritus angélicos, fué proponerles el misterio de la Encarnación, y que adorasen al Hombre-Dios. Fué ésta la primera vez que dijo Dios a sus Angeles: *Adoradle.* Gran parte de ellos se precipitaron en los infiernos, convertidos en demonios, porque llenos de soberbia y orgullo, rehusaron adorar a una naturaleza inferior a la suya, la naturaleza humana unida hipostáticamente con el Verbo. Pero San Miguel exclamó entonces: «¿Quién como nuestro Dios encarnado?» *Quis ut Deus?*; y la multitud innumerable de Angeles fieles, siguiendo el grito de combate del Arcángel San Miguel, prosternáronse en lo profundo de su nada, y adoraron humildemente el misterio inefable de la Encarnación, que acababa de revelárseles. Cuando este misterio se realizó en la serie de los tiempos, cuando el Verbo encarnado se manifestó por primera vez en Belén, los Angeles renovaron sus humildes adoraciones, las que no han cesado de ofrendarle, y continuarán rindiéndole hasta el fin en la adorable Eucaristía, y por toda la eternidad en los cielos.

Punto 2º—Mientras más humillado y abatido se nos presenta el Verbo encar-

nado, más profundas, fervientes y asiduas deben ser nuestras adoraciones; y como el misterio, por excelencia, de las humillaciones de Dios, es la sagrada Eucaristía, es al pié de nuestros altares donde más que en ningún otro lugar deben resplandecer nuestra sincera fe y ardiente piedad. Ejemplo de ello nos dan los Angeles que son los adoradores más rendidos, fervorosos y fieles del divino Sacramento. Mientras los hombres dejan abandonado este sublime misterio en la soledad de los templos, los espíritus angélicos cercan, en apiñadas multitudes, aquel menospreciado tabernáculo, en desagravio de nuestro olvido e ingratitud. Dice San Juan Crisóstomo: «Donde Cristo se encuentra en la Sagrada Eucaristía, no falta nunca la frecuencia de los Angeles; porque donde está un príncipe y Rey tal, allí se encuentra el palacio celeste, o, mejor dicho, el mismo cielo: *Ubi est Christus in Eucharistia, ibi etiam non deest Angelorum frecuentia.* Ya nuestro Señor lo había dicho: Donde quiera que se hallare el cuerpo, allí se congregarán las águilas.

Punto 3º—A imitación de los santos Angeles, esforcémonos por tributar continuamente a la sagrada Eucaristía los

homenajes de nuestro amor. No nos presentemos jamás ante este dulcísimo misterio, sino en la actitud humilde y reverente de piadosa adoración; aunque ausentes con el cuerpo, procuremos que nuestros corazones y almas estén clavados al pie de los altares. Reparemos continuamente con nuestra fe y piedad los ultrajes que los hombres irrogan a este adorable Misterio. A semejanza de los Angeles hagamos de la sagrada Eucaristía el centro de nuestros afectos y la vida de nuestras almas. ¡Oh Jesús dulcísimo, no por los Angeles, sino por amor al hombre, habéis descendido del cielo a la tierra, y sin embargo los hombres os olvidan, desconocen y ultrajan! ¡Quién me diera el amor encendido de los Serafines para hallarme continuamente delante de vuestros altares, desagraviándoos, con mis afectos, de la frialdad e ingratitud de los hombres!

Resoluciones.—Siempre que visitemos al Santísimo Sacramento, recibamos la comunión, o presentemos cualquier otro homenaje a este sagrado Misterio, unámonos con los Angeles que en ese mismo momento están adorando a nuestro Señor Sacramentado, y reparando nuestras faltas.

Ejemplo.—Un día contempló Santa An-

gela de Foligno a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, cercado de una multitud innumerable de Angeles. «Admiré, dice la Santa, la magnificencia de que estaba cercado el Señor. Pregunté el nombre de los Angeles que veía:—*Son los Tronos*, se me respondió.—Me deslumbraba su multitud verdaderamente innumerable; y si el número y la medida no fuesen como leyas propias de toda la creación, habría creído que la multitud sublime que contemplaba no tenía número ni medida. No alcanzaba a divisar dónde terminaba en su latitud ni en su profundidad esa multitud inmensa.»

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA SÉPTIMO

EL «NUNC DIMITTIS»

Preludio.—Cuando Jesús fué presentado en el templo, cuarenta días después de nacido, asistió a esa augusta ceremonia el santo anciano Simeón, quien tomando al divino Niño en los brazos, exclamó: «Ahora, Señor, saca en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos tenías prometido. *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace. Quia viderunt oculi mei salutare tuum.* ¡Qué hermoso ejemplo nos ofrece este admirable anciano, de los sentimientos, afectos y disposiciones que debemos llevar a la Comunión!

Punto 1º—No solamente el pueblo de Dios, aleccionado por las santas Escrituras y la voz de sus patriarcas y profetas, todos los pueblos y gentes, cual más, cual menos, enseñados por la tradición primitiva, esperaban la venida del Salvador prometido al linaje humano.

Con cuán fervorosas ansias clamaban todos porque se abreviaran los tiempos y se presentara el Salvador. Esa dicha que no lograron los más grandes santos de la antigua Ley, la alcanzamos nosotros. Abraham ardió en deseos de ver estos días de la venida del Redentor, los contempló en visión y se llenó de gozo, ¿y cuál es la alegría que sentimos nosotros de poseer al Hijo de Dios? Ante la fría indiferencia de muchos católicos para con el Santísimo Sacramento ¿no pudiera increpárseles como a los Judíos con aquellas palabras del Evangelio: Los naturales de Nínive se levantarán en el día del juicio, contra esta raza de hombres, y la condenarán, por cuánto aquellos hicieron penitencia a la predicación de Jonás? Y con todo, el que está aquí es más que Jonás: *Et ecce plus quam Jonas hic.* La Reina del Mediodía hará de acusadora en el día del juicio contra esta raza de hombres, y la condenará: por cuanto vino de los extremos de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y con todo, aquí tenéis quien es más que Salomón: *Et ecce plus quàm Salomon hic.* (S. Matth. XII, 41).

Punto 2º—Los pueblos, especialmente el judío, esperaban con ardiente anhelo la venida del Mesías, y sin embargo,

cuando se realizó esta venida no le recibieron. «En el mundo estaba y el mundo fué hecho por El, y con todo, el mundo no le conoció. Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron.» *In propria venit, et sui eum non receperunt.* (Joan. I, 11). Apenas si un número corto de almas sencillas y justas como el anciano Simeón, reconocieron en el Hijo de María al verdadero Hijo de Dios, al Salvador prometido a las naciones. Este aterrador misterio se repite cada día en el Sacramento adorable de nuestros altares. Todos los hombres buscan sin cesar un algo desconocido y jamás encontrado en parte alguna, que llaman *felicidad;* es decir, buscan a Dios, ya que sólo Dios es la verdadera e infinita felicidad; pero muy pocos la encuentran, porque los unos la ponen en las riquezas, otros, en los placeres, otros, en los honores. De donde resulta que aunque la Felicidad divina habita en medio de nosotros, sacramentada en nuestros altares, nadie la conoce, sino es las almas sencillas, humildes y verdaderamente piadosas. Jesús es todavía y lo será para siempre el Deseado de las naciones, todos le anhelan, todos le buscan, pero no le poseen ni lo lograrán sino quienes al través de los velos oscuros de la fe

y las ignominias de la Cruz, reconocen al Salvador en la Hostia pequeñuela echada al olvido, en la Hostia menospreciada de los altares católicos.

Punto 3º—Mas, ¿quién podrá decir el contento, ni expresar el torrente de felicidad que inundan a una alma que encuentra al Salvador, y llega a poseerle en la sagrada Comunión?... Entonces halla satisfechas todas sus aspiraciones y realizados todos sus anhelos; ya no le resta más que desear sino es el cielo, ya en esta vida no hay otra cosa que codiciar cuando se ha recibido el Pan divino de los Angeles. Todo el que comulga debía exclamar como el anciano Simeón: *Nunc dimittis*. Ahora sí, Señor, saca en paz de este mundo a tu siervo, porque mi sed y hambre de poseeros están ya satisfechas, todos mis anhelos se ven ya colmados. ¡Oh Jesús amabilísimo, hermosura antigua y siempre nueva, delicia de los Angeles y gozo del Paraíso! ¿Por qué no te aman los hombres? ¿Por qué buscan otro bien fuera de ti? ¿Qué hay deseable en el cielo, ni qué puede ser apetecible en la tierra, si no eres tú, Dios de mi corazón, y herencia mía por todos los siglos?

Resoluciones.—Entre las disposiciones para la sagrada Comunión, ninguna es

más provechosa que la de los vivos y ardientes deseos de recibir el Pan divino de la sagrada Eucaristía; procuremos, pues, despertar en nosotros el hambre de este manjar celestial, antes de acercarnos a la Mesa eucarística; porque así como el alimento material no aprovecha al que lo recibe sin apetito, tampoco la santa Comunión nutre como conviene a las almas que participan de ella sin hacer el debido aprecio de este don el más admirable que tenemos.

Ejemplo.—Nuestro divino Salvador renueva la escena conmovedora del santo anciano Simeón, cuantas veces se da en Viático a sus fieles servidores que están para partir a la eternidad. No hace mucho, ocurrió en Suiza el siguiente portento. El párroco de una aldea situada entre las más ásperas montañas de aquel país, fué llamado a deshoras, una noche, para que administrase los últimos sacramentos a un moribundo, señalándole el sitio y lugar donde éste se encontraba; el éxito del suceso hizo ver que el que así llamaba era un ángel. El celoso sacerdote partió al momento, con el santo Viático, caminó toda la noche por aquellas silenciosas montañas, y a la madrugada llegó al lugar designado. Allí encontró a un anciano labriego que cortaba

leña en el patio de su casa; preguntóle el párroco dónde se hallaba el enfermo. Repuso el anciano que no había enfermo alguno en todos aquellos contornos; y en efecto, por diligencias que se hicieron no se dió con el moribundo. En vista de lo cual el sacerdote trató de regresar; pero entonces el buen leñador suplicó al cura que le confesase y administrase la sagrada Comunión, haciendo presente que por su extremada vejez le era imposible ya concurrir a la iglesia de su pueblo. Accedió el párroco a tan justa petición; confesó al campesino y le dió la sagrada Comunión, que aquél recibió con sentimientos y transportes de la más acendrada piedad. Hecho esto el ministro de Dios volvíase para su iglesia, cuando a pocos pasos fué llamado nuevamente. ¡Cuál no fué su sorpresa al ver agonizante al anciano a quién acababa de asistir!; y este asombro se acrecentó más todavía, cuando el moribundo declaró que esta insigne gracia la había alcanzado por la súplica que durante toda la vida había hecho al Señor, de que no permitiese muriera sin ser confortado con el sagrado Viático. Así premia Dios a cuantos con sinceridad le aman y buscan. (Laurenti.—*Le Meraviglie de SS. Sacramento.*)

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA OCTAVO

La Vida oculta

Preludio.—Siendo Jesús de edad de doce años fué con su Madre santísima y San José a Jerusalén, donde se quedó en el templo por tres días; allí fué encontrado por sus padres que le habían buscado con indecible dolor; después de lo cual bajaron, dice el Evangelio, con el Niño a Nazaret, donde permaneció con ellos hasta la edad de treinta años. Este espacio de tiempo, lleno de los más sublimes misterios, lo encierra el Evangelista en esta breve frase: *Et descendit cum eis, et venit Nazareth; et erat subditus illis.* (Luc. II, 51).

Punto 1º.—La humildad, esta virtud tan difícil a la naturaleza corrompida del hombre, había casi desaparecido de la faz del mundo, cuando el Verbo divino, para enseñárnosla, bajó del cielo a la tierra y se encarnó en el seno de una Virgen humildísima. No contento el Verbo encarnado con las humillaciones de

Belén, quiso darnos otro ejemplo admirable de esta virtud, permaneciendo por treinta años en el oscuro retiro de Nazaret, completamente ignorado de los hombres, y sometido, cual si fuera el último de ellos, a la voluntad de María y José, que aunque perfectos y santos, no eran al fin más que criaturas. ¿Cómo no admirar a todo un Dios obedeciendo a sus pobres criaturas? *Et erat subditus illis.*

Punto 2º—Santa María Magdalena de Pazzis, contemplando este misterio en uno de sus éxtasis, exclamó de esta manera: «¡Oh Verbo encarnado, yo os veo en Nazaret sirviendo a vuestro padre adoptivo, San José, cual si fueseis un humilde oficial de carpintero, Vos, el gran artífice que criasteis de la nada el universo! ¿Quién podrá decir la humildad profunda con la que os recogisteis entonces en Vos mismo, y os ocultasteis a la vista de los hombres, no buscando sino lo que podía haceros vil y despreciable en su concepto, a fin de ser tenido en nada? Con esto me habéis dado ejemplo de lo que yo debo hacer, es decir, buscar, en cuanto de mí depende, el silencio, el retiro y la vida oculta que tan bien se armonizan con la humildad.» Esta vida humilde y silenciosa de Na-

zaret la continúa el Salvador admirablemente en la sagrada Eucaristía, donde con tanta verdad es el Dios escondido anunciado por Isaías: *Vere tu es Deus absconditus*. En el Altar, más aún que en Nazaret, el Señor se esconde a nuestras miradas, tan por completo, que sólo una fe viva le puede encontrar. Hasta en la misma Cruz, dice Santo Tomás, estaba ciertamente oculta la Divinidad, pero se manifestaba la humanidad; mientras que en la Eucaristía, ocúltanse a un mismo tiempo, Divinidad y humanidad. Pero si Dios se oculta a nuestras miradas en el Sacramento, revélase admirablemente por las gracias inefables de que nos colma, por la dulzura, la unción y la paz que a torrentes derrama en nuestras almas. Un sagrario donde está depositada la Hostia santa, es la imagen más viva y perfecta de la casa de Nazaret, donde habitó por treinta años el Verbo encarnado.

Punto 3º—La sagrada Eucaristía reproduce el misterio de Nazaret, por otro rasgo más de semejanza. En Nazaret obedecía el Salvador humildemente a la Virgen y a San José: *Et erat subditus illis*, y en el altar, dice San Ligorio, obedece Jesucristo a todos los sacerdotes. ¿Dónde hallaremos una sumisión más

completa ni una obediencia más rendida que la de nuestro Salvador en la Eucaristía?... ¡Oh Verbo divino, cómo tu humildad profunda condena mi altanería y soberbia: tú, siendo Dios obedeces a tus criaturas, y aun a los pecadores; y yo rehuso someterme a los que has instituído representantes tuyos, siendo así que no soy más que polvo y ceniza, y que por mis muchos pecados he debido estar en los infiernos, pisado por los demonios! Oh Salvador dulcísimo, ya que me dais ejemplos tan hermosos de esta difícil virtud, dadme también gracias para imitaros. Amén.

Resoluciones.—Por amor a la vida oculta de Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, procuremos en el presente Mes pasar diariamente algún rato de silencio y soledad en nuestras casas, o al pie de los altares, y pidamos al Señor nos conceda la difícil virtud de la humildad.

Ejemplo.—En Assche, pequeña población de Bélgica, ocurrió a mediados del siglo XIII, que una pobre mujer del pueblo, perseguida por despiadados acreedores, sacó una suma de dinero a préstamo, dejando en prenda su único vestido de fiesta, en poder de un judío lombardo, quien propuso a la infeliz de-

volverle la prenda, y aun regalarle una cantidad suficiente para pagar todas sus deudas, con tal que conviniese en darle la Hostia santa que ella tenía que recibir en la próxima comunión pascual. Cerrada formalmente la contrata, la sacrílega mujer luego que hubo comulgado, apartó de su lengua la Hostia consagrada, y envolviéndola en un lienzo se fué con ella para entregarla, cual otro Judas, en manos del judío. Pero en el camino fué asaltada de terribles remordimientos, y sin saber qué hacerse, como viese allí cerca un olmo viejo y seco, fuése al árbol, y en una profunda cavidad de su tronco, depositó el Santísimo Sacramento, llorando la desdichada amargamente el crimen horrendo que acababa de perpetrar. ¡Cosa admirable! apenas aquel tronco seco hubo recibido en sus hendiduras la Forma consagrada, cuando repentinamente se cubrió de abundante y verde follaje, del que permaneció cubierto así en invierno como en verano, de modo que vino a ser mansión favorita de las aves del cielo. Este portento llamó la atención general; de todas partes acudía una multitud innumerable a contemplar aquella maravilla. Muchísimos enfermos, ciegos, cojos y tullidos encontraron la salud a la sombra de aquel árbol prodi-

gioso. Todo lo cual provocó un concurso tan crecido de gente, que creyéndose perjudicado con ello el propietario del terreno, se resolvió al fin cortar el olmo. Puso efectivamente por obra su intento; pero apenas la segur hubo penetrado en el tronco, cuando partió de él una tempestad de rayos, que estallaron atravesándose de dos en dos, en forma de cruces ensangrentadas. En vista de tan multiplicados prodigios, la autoridad eclesiástica y un pueblo innumerable acudieron al lugar, y postrados todos de rodillas clamaron al Señor se dignase manifestarles la causa de tan extraordinarios sucesos; entonces la pobre mujer declaró públicamente lo ocurrido, para mayor gloria del divino Sacramento. —Si la Hostia oculta dentro de aquel árbol, realizó tantos milagros, ¿qué no hará depositada en nuestras almas? (P. Conet.)

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA NOVENO

El Solitario del Tabernáculo

Preludio.—Nuestro divino Salvador que vino a este mundo a dar multiplicados ejemplos de humildad, habiendo llegado a la edad de treinta años dirigióse a San Juan Bautista para recibir el bautismo de penitencia que administraba el santo Precursor, a orillas del Jordán. Después de lo cual, dice San Lucas: «Jesús lleno del Espíritu Santo, partió del Jordán: y fué conducido por el mismo Espíritu al desierto, donde estuvo cuarenta días.» *Et agebatur á Spiritu in desertum diebus quadraginta* (S. Luc. IV 1 y 2). Hagamos algunas reflexiones acerca de este misterio, en relación con la sagrada Eucaristía.

Punto 1º—No necesitaba el Salvador retirarse al desierto para mantener su espíritu desasido de las criaturas y elevado continuamente a Dios; pues su alma santísima estaba unida hipostáticamente al Verbo, y gozaba de la visión

beatífica, desde el primer instante de la Encarnación. Sin embargo quiso el Señor retirarse al desierto por cuarenta días, antes de anunciar al mundo la ley evangélica, para enseñar a los hombres que el retiro y la soledad interior son las mejores disposiciones para recibir las grandes gracias del cielo. Figura profética de este retiro del Salvador, fué el que hicieron Moisés en el monte Sinaí, antes de recibir las tablas de la ley, y Elías en el Horeb, antes de contemplar la visión maravillosa en que se le mostró el mismo Dios. San Ambrosio, comentando este retiro del Salvador, dice: «Nosotros también, a ejemplo suyo, huyamos de los vicios, huyamos de la lascivia, retirémonos al desierto del ayuno y la penitencia, y sigamos a Cristo que ha vivido lejos de las humanas delicias.»

Punto 2º—La sagrada Eucaristía reproduce admirablemente la vida de silencio, retiro y abstracción total de las criaturas que llevó nuestro Señor en el desierto. En este Sacramento admirable se nos presenta el Señor ajeno al bullicio y vicisitudes de este mundo; su vida toda es celestial, y aunque por este misterio habita corporalmente en nosotros en la tierra, su trato y conversación los tiene con el Padre, en el empíreo; el alma

bienaventurada y santísima del Salvador comunícase con nosotros por la gracia, su cuerpo adorable es el alimento de nuestros espíritus; pero el tráfago del siglo no puede penetrar jamás en el recinto del sagrado tabernáculo. Nuestro divino Solitario habita en nuestros templos más silencioso y retirado que los austeros anacoretas de la Tebaida. ¡Y cuántas veces no tiene otra compañía que la luz, solitaria también, de una lámpara! Los trastornos del mundo, las guerras y las grandes conmociones sociales, y aun los más horrendos sacrilegios no quitan un punto de la paz y quietud dulcísimas de que goza nuestro Señor Jesucristo en su soledad eucarística.

Punto 3º—Desde el fondo del tabernáculo nos invita el Salvador, como en otro tiempo a sus Apóstoles, a retirarnos con él a esta vida de silencio y recogimiento, si queremos gustar las verdaderas delicias de la virtud y participar de los frutos suavísimos de la Eucaristía. Pero si queremos seguir a Cristo, oigamos lo que nos dice el mismo San Ambrosio antes citado: «Cristo no se encuentra ni entre las ambiciones del foro, ni entre el bullicio de las plazas: *Non in foro, non in plateis Christus reperitur.* No busquemos a Cristo donde no le po-

dremos encontrar. Cristo es paz, Cristo es justicia, Cristo es caridad.» Renunciemos pues al pecado; apartémonos del bullicio de las pasiones y anhelemos la paz de la virtud, que sólo entonces disfrutaremos de las delicias de la soledad de que Cristo hace participantes a los que le buscan con corazón recto en la sagrada Eucaristía.

Resoluciones. — La mejor preparación para recibir fructuosamente la santa Comunión es el recogimiento interior y la paz y quietud del alma; por tanto formemos el propósito de no comulgar jamás sin tener la víspera algunos ratos de recogimiento y silencio preparándonos para la acción hermosa del día siguiente, y durante él hagamos otro tanto en acción de gracias por la Comunión recibida.

Ejemplo.—En muchas vidas de santos leemos haber sido favorecidas con muy señalados portentos las almas que para mejor unirse con su Dios sacramentado, huyen del trato contagioso del mundo y abrazan una vida de silencio y retiro. San Pascual Baylón pasó toda su juventud en las humildes e inocentes ocupaciones de pastor de ovejas, en la soledad de los campos; y como muchas veces deseara asistir a la santa Misa, y no pu-

diese, por impedírselo sus deberes, ocurría que se presentaba de repente a su vista, en la mitad del firmamento, una estrella de extraordinario resplandor; luego, como si se abriesen los cielos, asomaba una Hostia blanquísima, encerrada en una custodia sostenida por ángeles. El santo joven se deshacía entonces en homenajes de la más encendida caridad para con su Dios sacramentado. —En la Historia de los Padres del desierto se refiere también, que preguntando un viajero a San Onofre, ¿cómo él y los demás solitarios de su obediencia recibían la santa Comunión hallándose como perdidos en la vasta extensión de aquellos arenales?—«El Señor provee a ello, contestó el Santo; pues envía a uno de sus ángeles que me trae la santa Comunión. Y no soy yo el único a quien el Cielo trata con tanta misericordia; pues todos aquellos que por amor de Dios, vienen huyendo de las miradas de los hombres a sepultarse en este yermo, reciben igualmente el mismo favor.»

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA DÉCIMO

La Palabra de vida eterna

Preludio.—San Pablo expone el misterio de la predicación evangélica de nuestro Señor, en esta forma: «Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres en diferentes ocasiones, y de muchas maneras por los Profetas: nos ha hablado últimamente en estos días, por medio de su Hijo Jesucristo, a quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien crió también los siglos y cuanto ha existido en ellos.» (Hebr. I, 1 y 2).

Punto 1º—Después que nuestro divino Salvador pasó cuarenta días en el desierto, volvió a repasar el Jordán, y principió a anunciar el Evangelio, primero en la Galilea, y después en todos los confines de la Judea hasta Jerusalén. El Verbo eterno del Padre, por quien han sido hechas todas las cosas: *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est;* esta Palabra eterna

y creadora, consustancial al Padre, bajó del cielo a la tierra para arrancar al hombre del profundo abismo de la corrupción, la ignorancia y el pecado. El mismo Dios que en otro tiempo había hablado a nuestros padres en la fe, por medio de los profetas, nos ha enseñado las sublimes doctrinas del Evangelio por medio de su Hijo Jesucristo, que siendo su palabra eterna, es el primer maestro, el supremo doctor y el apóstol divino de la humanidad. Enviados suyos fueron, ministros y siervos, los doce Apóstoles que llevaron el Evangelio sobre la faz de la tierra; cuya obra salvadora continúa la Iglesia católica y la continuará hasta el fin de los siglos, asistida con la virtud de Aquél que prometió acompañarla y sostenerla hasta el último día: *Ecce ego vobiscum sum... usque ad consummationem saeculi.* (Matth. XXVIII, 20).

Punto 2º—Esta misma Palabra salvadora que se nos comunica por medio de la enseñanza apostólica y cuya única depositaria genuina es la Iglesia católica; este Pan de vida eterna se nos da en la santa Comunión, oculto bajo las especies sacramentales. Jesucristo Señor nuestro que dijo: Yo soy la luz del mundo, declaró también que era el pan de la

vida: *Ego sum panis vitae.* No contento con alimentar nuestras inteligencias con el pan de la doctrina, quiso dársenos sacramentado para alimentarnos con su propio cuerpo y sangre, para hacernos vivir de su propia vida y sostenernos con el pan del amor. San Juan Crisóstomo hace hablar de esta manera a nuestro Salvador divino: «Muchas veces las madres entregan sus hijos a nodrizas, para que los alimenten; pero Yo no hago así, sino que os nutro con mi carne, y me doy a mí mismo a vosotros como vuestro manjar y sustento, deseando veros generosos en la virtud e infundiéndoos una esperanza firme de alcanzar y poseer los bienes eternos.»

Punto 3º—Una de las necesidades más imperiosas de nuestro ser es la posesión de la verdad; habiendo sido criados para ver y contemplar eternamente a Dios que es la verdad infinita, sentimos una hambre y sed insaciables de poseer este alimento divino de nuestras almas; y aunque es cierto que sólo en el cielo serán plenamente satisfechos estos deseos, pero ya desde esta misma vida se nos comunica un gusto anticipado de Dios en la santa Comunión. Cuando nuestro divino Salvador se hallaba en carne mortal, las turbas, según refiere el Evan-

gelio, apiñábanse en torno suyo, para escuchar las palabras de vida que salían de sus labios, seguíanle al desierto y olvidábanse hasta del sustento corporal necesario. Pues, ¿por qué nosotros no acudimos también solícitos a este mismo Salvador divino real y verdaderamente presente en la sagrada Eucaristía? No nos hablará ahora con sonidos materiales, pero nos dejará oir esa palabra interior dulcísima con que ilustra las dudas, disipa las tinieblas, sostiene a los vacilantes, levanta a los caídos, y derrama la unción, la paz y la dicha en todos los corazones. ¡Oh Jesús dulcísimo, sabiduría eterna del Padre, manjar sabrosísimo de nuestras almas, Pan bajado del cielo, Pan divino de los Angeles: dignaos despertar en mi corazón una hambre y sed insaciables de poseeros, no os canséis de alimentarme con vuestro adorable Cuerpo y Sangre preciosísima, para que así logre un día la dicha de veros y poseeros eternamente en la gloria!

Resoluciones.—En las dudas e incertidumbres, y más todavía en las oscuridades interiores del alma, sin dejar de consultar a nuestro director espiritual y a otras personas prudentes, acudamos de preferencia a nuestro divino Salvador Sa-

cramentado, persuadidos de que algunos momentos de adoración al pie del tabernáculo nos darán más luz para salir de nuestras dificultades que todos los recursos que pudiera inventar nuestra flaca prudencia humana.

Ejemplo.—Innumerables son los casos de almas maravillosamente enseñadas por la voz interior de Nuestro divino Jesús Sacramentado: he aquí uno muy célebre y auténtico. En tiempo de Urbano IV, un piadoso sacerdote alemán se vió repentinamente asaltado de terribles dudas contra el dogma de la presencia real de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Grandemente afligido con esta molesta y pesada tentación, y sin saber cómo librarse de ella, dejó su patria y emprendió una peregrinación a Roma, con el fin de visitar el sepulcro de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, hablar con el Papa, y ver si así recobraba la paz perdida del corazón. Hallándose ya cerca del término de su viaje, llegó a la ciudad de Bolcena, en diciembre de 1263, y conforme a su costumbre fué a buscar en el sacrificio adorable de la Misa un rayo de luz que disipara las tinieblas de su alma. Llegado el momento en que debía dividir la Hostia santa sobre el cáliz el celebrante vió ¡oh

prodigio! que el Pan consagrado tomó el aspecto de un pedazo de carne viva, del que se escapaba la sangre gota a gota; si bien, la partícula que tenía entre los dedos conservó siempre las apariencias de pan. Mientras tanto la sangre milagrosa chorreaba en tal abundancia, que se empaparon en ella el corporal y muchos purificadores. El sacerdote estaba aterrado ante aquel portento, pero también lleno de gozo por haber salido de sus dudas. Sin saber entonces qué hacerse, dobló los corporales sobre la Hostia milagrosa, a cuyo tiempo se realizó otra maravilla, y fué que en cada una de las manchas que aquellas gotas de sangre imprimieron en el lienzo sagrado, apareció una imagen del rostro adorable del Salvador, coronado de espinas, como en el paso del Ecce-Homo. Hízose este milagro tan ruidoso y auténtico como pocos, pues en sus informaciones intervinieron el mismo Papa Urbano IV, Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura; y para perpetuar su recuerdo se erigió en Orvieto el magnífico templo donde se guardan hasta hoy aquellos preciosos corporales.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA ONCE

Las Bodas de Caná

Preludio.—El primer milagro público que realizó Nuestro Señor, al dar comienzo a su vida apostólica, fué la conversión del agua en vino, en las bodas de Caná. Refiere San Juan (cap. II), que celebrándose unas bodas en esta ciudad de Galilea, fueron invitados al festín el Salvador y su Madre santísima; y como llegase a faltar vino, dijo la Virgen a su Hijo adorable: *Vinum non habent*: «No tienen vino.» Entonces el Redentor obró aquel portento admirable de transformar el agua en vino, portento que simbolizaba la sagrada Eucaristía. Acerca de este hecho evangélico tan lleno de misterios y enseñanzas, hagamos algunas consideraciones que se relacionen con el augusto Sacramento.

Punto 1º—La Encarnación es el misterio de los desposorios de Dios con la naturaleza humana, en la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo; el

Verbo encarnado reproduce estos divinos desposorios en favor de cada uno de nosotros individualmente, cuando participamos del Sacramento augusto, en la Comunión. El Señor se llamó a sí propio el esposo de las almas. Algunos judíos se le presentaron en cierta ocasión, diciéndole: «¿Por qué no ayunan tus discípulos? Respondióles Jesús: ¿Acaso los amigos del esposo pueden andar afligidos mientras el esposo está con ellos? Ya vendrá el tiempo en que les será arrebatado el esposo: y entonces ayunarán.» (Matth. IX, 15). La Iglesia es pues la esposa inmaculada del Salvador; por esto la predicación evangélica principió por las bodas de Caná, para figurar que entonces se iniciaban los desposorios de Cristo con la Iglesia. *Hodie coelesti Sponso juncta est Ecclesia.* (Ofic. de la Epifan).

Punto 2º—Cristo Nuestro Señor no contento con ser el esposo de la Iglesia en general, instituyó el Sacramento divino de la Eucaristía para, por medio de ella, desposarse con cada alma en particular. En este Sacramento admirable nos ha dado el Salvador su cuerpo y sangre sacratísima, diciéndonos: *Accipite et comedite, hoc est corpus meum.* Por medio de este Sacramento santísimo, no solamente nos acercamos a Cristo, sino

que nos unimos con El, con unión tan íntima, inefable y divina, que no hay lenguaje que lo pueda expresar. Las almas que comulgan transfórmanse en su Dios; según la citada frase de San Cirilo de Alejandría, así como se unen entre sí dos porciones de cera derretida, de suerte que ambas se mezclan y compenetran hasta formar un solo todo: *Alteram cum altera per totum commisceat nescesse est:* así el que recibe la carne y la sangre del Señor, únese con El de forma que Cristo está en él y él en Cristo. *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me* (Joan, VI, 58).

Punto 3º—Al convertir Nuestro Señor el agua en vino, no solamente figuró la sagrada Eucaristía, sino también la operación inefable que ella había de realizar en las almas. La institución del divino Sacramento se verificó por el cambio de la sustancia del pan en el Cuerpo de Cristo, y de la sustancia del vino en su Sangre; y el modo como este Samento divino santifica a los hombres es transformándolos en Cristo. Dice san Agustín que Cristo Señor Nuestro nos habla en la sagrada Eucaristía de esta manera: Yo soy el alimento de los que quieren crecer en gracia y santidad: *Cibum sum grandium;* pero esto será

de modo que no me transformaré yo en ti, sino tú te transformarás en Mí. Pues, así como yo he sido enviado por mi Padre, y vivo por el Padre: así el que me come vivirá por Mí.

¡Oh Esposo divino de las almas, oh amabilísimo Dios sacramentado! ¿hasta qué punto ha llegado tu dignación, que no contento de dar la vida por nosotros, te desposas con nuestras almas, y nos das tu cuerpo y sangre adorables, para hacernos participar de tu propia vida divina?... ¡Oh, quién nos comunicara el ardor de los serafines para corresponder de alguna manera a las finezas incontables de tu inmensa caridad!

Resoluciones.—Siempre que comulguemos, tengamos presente la fineza maravillosa de amor que nos hace el Verbo encarnado, dándosenos en este Sacramento por esposo de nuestras almas. Por nuestra parte, entreguémonos también al Señor, en cuerpo y alma, tiempo y eternidad, protestándole morir antes que faltar al amor que le debemos como a dulce y amantísimo esposo nuestro.

Ejemplo.—La Beata Imelda Lambertini, alumna de un convento de religiosas dominicas de Bolonia, distinguióse desde muy niña por un encendido amor al Santísimo Sacramento. A sus compa-

ñeras, mayores que ella, que habían comulgado, les preguntaba: «decidme, ¿cómo es posible comulgar, recibir a Jesús sacramentado en el pecho, y no morir de amor?...» Acostumbrábase en Bolonia no conceder a los niños la comunión, sino a los catorce o más años de edad. Imelda había ya cumplido los once, y ardiendo en deseos de hacer la primera comunión, pidió a la Superiora del monasterio el correspondiente permiso, pero le fué negado. Llegó en esto una gran fiesta para la Comunidad, en la que todos los miembros de ella habían de participar de la sagrada Eucaristía. Imelda con el corazón destrozado de dolor quejábase tiernamente al divino Esposo, de que permaneciese tanto tiempo sordo a sus ruegos. Mientras tanto llegó el momento de la Comunión, y he aquí que de repente se escapa del copón milagrosamente una Hostia, elévase en el aire, y va a detenerse sobre la cabeza de la Niña. En vista de este prodigio, no dudando ya más de la voluntad de Dios, el sacerdote tomó la sagrada Hostia y la dió en comunión a la piadosísima adolescente. La Niña recibió el Pan de los ángeles con transportes indecibles de gozo; y sin poder reprimir el incendio de divino amor, levantado en su pecho, ex-

piró dulcísimamente, en un éxtasis de inefable caridad, teniendo al divino Esposo de su alma prisionero en su corazón.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA DOCE

La Simiente de vida

Preludio.—Dice San Lucas, en su Evangelio (cap. VIII), que Jesucristo Señor Nuestro enseñaba al pueblo con parábolas, sin las cuales no solía predicar: *Sine parabolis non loquebatur eis.* Una de las más hermosas entre estas parábolas divinas, es la del sembrador y la semilla, que tan admirablemente se adapta a la sagrada Eucaristía. Dijo pues el Señor, en cierta ocasión, a las turbas que le escuchaban: Salió un sembrador a sembrar su simiente, y al esparcirla, parte cayó en el camino, y la comieron las aves; parte, sobre un pedregal, y por falta de humedad se secó; parte, entre espinas, y creciendo éstas la sofocaron; parte finalmente, cayó en buena tierra, y dió el ciento por uno.

Punto 1º—Nuestro mismo divino Salvador explicó así el sentido de esta parábola: La semilla es la palabra de Dios: *Semen est Verbum Dei:* las varias clases

de terrenos figuran las diversas disposiciones del alma, en las cuales cae esta semilla celestial. «Los granos sembrados a lo largo del camino significan aquellos que escuchan, sí, la palabra divina, pero viene luego el diablo, y se la saca del corazón, para que no crean, y se salven. Los sembrados en un pedregal, son aquellos que oída la divina palabra, recíbenla, sí, con gozo: pero no echa raíces en ellos: y así creen por una temporada, y al tiempo de la tentación vuelven atrás. La semilla caída entre espinas, son los que la escucharon, pero con los cuidados, y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan, y nunca llega a dar fruto. En fin, la que cae en buena tierra denota aquellos que con un corazón bueno y muy sano oyen la palabra de Dios y la conservan con cuidado, y mediante la paciencia dan fruto sazonado.»

Punto 2º—No solamente las enseñanzas del Salvador, sino también y principalmente su persona adorable, estaban figuradas en esa simiente divina; el Verbo encarnado es la verdadera semilla de gracia y bendición que el eterno Padre siembra en nuestras almas. *Semen est Verbum Dei.* Esta Palabra eterna del Padre se hace escuchar de nosotros en las

páginas de la sagrada Escritura, en las enseñanzas de la Iglesia y en las inspiraciones divinas; pero cuando no solamente la escuchamos, sino la recibimos real y personalmente, es en la sagrada Comunión. Entonces el Verbo encarnado, Nuestro Señor Jesucristo, es depositado en nuestros corazones a modo de la semilla que se esconde en la tierra, para luego germinar y convertirse en un gran árbol de gracias y bendiciones, que a su tiempo dará frutos de vida eterna. El mismo divino Salvador se comparó con la simiente cuando dijo: Si la semilla no cae en la tierra y muere en ella, no dará fruto ninguno, sino permanecerá sola y estéril; pero si es sembrada en la tierra, y allí muere, dará mucho fruto. *Nisi granum frumenti mortuum fuerit, ipsum solum manet.* Semilla es por tanto, la divina Eucaristía, y las varias clases de terreno simbolizan las diversas disposiciones de las almas que reciben el Pan de los Angeles; disposiciones que explican por qué la Comunión en unas almas da el ciento por uno, mientras que en otras queda estéril y no da fruto alguno.

Punto 3º—¡Oh divino y amabilísimo Salvador, que como simiente de santidad y bienaventuranza eterna, descendéis to-

dos los días desde el seno del eterno Padre, hasta el cieno inmundo de nuestras almas! ¿por qué vuestro Sacramento admirable no da fruto de bendición en nuestros corazones? ¡Ah! es que nosotros somos aquel camino público, donde no se encuentran las cercas del recogimiento, y donde todo es disipación y bullicio mundanos; por esto apenas hemos comulgado, viene el diablo y saca de nuestro interior la divina simiente que hemos recibido, impidiéndonos con importunas distracciones, que saboreemos la dulzura inefable del Pan de vida eterna. Nosotros somos ese pedregal duro y sin abono, donde vuestra Simiente eucarística no puede echar raíces por nuestra inconstancia y volubilidad detestables. Nosotros, ese terreno cubierto de zarzas y espinas, entre las que mueren sofocadas las mejores inspiraciones concebidas en la santa Comunión, y los mejores propósitos quedan ahogados por nuestro excesivo apego a las comodidades y delicias de este mundo. Vos, Salvador dulcísimo, como que sois el sembrador de la gracia y la santidad, limpiad nuestras almas de estas zarzas y malezas, para que al recibiros sacramentado, cosechemos frutos abundantes de gracia y vida eterna. Amén.

Resoluciones.—El mejor fruto que podemos sacar de cada una de nuestras comuniones es resolvernos varonilmente, contando con la gracia propia del Sacramento, a corregirnos del vicio o defecto que más nos domina. De esta suerte el divino Sacramento será para nosotros una semilla de verdadera santidad y una prenda segurísima de bienaventuranza.

Ejemplo.—En la Iglesia de San Lorenzo, en la ciudad de Milán, se conserva el recuerdo de un admirable suceso ocurrido en el siglo XIII, en el pequeño lugar de Etisbil, en Suiza, y que nos demuestra que la sagrada Eucaristía es simiente de vida y hace brotar flores hermosísimas, hasta en el fango, si allí no encuentra obstáculos a su acción soberana. El cura de aquel lugar, situado en el cantón de Lucerna, llevaba en cierta ocasión el Viático a un enfermo del campo, en tiempo de lluvias, y tan abundantes que habían tornado impracticables todos los senderos; ocurrió pues, por este motivo, que mientras caminaba el piadoso cortejo, el sacerdote dió un traspié, y cayó por tierra. Con la fuerza del golpe se abrió el copón y la sagrada Forma se escapó del vaso bendito, desapareciendo al instante entre aquellos lodazales. El buen párroco profundamente

afligido con tal desgracia, se postró de rodillas, y suplicó humilde y fervorosamente al Cielo se dignara manifestarle dónde se ocultaba esa Hostia preciosísima. Al instante ¡oh portento! contemplaron todos los asistentes germinar de entre el fango una fresca y lozana planta, y crecer, y crecer rápidamente hasta que brotó en ella una grande y bellísima flor, de ricos matices y suavísimo perfume, enteramente desconocida en aquel país. Abrióse la flor y entre los pétalos de ella apareció, a vista de todos, la santa Hostia, de una blancura inmaculada, brillando como diamante en una copa de oro. Al contacto de la Hostia maravillosa, aquel fango vil produjo esa flor celestial: ¿por qué no acontecerá otro tanto en nuestros pobres corazones?

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA TRECE

El Buen Pastor

Preludio.—Una de las parábolas evangélicas más tiernas y expresivas, y que figuran admirablemente la divina Eucaristía, es la del Buen Pastor. Dijo Jesús en cierta ocasión a las turbas que le escuchaban, especialmente a los fariseos: Yo soy el Buen Pastor. *Ego sum pastor bonus.* El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Yo soy el buen Pastor: y conozco mis ovejas, y las ovejas mías me conocen a mí: y doy mi vida por ellas. *Et animam meam pono pro ovibus meis* (Joan. X, 15).

Punto 1º—Nuestro divino Salvador, la humildad y dulzura infinitas, no quiso le llamaran los hombres con los fastuosos títulos de emperador ni de rey, sino que tomó el tierno y amable de Buen Pastor. Ya el Profeta Ezequiel había anunciado al Mesías bajo este título tan atractivo, diciendo: «Y suscitaré sobre ellas (esto es, sobre las naciones que

abracen el Evangelio), a un pastor que las apaciente: él mismo las apacentará, y él mismo será su pastor» (XXXIV, 23). Oigamos ahora a San Gregorio Magno, cómo se realizó esta profecía. «El Señor tenía cien ovejas, cuando crió a los ángeles y a los hombres. Entonces pereció una oveja, cuando el hombre por el pecado abandonó los pastos de la vida. A este tiempo el soberano Pastor dejó las noventa y nueve ovejas en el desierto, porque descendió del cielo, abandonando en cierto modo los coros de los ángeles. Y a fin de que el rebaño tornase a completarse, Dios bajó a la tierra a buscar al hombre que se había perdido. Y cuando hubo encontrado a su oveja, la cargó con alegría sobre las espaldas, porque al tomar la naturaleza humana, tomó sobre sí nuestros pecados. Y volviendo a la casa, reunió a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Felicitadme, porque he encontrado a mi oveja que se había perdido.» La parábola del buen pastor no es, pues, otra cosa que una historia figurativa de los misterios de la Encarnación del Verbo y Redención del hombre.

Punto 2º—Pero donde de modo clarísimo y manifiesto se admira la aplicación perfecta de esta parábola es en el Sa-

cramento divino de nuestros altares. Nuestro Señor había dicho: Yo soy el buen Pastor, el buen pastor da la vida por sus ovejas; y la sagrada Eucaristía no es otra cosa que el memorial perpetuo de este exceso incomprensible de la caridad de Dios a los hombres que le impulsó a morir por nosotros en la Cruz. El Salvador había dicho: Yo soy el buen Pastor, y doy mi vida por mis ovejas; y en la sagrada Eucaristía realiza exactamente este anuncio profético, alimentando a las almas fieles con su misma vida divina, dándoles a comer su cuerpo y sangre adorables. Por esto dice San Gregorio: «El buen Pastor ha sacrificado su vida por sus ovejas, a fin de que en el Sacramento nos pudiera dar en comunión su propia carne y sangre, saciando así a las ovejas que había redimido, con el alimento delicioso de su carne divina.» San Bernardo dice también: «Los que profesamos la verdadera fe, vivimos a la sombra de Cristo, y para vivir nos alimentamos de su carne divina. Porque la carne de Cristo es verdaderamente nuestro alimento; y por esto ha querido aparecérsenos en figura de pastor, como que ella expresa el amor más dulce y tierno; por lo cual la esposa de los sagrados Cantares, hechizada de su

belleza y prendada de su bondad, corre tras El, diciendo: Avísame dónde apacientas tu rebaño, y dónde sesteas al medio día.»

Punto 3º—Contemplando estos misterios de infinita caridad, exclama extático el mismo San Bernardo: «Oh, en verdad que Jesús es el buen Pastor, pues todo se ha dado por sus ovejas; su vida por ellas, su carne por ellas; esta carne divina es nuestro rescate, esta carne adorable es nuestro alimento. ¡Cosa maravillosa! El mismo es pastor, El mismo, pasto, y El mismo, el rescate.» *Res mira! ipse pastor, ipse pascua est, ipse redemptor.* Pero estas finezas de infinito amor exigen correspondencia de nuestra parte; el Salvador nos lo enseña: «Mis ovejas, dice, las ovejas mías me conocen a Mí. Mis ovejas oyen mi voz.» Si somos pues de Jesucristo, si formamos su rebaño, debemos conocer a nuestro divino Pastor; de El debemos hacer el blanco de nuestros amores y el centro de nuestros afectos. El nos alimenta con su carne y sangre adorables, para que nos transformemos de terrestres en celestiales, y vivamos de su misma vida divina. Debemos oir su voz: *Vocem meam audient;* es decir, hemos de esforzarnos por cumplir exactamente sus leyes y mandamientos, y so-

meternos en todo a las disposiciones de su santa y amabilísima voluntad. Tales deben ser los frutos de virtud que la santa comunión produzca en nuestras almas, para que se convierta en germen de nuestra dichosa inmortalidad.

Resoluciones. — Si Jesucristo, nuestro Pastor divino, ha dado su vida por nosotros, y sólo a este precio nos alimenta con su cuerpo y sangre preciosísimos; también nosotros al acercarnos a la sagrada Comunión, debemos ofrecerle el sacrificio de nuestros vicios y pasiones. ¡Qué provechosa nos sería cada Comunión, si fuera acompañada de alguno de estos sacrificios tan gratos al Salvador!

Ejemplo. — Santa Perpetua, la ilustre mártir de Cartago, en vísperas de ser expuesta a las fieras, tuvo una visión maravillosa, en que se le representó bajo hermosos símbolos el fruto principal de la Comunión, que es esforzarnos a despreciar los dolores y las tribulaciones de esta vida para arribar al descanso eterno del cielo. Parecióle, pues, ver una escala de oro tan alta que llegaba al cielo, pero tan estrecha y cercada de cuchillos, espadas y otros instrumentos cortantes, que causaba espanto sólo el mirarla. Al pie de la escala había un formidable dragón, en actitud de lanzar-

se sobre cuantos quisieran subir por ella. Pero la santa con ánimo más que varonil puso el pie sobre el dragón y subió por la escala. «Luego, dice, que llegué a lo alto de la escala, descubrí un vastísimo jardín, y en medio de él a un hombre vestido de pastor, cuyos cabellos eran de una extremada blancura, y estaba acompañado de muchos millares de personas vestidas también de blanco. Hablóme con agrado y me dijo: «Seas bien venida, fiel y querida hija mía»; y ordenando que me acercase, me puso en la boca un manjar delicioso que recibí juntando las manos. Todos los que estaban presentes respondieron: *Amén;* con lo cual desperté, y percibí que mascaba todavía una cosa de extraordinaria dulzura.» La Santa comprendió que esta visión le anunciaba que muy en breve el Pastor divino, Jesucristo, le alimentaría con la santa Comunión, para que esforzada con el Pan de los fuertes sufriera valerosamente el martirio y entrase en el reino eterno de la gloria; como efectivamente así sucedió.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA CATORCE

La Cena magna

Preludio.—Nuestro Señor propuso en cierta ocasión esta parábola: Un hombre dispuso una gran cena, y convidó a muchos; pero a la hora de cenar, no concurrió nadie; porque todos se excusaron de asistir, con vanos pretextos. El primero dijo: He comprado una granja y necesito salir a verla. El segundo: He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Otro dijo: Acabo de casarme y así no puedo ir allá. Por fin se excusaron todos. Con lo cual irritado el padre de familias, hizo traer a su casa, a cuantos pobres y lisiados se encontraban por las calles y plazas de la ciudad, diciendo: Os protesto que ninguno de los que fueron antes invitados ha de probar mi cena (S. Luc. cap. XIV).

Punto 1º—Haciendo la exposición de esta parábola, dice el célebre Alápide: «Algunos quieren que esta cena sea una

figura de la Encarnación del Verbo, de su predicación y redención; pues ésta es la gran cena a la que Cristo nos invita a todos, esto es, a participar del Evangelio, de la gracia y de la gloria.» Pero según San Cirilo, esta cena prefiguraba la sagrada Eucaristía. Según este ilustre Doctor, el eterno Padre es el que hace la invitación; los manjares del festín son el cuerpo y sangre adorables de Cristo Señor Nuestro, preparados en la divina Eucaristía; los invitados somos todos los que pertenecemos a la Iglesia por el santo bautismo. Pero, ¡ay! desgraciadamente son muy pocos los que aceptan agradecidos este divino convite; la mayor parte de los hombres, aun entre los mismos que se llaman católicos, se excusan de asistir a esta grande y deliciosa cena, bajo los más frívolos pretextos.

Punto 2º—En nada aparece más de manifiesto la vileza e ingratitud del hombre que en los pretextos miserables que alega para no participar del Pan de los Angeles. Los unos dicen: He comprado una granja, y necesito salir a verla. Pregunta San Gregorio Magno: ¿Qué se designa por esta granja, sino los bienes de la tierra? *Quid per villam, nisi terrena substantia designatur?* La codicia, pues,

o sea el excesivo anhelo por los bienes de la tierra, que hace cometer injusticias y maldades, es la primera causa que aleja a tantos desgraciados, del festín de la sagrada Comunión. El convidado que dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas: dáme, te ruego, por excusado, simboliza a los ambiciosos, que no contentos con lo que tienen, desean siempre más y más honores, riquezas y dignidades. Derramados en sus sentidos, ambicionando únicamente la posesión de las cosas exteriores, ignoran lo que hay en su propio interior, y así son indignos de aposentar en sus almas al Dios de toda pureza y santidad.

Punto 3º—El tercer convidado dijo: Acabo de casarme, y así no puedo ir allá. *Uxorem duxi.* Pregunta San Gregorio: ¿Qué significa esta excusa de haber tomado mujer, sino que los deleites de la carne, impiden saborear las dulzuras del espíritu? *Quid per uxorem nisi voluptas carnis accipiatur?* El mismo Santo Doctor nos da la explicación de esto: «Las delicias sensuales, dice, cuando no se tienen, se desean; pero cuando se tienen, engendran fastidio: al contrario, las delicias espirituales, cuando no se tienen, fastidian, y cuando se tienen, se las de-

sea más.» He aquí por qué las almas espirituales y mortificadas hallan todas sus delicias en la santa Comunión; mientras los hombres sensuales, sumergidos en las inmundicias de la carne, sin poder saborear las dulzuras del espíritu, tienen náuseas y asco del Pan divino de los Angeles. Sigamos, pues, el consejo de San Agustín que nos dice: Dejemos por completo esas vanas y perversas excusas, y asistamos a la Cena divina a que estamos convidados, para que en ella nos embriaguemos con las suavidades del espíritu. Procuremos que no nos impidan asistir a este sagrado Festín, ni la soberbia que todo lo corrompe, ni la ambición que nos aparta de Dios, ni la sensualidad de la carne que entorpece al espíritu y le hace inepto para saborear las delicias verdaderas del alma. Asistamos al divino Convite y saciémonos en él, de gracia, de amor y felicidad. *Veniamur et saginemur.* ¡Oh Jesús amabilísimo! ya que con tanta bondad nos invitáis a participar de vuestra Mesa Eucarística, dadnos gracia para que jamás nos lleguemos indignamente a ella.

Resoluciones.—Cuidemos mucho de no omitir jamás ni una sola de las comuniones que nuestro director espiritual nos ha permitido o aconsejado hacer. Des-

echemos las vanas excusas que la pereza y desidia espirituales suelen oponer para apartarnos de este divino Convite, con gran perjuicio de nuestras almas; recordando para ello, que pudiera acaso bastar que dejemos una sola comunión, para que seamos desechados del reino de los cielos.

Ejemplo.—Un día que Santa María Magdalena de Pazzis oraba ante el Santísimo Sacramento, en la iglesia de su convento de Carmelitas de Florencia, vió salir de la tierra el alma de una religiosa difunta, del propio Monasterio, la cual se encontraba aún detenida en las prisiones del purgatorio; aparecióse el alma aquella cubierta de un manto chispeante de llamas que ocultaba una ropa de espléndida blancura; permaneció durante toda una hora, al pie del altar, adorando en actitud humildísima, y sumida en un aniquilamiento inefable, al Dios oculto bajo las especies eucarísticas. Y como Magdalena desease saber lo que significaba esta visión, Dios le hizo conocer que esa alma había sido condenada a venir a hacer cada día una hora de adoración al Santísimo Sacramento, cubierta con aquel manto de fuego, en castigo de haber perdido en vida frecuentemente las comuniones por su

falta, y que aquel ropaje de vívida blancura era el ornato que había merecido por la virtud de la virginidad. Esa hora de adoración que Magdalena le vió hacer, era la última de la penitencia que la justicia divina le había impuesto; así es que al expirar la hora, dejó el alma su manto de fuego devorador y voló al cielo. *(Vida de la Santa,* por el P. Cepari.)

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA QUINCE

La multiplicación de los panes en el desierto

Preludio.—Uno de los más grandes milagros que obró Nuestro Señor, en preparación y anuncio del supremo de sus portentos, la institución de la sagrada Eucaristía, fué la multiplicación de los panes en el desierto, que refiere San Juan en los siguientes términos: «Acercábase ya la Pascua, cuando hallándose Jesús junto al mar de Galilea, predicando a las turbas que le seguían, vió venir hacia sí a un grandísimo gentío. Entonces dijo a Felipe, para probarle: ¿dónde compraremos pan para dar de comer a toda esa gente? Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado. Dícele uno de sus discípulos: aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces: mas ¿qué es esto para tanta gente? pero Jesús dijo: Haced sentar a esas gentes. El

sitio estaba cubierto de hierba. Sentáronse, pues, al pie de cinco mil hombres, Jesús entonces tomó los panes: y después de haber dado gracias a su Eterno Padre, repartiólos por medio de sus discípulos entre los que estaban sentados: y lo mismo hizo con los peces, dando a todos cuanto querían. Después que quedaron saciados, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan. Hiciéronlo así, y llenaron doce cestos de los pedazos que había sobrado de los cinco panes de cebada, después que todos hubieron comido.» (S. Joan, IV).

Punto 1º—Este admirable portento del Salvador, podemos considerarlo ya en sí mismo, ya en lo que tiene de figurativo de la sagrada Eucaristía. En cuanto a lo primero, hace San Agustín las siguientes reflexiones: «Milagro más grande es regir y gobernar a todo el mundo, que saciar a cinco mil hombres con cinco panes. Y sin embargo, nadie admira aquello: lo último, sí, maravilla a los hombres, no porque sea mayor, sino porque es más raro. ¿Pues quién es el que aun hoy apacienta a todo el mundo, sino aquel que de unos pocos granos forma los sembrados y las mieses? Procedió pues como Dios; pues con el mismo poder con que

multiplica unos granos de semilla, con el mismo multiplicó los cinco panes, porque la omnipotencia estaba en las manos de Cristo.» Esta asombrosa maravilla realizó el Salvador, entre otros fines, para simbolizar con ella otro portento más inefable aún, que había de llevar a cabo en la noche de su Pasión. La multiplicación de los panes en el desierto fué promesa y prenda de la multiplicación del Pan divino de la Eucaristía, con el cual había de alimentar a los pueblos cristianos en su peregrinación al cielo, a través de los desiertos de esta vida. Por esto, inmediatamente después de este prodigio, Jesucristo anunció el misterio de la Eucaristía. Dijo a las turbas que le seguían: «Vosotros me buscáis no porque creéis en mí, sino porque os he dado de comer. Pero hay otro pan más excelente, que debéis afanaros por conseguir. Yo soy el Pan vivo que descendí del cielo. Yo soy el Pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Mas este es el Pan que desciende del cielo, a fin de que quien comiere de él, no muera. Yo soy el Pan vivo que descendí del cielo. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente: y el pan que yo daré, es mi misma carne, la cual daré yo para

la vida y salvación del mundo.»

Punto 2º—La multiplicación de los panes en el desierto fué un símbolo de la sagrada Eucaristía: porque los sentimientos piadosos que animaban a las turbas, el sitio en que se realizó este portento, y todas las demás circunstancias que le acompañaron, son como una figura de las disposiciones que deben adornar a los que se acercan a la sagrada Comunión. Dice el Evangelio, que aquellas turbas seguían al Salvador al ver los milagros que hacía con los enfermos. De modo semejante, antes de participar del Pan eucarístico, acerquémonos primeramente al Salvador, en el sacramento de la Penitencia, para que allí sane a nuestras almas, de las enfermedades y miserias que las aquejan. Las turbas maravilladas seguían al Salvador, inflamadas en gratitud, reconocimiento y amor para con quien los colmaba de tantos beneficios. A este modo, debemos acercarnos a Jesucristo Señor Nuestro, en la sagrada Comunión, no con miras humanas y terrenales, sino impulsados únicamente por la gratitud, la admiración y el amor más tierno hacia aquel Salvapor amantísimo que se ha hecho nuestro rescate, nuestro tesoro, nuestro alimento y nuestra felicidad.

Punto 3º—Las turbas seguían al Salvador no solamente en medio de las ciudades, sino en los campos y los desiertos. Olvidábanse hasta del alimento preciso, y lo dejaban todo, negocios, casa y familia, sedientas de escuchar las palabras de vida que brotaban de aquellos divinos labios. ¡Felices mil veces los que ahora como entonces abandonan todo y se dejan a sí propios, para seguir al Verbo encarnado, imitar sus ejemplos y participar de su vida divina! A éstos es delicioso el Pan de la vida; a éstos la sagrada Comunión es un festín anticipado del cielo. El milagro de la multiplicación de los panes realizó el Señor en el desierto, y no en las plazas de una populosa ciudad, para enseñarnos que el retiro y el recogimiento interior son las disposiciones de alma más adecuadas para participar fructuosamente de la Mesa eucarística.

¡Oh Salvador dulcísimo!, que tanta piedad y conmiseración tuvisteis de aquellas turbas, que cuando nadie pensaba en ellas, Vos únicamente os preocupabais de su sustento, y para saciar su hambre multiplicasteis el pan en el desierto: desde ese trono del sagrado tabernáculo, echad ahora una mirada de amor y misericordia sobre nuestras almas desgracia-

das. Mirad cómo están faltas y sedientas de todas las virtudes, y especialmente de vuestro amor: venid a nosotros ¡oh Pan divino de los Angeles!, destruid en nuestros corazones el germen de la concupiscencia y el pecado, alimentadnos con vuestra gracia, y hacednos crecer en virtud y santidad, para que vivamos con vuestra misma vida divina en tiempo y eternidad. Amén.

Resoluciones.—Las turbas judías no lograron comer aquel pan prodigioso sino por haber abandonado todo, y seguido al Señor, ansiosas de escuchar sus enseñanzas y contemplar sus portentos; procuremos también nosotros no acercarnos a la sagrada Comunión, sino después de haber meditado algún rato sobre uno de los misterios de nuestro Redentor divino, y habernos desembarazado de las inquietudes y vanos afanes de este mundo. ¡Qué provechosas serían entonces todas nuestras comuniones!

Ejemplo.—En las vidas de los Padres del desierto se refiere un hecho hermoso que simboliza admirablemente la verdad que acabamos de considerar, que la sagrada Eucaristía es el pan del cielo y el trigo de los escogidos, que todos los días se multiplica en el altar, para dar vida a las almas. En la ciudad de Seleu-

cia, en el Asia Menor, había en el siglo VI un rico comerciante que, si bien durante algún tiempo se contaba entre los buenos católicos, después había apostatado de la fe verdadera y caído en la herejía de los severianos. Un criado del sectario había, sin embargo, permanecido firme en las antiguas creencias, y como tal, según la costumbre del país, había recibido el Jueves Santo una porción de la sagrada Eucaristía, y llevádola a su casa, para comulgar con sus propias manos. Envolvió pues el Pan consagrado en un lienzo blanco y limpio, y lo colocó decentemente en un armario. En esto, ocurriendo que viajara intempestivamente para Constantinopla, olvidóse de la divina Eucaristía, y así entregó por descuido la llave del mueble donde ella se guardaba, en manos del hereje. Este, al abrir el armario se encontró con el Santísimo Sacramento, pero en atención al criado lo dejó tal como estaba; mas al acercarse a este adorable Misterio en otra ocasión, advirtió con gran estupor que las sagradas Partículas se habían tornado fecundas: vigorosos tallos de trigo habían germinado de aquel Pan divino, y espigas magníficas coronaban esa pequeña y dorada gavilla. Este admirable y bellísimo milagro causó

en Seleucia la conversión de herejes innumerables al gremio de la verdadera Iglesia. (El P. Couet.)

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA DIECISÉIS

La Transfiguración

Preludio.—Nuestro divino Salvador para hacer entrever a sus discípulos algo de la gloria que le era tan debida y propia, tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan, dice el Evangelio (Matth. cap. XVII), y subiendo con ellos a un monte alto y apartado, se transfiguró en su presencia; de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Al mismo tiempo aparecieron Moisés y Elías conversando con el Salvador, de lo que debía padecer en Jerusalén. En esto, una nube resplandeciente vino a cubrirlos. Y una voz que decía: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias: a él habéis de escuchar.

Punto 1º—La transfiguración del Señor tiene relaciones íntimas y hermosas con el adorable misterio de nuestros altares. Para realizar aquélla conduce el Salvador a unos pocos discípulos, predilectos y

escogidos, a la cima de un monte muy alto y apartado: allí, en la soledad y el silencio, contemplan esos afortunados Apóstoles algunos reflejos de la gloria incomprensible, propia del Rey de los cielos. El tabernáculo es un otro Tabor, un monte muy alto y escondido, a donde no ascienden sino las almas que procuran desprenderse de los bienes frágiles y perecederos de este mundo. *Ducit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos.* Las almas amantes del silencio y soledad interiores del corazón, que no buscan ni quieren otra cosa que a Dios, las que han subido a ese monte arduo y difícil del propio aniquilamiento, son las que gustan y saborean las delicias celestiales que encierra en sí la divina Eucaristía. A los ojos de ellas, iluminados por una fe vivísima, aparece nuestro divino Señor sacramentado en los resplandores de su belleza infinita, en los excesos de su amor inefable. El blanco velo de las especies eucarísticas recuerda cómo en la transfiguración las vestiduras del Salvador se tornaron albas y refulgentes como la nieve; y las santas oscuridades de la fe que cercan el altar nos traen a la memoria la nube que envolvió el Tabor. *Ecce nubes lucida ob umbravit eos.*

Punto 2º—En aquel monte santo escucharon los Apóstoles la voz del Padre eterno, que les dijo, hablando de Jesucristo: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias: a él habéis de oir. En cada comunión vuelve a hablarnos la misma voz divina, exhortándonos al cumplimiento fiel de los preceptos del Señor, y a seguir dócilmente el camino que nos traza por la luz de sus celestiales inspiraciones. *Ipsum audite.* San Pedro extático de gozo, como fuera de sí por el maravilloso espectáculo de la Transfiguración, exclamó, advierte el Evangelio, sin saber lo que decía: Señor, bueno es estarnos aquí: si te parece, formemos aquí tres pabellones, uno para ti, otro para Moisés, y otro para Elías. De modo semejante, saciados de delicias en la Mesa eucarística, saboreando un gusto anticipado del paraíso, querríamos fijar para siempre nuestra mansión junto al tabernáculo; mas debemos recordar que la gloria y la felicidad no son propias de este mundo, y que los consuelos que el Señor derrama en nuestras almas en la santa Comunión son para esforzarnos al cumplimiento austero y penoso del deber, para que reanimados con el Pan de los ángeles y la esperanza del cielo, conti-

nuemos firmes en la senda de los divinos mandamientos, y, sin apartarnos de ella un punto, completemos nuestra amarga peregrinación sobre la tierra. *Bonum est nos hic esse.* Si tan placentero y dulce es recibir al Señor por unos instantes en la sagrada Comunión, ¿qué será gozarle cara a cara en el cielo?

Punto 3º—Dice San Lucas que Moisés y Elías hablaban en el Tabor con Jesucristo, de su salida de este mundo, la cual estaba para verificar en Jerusalén: *Et dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem* (IX, 31); es decir, trataban de la pasión y muerte del Salvador. Efectivamente la Transfiguración realizóse no para hacer olvidar a los Apóstoles el misterio de la Cruz, sino para que, robustecida su fe con el espectáculo de la gloria del Hijo de Dios, no se escandalizasen de sus dolores e ignominias, y predicaran después valerosamente con palabras y ejemplos el exceso de caridad de Dios en favor de los hombres, que es el misterio de Jesús crucificado. A este modo, en el altar, la sagrada Eucaristía nos recuerda la Pasión del Salvador, nos habla de las finezas de su amor hacia nosotros, y nos exhorta a imitarle y corresponderle abrazándonos generosamente con las cruces

que la Providencia divina nos depare, y lanzándonos resueltos por las sendas de la abnegación y el sacrificio. De suerte que el sagrado tabernáculo es un místico Tabor donde hallamos a Jesús en las glorias de su Transfiguración, al mismo tiempo que nos recuerda el Calvario; y con la esperanza del cielo nos anima a inmolarnos en el fiel cumplimiento del deber y en un abandono amoroso y completo en manos del Señor.

¡Oh Jesús dulcísimo! gózome de contemplaros radiante de luz y hermosura en vuestra Transfiguración gloriosa; pero mucho más me mueve veros llagado y expirando de amor por mí sobre la Cruz. No tengo envidia de la dicha de vuestros Apóstoles en el Tabor, pero sí la tengo de la suerte de Magdalena en el Calvario. ¡Quién me diera vivir abrazado con vuestra Cruz preciosa, bañándome en los raudales de sangre divina que de vuestras amorosas llagas manaban sobre aquel santo madero! Pero oh Jesús amantísimo, nada tengo que envidiar, ni a los Apóstoles ni a la Magdalena, porque en la sagrada Eucaristía os tengo todos los días, reinante en el cielo más gloriosamente que en el Tabor, y renovando incesantemente el misterio de caridad infinita del Calvario.

Resoluciones.—Cuando en nuestras visitas al Santísimo Sacramento, o la Comunión, somos favorecidos con dulces e interiores consolaciones, no pongamos toda la atención en saborearlas, sino esforzados con ellas renovemos nuestro propósito de morir mil veces antes que pecar, y prometamos a Dios servirle fielmente así en las sequedades como en medio del fervor de la devoción, tanto entre la paz y el gozo del espíritu, como al embate furioso de las tentaciones, o sacudidos por el huracán de la tribulación.

Ejemplo.—En la ciudad de Santarén, de la diócesis de Lisboa, en Portugal, consérvase hasta el día de hoy una Hostia maravillosa, cuya historia nos muestra reproducido juntamente el Tabor y el Calvario en el adorable Misterio del altar. En el siglo XIII, reinando Alfonso III, ocurrió que una mujer de aquel lugar, mal avenida con su marido, acudió, para remediar su situación, a una judía hechicera, quien ofreció ponerla en paz con su consorte, con tal que le entregara una Forma consagrada. La mala mujer, a pesar de los remordimientos de su conciencia, fué a la iglesia, comulgó sacrílegamente, y sacando luego de su boca la Partícula adorable, la envolvió en un lienzo y se la llevó para darle a la he-

chicera. Pero entonces aconteció un prodigio: gruesas gotas de sangre principiaron a fluir de aquel lienzo que envolvía a la Hostia santa, de modo que por todo el camino quedó estampada aquella sangrienta huella: aterrada de esto fué la mujer a su casa, y encerró en un cofre el divino Sacramento. La noche siguiente, despertó el marido con gran asombro, porque desde aquella humilde caja de madera se escapaba un torrente de luz maravillosa que derramaba un resplandor de mediodía en toda aquella habitación. Habiendo con esto quedado patente aquel horrendo sacrilegio, fué la Hostia milagrosa trasladada en procesión, en medio de innumerable gentío, a la propia iglesia de San Esteban, donde se conserva hasta hoy, como centro extraordinario de devoción, por los estupendos prodigios que ha realizado en todo tiempo. Uno de ellos es, que muchas veces se ha mostrado Nuestro Señor a las atónitas miradas de los fieles, bajo las diferentes formas de su sagrada humanidad, ya niño, ya adolescente, ya en las escenas sangrientas de la pasión, y ya frecuentemente en los resplandores de su gloria. Hásele visto en ocasiones con aire amenazador y terrible, apartándose con indignación de los espectadores,

y en otras, con el rostro radiante de bondad y misericordia; un día con el aparato de un juez terrible, y al siguiente, con la majestad y grandeza de Rey y Señor de todo el universo. Como que la sagrada Eucaristía es el recuerdo y reproducción mística de todos y cada uno de los misterios de la humanidad sacratísima de Jesucristo. (El P. Couet.)

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA DIECISIETE

La Resurrección de Lázaro

Preludio.—El milagro del Salvador que llamó más la atención de los judíos, fué la resurrección de Lázaro. Refiere el Evangelio, que se hallaba éste enfermo en Betania, cuando sus hermanas Marta y Magdalena enviaron a decir a Jesucristo: Aquel a quien amas está enfermo. Con esto el Salvador se encaminó a Betania, pero cuando llegó allí, Lázaro había muerto y hacía cuatro días que estaba sepultado. Sin embargo, a los ruegos de las dos piadosas hermanas, Nuestro Señor se encaminó hacia la cripta sepulcral, y allí con voz omnipotente, llamó al muerto, diciendo: «Lázaro, sal afuera»: *Lázare, veni foras* (S. Joan, cap. XI).

Punto 1º—Cuando Jesús anunció el misterio de la Eucaristía, dijo a las turbas que le escuchaban: el pan que yo daré para la vida del mundo, es mi propia carne. Quien come mi carne y bebe mi

sangre, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el último día. *Et ego resuscitabo eum in novissimo die* (Id. VI, 55). Según San Pablo, Nuestro Señor murió para librarnos del pecado, y resucitó para nuestra justificación. El es el primogénito de entre los muertos, y como las primicias de los resucitados. La resurrección general de los muertos, al fin de los tiempos, será un efecto de la virtud soberana y omnipotente de Cristo; pero no será aquélla una misma para todos: los pecadores se levantarán a resurrección de juicio, esto es, saldrán vivos de sus sepulcros, para ser arrojados en cuerpo y alma a los infiernos; y los justos resucitarán con resurrección de vida, esto es, para poseer a Dios eternamente en el cielo. El sacramento que deposita en nosotros, y hasta en nuestra propia carne, este divino germen de resurrección bienaventurada, es el sacramento de la Eucaristía, según la promesa ya citada del Salvador: Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el último día.

Punto 2º—La sagrada Escritura nos habla de dos clases de muerte: la del pecado y la de la condenación eterna, de las cuales es como una sombra y un símbolo o figura, la muerte corporal. Es-

ta, para los justos, antes que muerte es más bien vida, porque es el principio de la eterna del cielo. La verdadera muerte es la del pecado, y la condenación eterna, que es consecuencia de aquél. La sagrada Eucaristía nos infunde, en la Comunión, vida espiritual tan abundante y gracia tan poderosa, que si cooperamos a ella como es debido, tendremos fuerzas bastantes para preservarnos del pecado y la condenación eterna. El Concilio de Trento llama al Pan eucarístico, antídoto con el cual nos preservamos de las faltas cotidianas, esto es, no solamente de las mortales, sino también de las veniales. Dice San Agustín: Cuando Nuestro Señor Jesucristo prometió que el que comiese su carne y bebiese su sangre había de tener vida eterna, y le había de resucitar en el último día, quiso decir: el que me recibe ahora en la Comunión, recibe en la gracia que se le da con ella, el germen de la vida bienaventurada del cielo, germen que se deposita no solamente en el alma, sino en el cuerpo mismo del cristiano.

Punto 3º—El hermoso pasaje evangélico de la resurrección de Lázaro, es, pues, una figura de lo que había de acontecer en el último día de los tiempos. Nuestro Señor dijo a Marta: Yo soy la resurrec-

ción y la vida; y a los judíos: quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Por consiguiente, la sagrada Comunión viene a ser para nosotros como una simiente de vida que se siembra en nuestras almas, y aun en nuestros mismos cuerpos, comunicándonos como gracia propia del sacramento una robustez y energía tales de vida espiritual, que podemos superar a las tentaciones que nos arrastran al pecado, mantenernos firmes en la virtud, y en el último día resucitar gloriosos y triunfantes con esa vida divina y eterna propia de todos los bienaventurados.

¿Qué os daremos, Señor, qué ofrenda os presentaremos, para testificar la gratitud inmensa que os debemos por los innumerables beneficios con que nos habéis colmado? Nacisteis en un pesebre para ser compañero nuestro en los desiertos de la vida: moristeis en una Cruz para redimirnos; os habéis quedado sacramentado para ser el alimento de nuestras almas; y estáis en el cielo para prepararnos una eternidad bienaventurada. Haced, pues, oh Jesús amantísimo, que correspondamos fielmente a tan excesivas finezas vuestras, dándonos una gracia eficacísima para morir a todas nues-

tras perversas inclinaciones, y depositando en nuestras almas, por virtud de vuestro Sacramento admirable, fuerza y poder bastantes para levantarnos del sepulcro de nuestras miserias, vivir con vuestra vida de gracia y santificación, y en el día terrible del juicio resucitar gloriosamente entre los justos, para que después reinemos con Vos eternamente en el cielo. Amén.

Resoluciones.—Cuantas veces nos ponemos en la presencia adorable de nuestro divino Salvador sacramentado, y, sobre todo, cuando le recibimos en la comunión, recordemos que en esa Hostia divina está el principio de nuestra vida espiritual, y el germen de nuestra inmortalidad bienaventurada; por lo mismo neguémonos generosamente a todas las inclinaciones perversas y corrompidas de la carne, y procuremos que hasta nuestros mismos cuerpos participen en cuanto nos es posible, de la inocencia, pureza y santidad de la Hostia divina de nuestros altares.

Ejemplo.—San Sacerdos, abad del monasterio de Sarlat, en Francia, hallábase orando con sus religiosos, cuando un mensajero fué a avisarle que el padre del Santo acababa de morir sin haber tenido tiempo de que se le administrara el sagrado Viático. El Santo lleno de

dolor con tal anuncio, voló inmediatamente a ponerse junto al féretro del cadáver de su padre. Allí permaneció algún tiempo en oración, luego animado de una fe vivísima se levantó, tomó la mano yerta del difunto, y con voz firme y confiada le llamó dos veces por su nombre. A la voz del Santo, el difunto abrió los ojos, como despertándose de un profundo sueño, y después de pasear lentamente sus miradas sobre toda la concurrencia, dijo: «Hoy mi alma había dejado ya esta tierra, sin hallarse aún fortificada por la recepción del Pan de vida; pero gracias a las oraciones y méritos de mi hijo, Dios me permite volver a la vida, para tener esta dicha.» A los gritos de asombro y terror de toda la concurrencia, sucedieron cánticos de alabanza y acción de gracias. Mientras tanto San Sacerdos, sin detenerse un punto, administró inmediatamente el Viático a su padre. Al contacto de la Hostia consagrada, el cuerpo del anciano se estremeció de alegría, y un rayo de la felicidad eterna se reflejó sobre su rostro marchito y descarnado. Levantó la diestra en ademán de bendecir a su santo hijo, le manifestó la más viva gratitud, por la gracia que acababa de comunicarle, y en seguida rindió su espíritu al Señor.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA DIECIOCHO

La Entrada en Jerusalén

Preludio.—Al aproximarse la Pasión, dispuso el Salvador, en su último viaje a Jerusalén, para cumplimiento de lo que habían anunciado los profetas, ser recibido y aclamado por el pueblo como verdadero Mesías. ¿Pero, qué triunfo iba a ser éste? No el de la soberbia y la vanidad, sino de la dulzura, mansedumbre y paciencia. Con tal intento, haciendo su camino en unión de los Apóstoles, luego que llegaron a Betfagé al pie del Monte de los Olivos, refiere San Mateo (cap. XXI), que envió Jesús a dos de sus discípulos para que le trajesen una asna que estaba allí cerca atada, con su pollino, y sentado en tan humilde cabalgadura hizo el Hijo de Dios su solemne entrada en la ciudad santa. Gran muchedumbre de gente tendía por el suelo los mantos y vestidos: otros cortaban ramas de árboles y las ponían por donde había de pasar el Señor con su corte-

jo; y tanto la multitud que iba delante, como la que venía detrás, clamaban diciendo: Hosanna al Hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre del Señor: hosanna en lo más alto de los cielos.

Punto 1º—Dice el Evangelista que todo lo referido aconteció en cumplimiento de lo que había anunciado el Profeta: «Decid a la hija de Sión: mira que viene a ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo.» Nuestro divino Salvador entró en Jerusalén entre estas manifestaciones de júbilo, para advertir que era El la verdadera Víctima divina llevada triunfalmente al templo, antes de ser inmolada. «Todo esto se verificó, dice Alápide, según la ley que ordenaba que el cordero pascual fuese elegido el día diez del mes primero, y preparado convenientemente para su inmolación el día catorce. El día diez del mes de Nisán, o mes primero, corresponde a nuestra Domínica de Palmas.» El triunfo del Salvador en este día no era pues otra cosa que la preparación solemne de la Víctima que luego había de ser inmolada para la salvación del mundo. He aquí por qué la entrada de Jesucristo en Jerusalén tenía relación

íntima con el misterio de la Eucaristía. La Víctima divina conducida al templo entre las aclamaciones populares, los ramos de árboles, las vestiduras tendidas por el suelo y los hosannas de júbilo; todo esto era como una procesión anticipada del Corpus, en que se paseaba triunfalmente a nuestra Víctima preciosa, inmolada desde el principio por la salvación del mundo.

Punto 2º—San Pedro Damiano aplica todas estas circunstancias de la entrada de Jesucristo en Jerusalén, a las disposiciones que deben adornar a un alma en la santa Comunión. «Betfagé, dice, se interpreta la casa de la boca, con lo cual se designa la Confesión. Viene el Señor a esta casa, porque con su venida excita los corazones fieles a confesar los pecados. El castillo que se levanta frente a frente del Señor y sus discípulos, es el alma pecadora, obstinada en seguir la propia voluntad. El asna y su pollino atados, significan la humildad y la sencillez. Pues esta clase de almas pecadoras no dejan alguna vez de humillarse y confesar que es necesario vivir en sencillez y humildad; pero como nunca practican estas virtudes, las mantienen atadas. El asna y su pollino son puestos en libertad, cuando el alma sale al encuentro

del Salvador, y se presenta en Betfagé, esto es, en el tribunal de la penitencia. Los discípulos enviados a ponerlos en libertad, son la esperanza y el temor.» El Salvador entra triunfalmente en nuestras almas, cuando le recibimos en la santa Comunión, arrancando las superfluidades de nuestra vanidad, cual soberbios ramos de palma, para abatirlos junto con nuestros vicios y pasiones, al paso de la Hostia divina, que entra en nuestros pechos para santificarlos. «Salgamos, pues, dice el mismo Santo, salgamos, hermanos carísimos, al encuentro del Señor a Betfagé, compungidos por el temor de las penas, y animados con la esperanza de la vida celestial, confesando sincera y humildemente nuestros pecados, arrancando de nosotros las vestiduras de nuestra carnalidad, para que así el Señor se digne hacer un trono de nuestras almas, e introducirnos consigo triunfalmente en la celestial Jerusalén.»

Punto 3º—Dice San Mateo que tanto las gentes que iban delante, como las que venían detrás del Señor, en su entrada triunfante en Jerusalén, clamaban diciendo: «Hosanna, salud y gloria al Hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre del Señor: hosanna en lo más alto de los cielos.» Esto nos enseña

que cuando el Salvador viene a nosotros en la Comunión, habemos de recibirle con los más fervientes homenajes de adoración y amor. Nuestra alma debe estallar entonces en demostraciones de júbilo y en afectos los más encendidos de alabanza y acción de gracias, por un tan señalado y estupendo beneficio. La gloria es propia del Señor, y por lo mismo que El se humilla tanto al descender a la vileza y podredumbre de nuestros pechos, debemos esforzarnos por tributarle entonces más que nunca los homenajes más rendidos de nuestro culto, haciéndole entrega total de cuanto somos y tenemos, y proclamándole nuestro Dios, nuestro Rey, Señor, Esposo y único Amor de nuestros corazones. Hosanna al Hijo de David: bendito sea el que viene en el nombre del Señor: hosanna en lo más alto de los cielos.

Resoluciones.—El día de Comunión debe ser, para toda alma fiel, un día de júbilo y acción de gracias. Es altamente reprensible la conducta de aquellos que, a modo del pueblo judío, habiendo recibido al Salvador por la mañana, entre hosannas de regocijo, después le olvidan sin dignarse recordar más en todo el día, de la merced señaladísima que les dispensara. Reparemos ingratitud tan de-

testable, con un propósito firmísimo de pagar a Nuestro Señor la visita que nos hace en la santa Comunión, con otra que nosotros le devolveremos aquel mismo día, adorándole, por la tarde, en la prisión del tabernáculo.

Ejemplo.—La gloria es tan propia de Dios, en todos sus misterios, y muy especialmente en sus profundas humillaciones eucarísticas, que cuando los hombres niegan al Señor los homenajes de su culto, el universo entero se apresura a reparar este criminal olvido con las más estupendas y milagrosas manifestaciones de respeto y adoración. He aquí algunos ejemplos. A mediados del siglo XVII, ocurrió durante varios años en una pequeña aldea de Francia, llamada Beuzec, situada a orillas del mar, que cuantas veces la procesión del Corpus pasaba por sus riberas, la mar se retiraba respetuosamente, dejando en seco todo el trayecto que había de recorrer la procesión.—En la pequeña villa de Luchent, en España, aconteció en 1564, que no habiendo concurrido en aquel año, por negligencia culpable, los músicos comprometidos para solemnizar la festividad de Corpus, se oyó en los aires un concierto maravilloso, durante toda la procesión, supliendo con esto los An-

geles la desidia e ingratitud de los hombres.—Varias veces se han presentado los espíritus angélicos, en forma visible, a acompañar al santo Viático, como le aconteció al P. Centenares, discípulo del Beato Juan de Avila, que yendo a sacramentar a un enfermo, por la noche, en un lugar muy pobre de Sierra Morena, de repente se pusieron a sus lados dos jóvenes hermosísimos, de aspecto celestial, que con antorchas encendidas le acompañaron a la ida y al regreso, y desaparecieron al depositar el Santísimo Sacramento en el tabernáculo.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA DIECINUEVE

La Institución del Santísimo Sacramento

Preludio.—La Sagrada Eucaristía es compendio y recuerdo vivo y perpetuo de todos los misterios de nuestra Redención, y al mismo tiempo, prueba irrecusable de la caridad infinita del Verbo encarnado, en favor de los hombres. ¿Qué es lo que Jesucristo, Nuestro Salvador divino, nos ha dado, al instituir el Santísimo Sacramento, y cómo nos lo ha dado? Esto nos lo dice admirablemente San Juan en su Evangelio (cap. VIII): «Víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre: como hubiese amado a los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin;» y movido de este amor se dió a sí propio a los hombres en la adorable Eucaristía, testimonio supremo y el más excelente así de su inmensa caridad, como de su omnipotencia y sabi-

duría infinita, pues dádiva tan preciosa nos la hizo Jesús «sabiendo que el Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que como era venido de Dios, a Dios volvía:» *Sciens quia omnia dedit ei Pater in manus, et quia a Deo exivit, et ad Deum vadit.*

Punto 1º—El Santísimo Sacramento fué instituído en prueba del amor infinito que el Verbo encarnado ha tenido a los hombres, especialmente a aquellos que profesan su ley, siguen su doctrina y practican sus mandamientos: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo.* El verdadero amante no se contenta con hacer dones y regalos, por ricos y preciosos que sean, sino que al fin se entrega a sí propio en manos del amado; por esto Jesucristo Señor Nuestro, el más fino, verdadero y generoso amante de nuestras almas, no se contentó con enseñarnos su admirable doctrina, librarnos de la cautividad del pecado y el infierno, reconciliarnos con el Padre, y abrirnos las puertas del cielo, sino que al fin se entregó a sí propio, pues mientras no hiciese esto no podía quedar plenamente satisfecho el amor que nos profesa. Su cuerpo y sangre preciosísimos, y con ellos su alma y divinidad, todo junto, nos lo dió, por alimento de nuestras

almas y prenda de nuestra felicidad eterna, y para que fuesen propiedad y posesión nuestra tan reales y verdaderas, que, apenas hecha esta dádiva, se abandonó inmediatamente en manos de los verdugos, se sujetó sin quejarse a inauditos tormentos, entregó su cuerpo a la Cruz, y derramó hasta la última gota de su sangre divina, por nuestro rescate y salvación. He aquí el misterio de infinito e incomprensible amor que nos predica el Santísimo Sacramento. Este es el inefable misterio que hacía exclamar al Apóstol: «El Hijo de Dios me amó, y se entregó a sí mismo por mí:» *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me* (Galat. II, 20).

Punto 2º—Nada hace resplandecer tanto esta fineza del amor de Dios a los hombres, como la circunstancia extraordinaria en que fué instituído este divino Misterio. «Víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre;» es decir, sabiendo que era ya llegada la hora de su pasión sangrienta, cuando los hombres ingratos y crueles iban a extremar su odio y furor contra el Hijo de Dios, cuando estaban ya a punto de prepararle los azotes, los clavos y la Cruz, entonces el Salvador

se pone en nuestras manos, y nos hace el más rico y hermoso de sus dones. Con esto nos demostró que nos amaba hasta el fin: *In finem dilexit eos;* esto es, hasta la inmolación, hasta la muerte, y muerte de cruz; hasta un exceso que supera a todo cuanto los hombres pueden exigir del amor, puesto que Jesús nos amó cuando éramos sus enemigos, y cuando, sumergidos en el pecado, nuestra ocupación era agraviarle y ofenderle. Solo un amor infinito pudo llegar a este exceso; «Porque, como dice San Pablo, ¿de dónde nace que Cristo, estando nosotros todavía enfermos (de la culpa, rebeldes a Dios,) al tiempo señalado murió por los impíos? A la verdad apenas hay quien quisiese morir por un justo: tal vez se hallaría quien tuviera valor de dar su vida por un bienhechor. Pero lo que hace brillar más la bondad de Dios hacia nosotros, es que entonces mismo cuando éramos aun pecadores o enemigos suyos, fué cuando al tiempo señalado, murió Cristo por nosotros.» *Cum adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est* (Rom. V, 8).

Punto 3º—Entonces fué cuando reuniendo a los Apóstoles en torno suyo, nuestro amantísimo y divino Salvador Jesús, en la noche misma de la Pasión,

«tomó el pan en sus santas y venerables manos, y levantando los ojos al cielo, a Dios su Padre omnipotente, bendijo aquel pan, lo rompió y dió a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed todos de él: Este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: *Hoc est Corpus meum, quod pro vobis tradetur* (1.ª Corinth. XI, 24). De igual manera, después que hubo cenado, tomando también el cáliz en sus santas y venerables manos, dando nuevamente gracias al Padre, bendijo aquel cáliz, y lo dió a sus discípulos, diciendo: Tomad, y bebed de él todos: pues este es el cáliz de mi sangra, la del nuevo y eterno Testamento: misterio de fé: Sangre que será derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados. Siempre que hiciéreis esto, hacedlo en memoria de mí.» (1) Y al entregarnos su cuerpo y sangre adorables, nos dió juntamente su alma y divinidad, esto es, todo cuanto tenía, sin reserva alguna y para siempre: *In finem dilexit eos.* De manera que después de esto, ni Dios tiene otra cosa que darnos, ni nosotros nada más que pedirle, sino es únicamente el cielo. Podrán los herejes e impíos profanar las iglesias, romper los tabernáculos, piso-

(1) Palabras del Canon de la Misa.

tear la Hostia santa; sin embargo de esto, Jesús no retractará jamás su don, y permanecerá con su Iglesia hasta la consumación de los siglos: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi* (Matth. XXVIII, 20).

Resoluciones.—La institución de la divina Eucaristía se renueva y conmemora diariamente en el sacrificio adorable de la Misa. Todo templo y altar católico son un otro Cenáculo donde Jesucristo nuestro Señor, por el ministerio de los sacerdotes, consagra el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre, y los distribuye a los fieles en la santa Comunión. La sagrada Eucaristía es un recuerdo viviente y perpetuo del Cenáculo y el Calvario. ¡Con qué fe, con cuánto amor y devoción no debemos pues asistir al sacrificio incruento de la Misa, y ofrecer a Dios esa misma Víctima santísima, en testimonio de nuestra gratitud por don tan inestimable, y en reparación de nuestros pecados! Formemos, por tanto, un propósito firme y eficaz, de no pasar en adelante un solo día de nuestra vida, sin asistir al divino Sacrificio.

Ejemplo.—En cierta ocasión se acercó a Santa María Magdalena de Pazzis una religiosa súbdita suya, a darle cuenta de

espíritu, y la dijo que meditando en la institución del Santísimo Sacramento, se había sentido tan conmovida por el amor manifestado por Jesucristo a los hombres, en aquella circunstancia, que no había podido pasar adelante. Al escuchar esto la Santa fué inmediatamente arrebatada en éxtasis, en el que se la oyó decir muchas veces: «Cuando se piensa en el amor de Jesús, no es posible ya ocuparse de otra cosa; es necesario detenerse allí.» La misma Santa siendo todavía novicia, el año de 1585, leía, el Jueves Santo, la Pasión del Salvador, cuando al llegar al punto en que el evangelista refiere la institución de la Eucaristía, fué arrebatada en éxtasis, durante el cual vió al Salvador que venía hacia ella a darle la Comunión; postróse pues en tierra, y a presencia de todos recibió este inestimable favor; después exclamó llena de gozo: «El Amado de mi alma es blanco y sonrosado; el mismo acaba de venir a mi corazón. Oh amadísimo Esposo mío, ensanchad mi corazón, a fin de que llame a todos vuestros hijos a la comunión de vuestro cuerpo y sangre adorables.» (Vida de la Santa, por el P. Cepari).

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA VEINTE

La traición de Judas

Preludio.—La paz y solemne tranquilidad del Cenáculo, al tiempo de la institución del Santísimo Sacramento, fué perturbada por un horrendo crimen, la traición de Judas. He aquí cómo nos hace entrever este misterio de iniquidad San Juan en su Evangelio: «Habiendo Jesús estas cosas, se turbó en su corazón: y abiertamente declaró, y dijo: En verdad, en verdad os digo: que uno de vosotros me hará traición. Al oir esto los discípulos horrorizados, mirábanse unos a otros, dudando de quién hablaría. Estaba uno de ellos, al cual Jesús amaba, recostado a la mesa con la cabeza casi sobre el seno de Jesús. A este discípulo pues, Simón Pedro le hizo una seña, diciéndole: ¿Quién es ese de quién habla? El entonces, recostándose más sobre el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? Jesús le respondió: Es aquél

a quien ahora daré pan mojado. Y habiendo mojado un pedazo de pan, se lo dió a Judas, hijo de Simón Iscariote. Y después que tomó este bocado, se apoderó de él satanás plenamente.» (cap. XIII). *Et post buccellam, introivit in eum satanas.*

Punto 1º—La traición de Judas es uno de los pecados más abominables que se hayan perpetrado jamás en el mundo; entre otras razones, por las tres siguientes, que nos da San Agustín. A saber: 1.º, por la *ingratitud.* Nuestro Señor había colmado a Judas de beneficios, y le había dado muestras de la más tierna predilección. Le entresacó de la masa de los hijos de Abrahám, y le hizo no solamente su discípulo, sino su apóstol. No contento con esto, le confió las pocas limosnas con que se sustentaba el colegio apostólico, haciéndole como proveedor y padre de sus hermanos en el apostolado. Es uno de los elegidos para presenciar el sublime misterio del Cenáculo. Y sin embargo, nada de todo esto conmueve a Judas; y en la noche misma en que Jesucristo hace el supremo esfuerzo de su amor, instituyendo el Santísimo Sacramento, el Apóstol ingrato y pérfido profana el sacramento divino, comulgando sacrílegamente, y poco des-

pués entrega a su Señor y Maestro en mano de sus enemigos.

Punto 2º—El segundo carácter del pecado de Judas fué la *obstinación*. Nuestro Señor advirtió desde el principio al Discípulo infiel, para que se corrigiese; pero todas las advertencias del divino Maestro no produjeron impresión alguna en aquella alma empedernida. Allí mismo, en el Cenáculo, hácele el Señor, aunque de un modo velado, las más tiernas reconvenciones. «No lo digo por todos vosotros, exclamó el Salvador: yo conozco a los que tengo escogidos: mas ha de cumplirse la Escritura. Uno que come el pan conmigo, levantará contra mí su calcañar. Habiendo dicho Jesús estas cosas, se turbó en su corazón: y abiertamente declaró, y dijo: En verdad, en verdad os digo: que uno de vosotros me hará traición.» *Quia unus ex vobis tradet me*. Estas reconvenciones y protestas amorosas que sobresaltaron a todos los Apóstoles, y habrían conmovido hasta a las piedras, no hicieron mella alguna en Judas. ¡Qué horrendo es el pecado de sacrilegio!: su primer efecto es endurecer el corazón.

Punto 3º—Otro de los caracteres del crimen de Judas fué el *escándalo*, esto es, la sangre fría y la falta de todo pudor

con que a vista de todos, perpetró su traición. A pesar de todas las advertencias del Salvador, acércase el indigno Discípulo a la Mesa eucarística, siéntase en ella, y comulga sacrílegamente. Poco después, en esa misma noche, hácese el jefe y conductor de los que prendieron a Jesús, y en el punto mismo de consumar su traición acércase al Salvador y le besa: *Et osculatus est eum.* Y entonces escucha estas últimas palabras del Salvador, que fueron como un sello de reprobación, para aquel Apóstol pérfido: «¡Oh Judas! ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?» *Osculum Filium hominis tradis?* ¡Oh cuántos crímenes y cuán excecrable malicia, cuán negra ingratitud se encierran en el pecado horrendo de sacrilegio! Judas es el jefe y maestro de todas aquellas almas pérfidas que con la conciencia manchada de culpa mortal se acercan a recibir la Hostia de toda santidad y pureza, comiendo así y bebiendo su propia condenación.

¡Oh dulce y pacientísimo Dueño y Salvador mío! cuán duros y costosos sacrificios os ha costado el quedaros con nosotros en la sagrada Eucaristía y haceros alimento de nuestras almas. Esta fineza incomprensible de amor que ha-

bría ablandado hasta a las fieras, no ha bastado sin embargo para conquistaros los corazones de los hombres. ¡Cuántos, ay!, a semejanza de Judas, se atreven a insultaros en el Sacramento mismo de vuestro amor! No permitáis jamás, Señor, que sea yo uno de estos desgraciados; haced que muera mil veces antes que hacerme reo de tan monstruosa iniquidad.

Resoluciones.—Pidamos a Nuestro divino Salvador Sacramentado una gracia poderosa y eficaz que nos preserve de incurrir jamás en el horrendo pecado de sacrilegio. Ofrezcámosle nuestras más humildes reparaciones por los ultrajes que recibe Su Majestad en el Sacramento del Amor; y hagamos la firme resolución de purificar lo mejor que podamos nuestras conciencias, antes de acercarnos a la Mesa eucarística.

Ejemplo.—San Cipriano, Obispo de Cartago, refiere varios castigos ejemplares que recibieron en su tiempo algunos cristianos indignos, por haberse atrevido a recibir sacrílegamente el Cuerpo santísimo del Señor en la Comunión. Uno de esos casos es el siguiente. Una mujer entrada en años, vencida del temor a los tormentos, sucumbió de modo miserable durante una persecución, rin-

diendo culto a los ídolos. Después de perpetrado este crimen, en vez de confesarlo con humildad, trató de encubrirlo a los ojos de los demás cristianos; para lo que fuese a la asamblea de los fieles, y sin haberse reconciliado con Dios, participó sacrílegamente de los santos Misterios. Había engañado a los hombres, pero no pudo burlarse de Dios; pues la venganza divina castigó inmediatamente a la sacrílega. La sagrada Comunión se convirtió para ella en un veneno mortal, que a modo de fuego le devoraba las entrañas. Así fué que, poco después de haber comulgado, cayó presa de convulsiones terribles; retorcíase en el suelo, y no hallando alivio alguno, entró en furor contra sí propia, y esforzábase por quitarse la vida; finalmente se mordió la lengua, instrumento de su crimen, y expiró en un horrible acceso de rabia y desesperación.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA VEINTIUNO

GETSEMANÍ

Preludio.—Acabada la Cena y verificada la institución del Santísimo Sacramento, salió Jesús, según su costumbre, al Monte de los Olivos, para orar. Llegado que fué allí, refiere San Lucas, dijo a los discípulos que le seguían: Orad para que no caigáis en tentación. Y apartándose de ellos como la distancia de un tiro de piedra, hincadas las rodillas, hacía oración, diciendo: Padre mío, si es de tu agrado, aleja de mí este cáliz: no obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya. En esto se apareció un Angel del cielo, confortándole. Y entrando en agonía, oraba con mayor intensidad. Y vínole un sudor como de gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo. (Luc. XXII.)

Punto 1º—En el Cenáculo se inmoló Cristo Nuestro Señor ante el Eterno Padre místicamente, en sacrificio por la salvación del mundo. El sacrificio euca-

rístico instituído allí por primera vez, había de celebrarse en recuerdo de la Pasión del Salvador: *Mortem Domini annuntiabitis.* Este mismo sacrificio principió a realizarse en el Huerto de las Olivas, para ser después consumado en el Calvario. Dos causas principales asigna Alápide al sudor de sangre en el Huerto. «La primera fué para manifestar la acerbidad del dolor causado por nuestras culpas, y la vehemencia del amor que nos tenía, para de este modo excitarnos a confiar en El, amarle e imitarle. Pues así como el fuego hace que las rosas destilen el precioso aroma que contienen, así la vehemencia del amor hizo que del cuerpo sagrado de Cristo fluyese su sangre adorable en el Huerto. La segunda causa fué porque Cristo entonces ofreció al Eterno Padre esta sangre divina, y a sí propio con su sangre, en holocausto y víctima por nuestros pecados.»

Punto 2º—El sacrificio adorable de la Misa es renovación mística y recuerdo perpetuo de cada uno de los misterios de la Pasión del Salvador, y muy especialmente de su oración en el Huerto. En el Cenáculo la espada que inmoló al Salvador dividiendo su cuerpo y sangre adorables en la oblación eucarística, fué su palabra omnipotente y divina. No es-

taban allí los verdugos, ni los instrumentos de suplicio: sólo la voluntad adorable de Cristo le inmoló como víctima ante el Eterno Padre. En el Huerto de modo semejante, es esta misma voluntad santísima la que le hace aceptar el cáliz de la pasión, le arranca la sangre de las venas, y le inmola sobre el altar de su corazón divino. La santa Misa, reuniendo en sí todos los fines del sacrificio, uno de los cuales es impetrar del cielo gracias y mercedes y el perdón de nuestros pecados, es por excelencia la oración más alta y sublime que jamás puede ofrecerse a la Majestad divina. En el Huerto, Cristo Señor Nuestro ofrece también a su Eterno Padre la oración más intensa que nos refiere el Evangelio. *Et factus in agonía prolixius orabat.*

Punto 3º—Aunque Cristo Nuestro Señor, resucitado de entre los muertos, no puede ya padecer, sin embargo en la sagrada Eucaristía se renuevan diariamente de un modo místico las angustias y los dolores del Huerto de los Olivos. Ahora como entonces Cristo Señor Nuestro contempla la malicia de los hombres coadunada con el furor de los demonios, para hacer guerra a la Iglesia, perseguir la virtud y ultrajar la Majestad divina. En el altar como en el Huerto, Cristo

eleva esta oración: «Padre mío, si es de tu agrado, aleja de mí este cáliz: no obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya.» En el altar igualmente que en el Huerto, la sangre adorable del Redentor es regada con profusión, hasta empapar el mismo suelo, esto es, los corazones duros e ingratos que se acercan a recibirle en la Comunión, y que, sin embargo, no corresponden como deben a esta fineza admirable del Amor infinito. Tan íntima es la relación que existe entre estos dos misterios, que muchas veces se ha visto a la Hostia consagrada sudar gotas de sangre, como aconteció en el Huerto.

Resoluciones.—Siendo el sacrificio eucarístico la oración por excelencia, siempre que tengamos que implorar alguna gracia extraordinaria del Cielo, y aún en las circunstancias más ordinarias de la vida, unamos nuestra oración por imperfecta que sea, con la de valor infinito que Nuestro Señor elevó en el Huerto de las Olivas, y que renueva todos los días en la santa Misa, y estemos seguros de que por este medio tendremos siempre propicia a la Majestad divina.

Ejemplo.—En 1384 aconteció en Seefeld, pequeña aldea del Tirol, el hecho siguiente. Osvaldo Milcer, señor poderoso de aquellos contornos, se acercó

el Jueves Santo del año antedicho, a recibir la santa Comunión, sin las disposiciones debidas, muy al contrario, henchido el pecho de vanidad y orgullo satánicos; pues exigió del párroco distinciones y honores que de ninguna manera le eran debidos, y entre otras cosas, prescribió que se le diera una Hostia de tamaño extraordinario. Acercóse pues al altar con aire soberbio y arrogante; pero apenas la gran Hostia que tan insolentemente había reclamado, fué depositada en su lengua, cuando a vista de todo el pueblo, se abrió la tierra para tragar a aquel mal caballero. Este, convertido entonces, clamó: «Misericordia», y al punto se cerró el abismo ante sus plantas. En cuanto a la sagrada Hostia, le fué imposible a Osvaldo poder tragarla; por lo cual el sacerdote la retiró de los labios del ya contrito caballero, para guardarla en el copón. Pero entonces ocurrió un gran prodigio, y fué, que en esa sagrada Forma, fresca e intacta, aparecieron repentinamente gotas de sangre rubicunda, que fluían a modo del sudor sangriento de Cristo Nuestro Señor en Getsemaní. Con lo cual quiso el Cielo testificarnos cómo se renuevan místicamente en el altar las agonías del Salvador en el Huerto de las Olivas.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA VEINTIDÓS

La Flagelación

Preludio.—Cuando Nuestro divino Salvador instituyó la Eucaristía, la distribuyó a sus Apóstoles, diciendo: Este es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros; ó según otra versión: el cual será despedazado por vosotros. *Quod pro vobis datur: pro vobis frangetur.* Este anuncio del Salvador se verificó en todo el curso de su Pasión sagrada, y más especialmente aún en su cruel e ignominiosa flagelación, que San Juan refiere en estos lacónicos términos: «Tomó entonces Pilatos a Jesús, y mandó azotarle.» *Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit* (XIX, 1).

Punto 1º—Según el rito de la antigua ley, toda víctima dedicada al Señor, debía ser primeramente ofrecida, luego inmolada y finalmente consumida entre las llamas sagradas del altar. Todo esto era una profecía de lo que había de verificarse en la Pasión del Salvador. Esta

víctima divina fué ofrecida al Eterno Padre en el Huerto de las Olivas; fué quebrantada por los azotes, inmolada en la Cruz, y consumida entre las brasas ardientes de su infinita caridad. Nuestro Señor había venido al mundo para pagar los pecados de los hombres, por esto quiso llevar sobre sí los castigos que merecía el hombre pecador. Dice San Jerónimo a este propósito: Jesús es entregado a los soldados para recibir el doloroso suplicio de la flagelación, y he aquí que los azotes desgarran ese cuerpo sacratísimo, ese pecho magnánimo, verdadero santuario de la divinidad. Esto se verificó en cumplimiento de lo que estaba escrito: *Multa flagella peccatorum:* muchos son los azotes que merece el pecador; pues habiendo sido Cristo flagelado por nuestras iniquidades, nos ha libertado a nosotros de los azotes que teníamos merecidos ante la justicia divina; ya que el Señor siendo la justicia misma no podía ser reo de castigo alguno, según lo que la misma Escritura dice del varón justo: El azote no se aproximará jamás a tu morada: *Flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo.*

Punto 2º—Nuestro divino Salvador continúa siendo en la sagrada Eucaristía la Hostia expiatoria de nuestros pecados;

pues los rayos de la indignación divina que a cada instante deberían desgajarse sobre el mundo criminal, como en otro tiempo sobre Sodoma, para convertirlo en cenizas, van a estallar sobre la Víctima adorable de nuestros altares, que renovando incesantemente la inmolación del Calvario, en el sacrificio incruento de la Misa, nos preserva de los azotes que tenemos merecidos por nuestros pecados. La Hostia santa es como un pararrayos donde la justicia divina, provocada constantemente por los delitos de los hombres, descarga los castigos que ellos se merecen. Por lo cual dice San Basilio: «¿Qué gracias tributaremos al Señor que quiso ser desnudado y azotado por nosotros? ¿Ni de qué nos quejaremos si la tribulación nos visita, pues habiendo padecido tanto el Señor por nosotros, qué mucho que el siervo padezca algo por el Señor? No fué la audacia de los soldados, sino nuestra malicia la que arrancó al Señor sus vestiduras, las rasgó y las sorteó.»

Punto 3º—No solamente la gratitud, sino también la reparación han de ser los homenajes con que hemos de honrar en la Eucaristía la flagelación de nuestro divino Salvador. Este misterio de ignominia y dolor se renueva en el Santísimo

Sacramento con los ultrajes, irreverencias y desacatos que la malicia humana irroga a nuestro Salvador en el altar. Por lo cual las almas fieles deben ser a modo de ángeles reparadores que, con penitencias voluntarias y adoraciones continuas, desagravien a la divina Majestad de los ultrajes que le irroga el mundo, y honrando al Señor en sus humillaciones eucarísticas, se hagan acreedoras a participar de su gloria en los cielos. ¡Oh pacientísimo Salvador mío! que no contento con haber entregado en la pasión vuestro cuerpo divino a los tormentos, sufrís todavía que la maldad de los hombres os ultraje tantas veces en la sagrada Eucaristía, dadme lágrimas de sangre para llorar de continuo esta horrenda ingratitud, y concededme un ardentísimo amor a este adorable Misterio, para reparar de algún modo esta negra y abominable ingratitud.

Resoluciones.—Siempre que tengamos noticia de haberse perpetrado en cualquiera parte del mundo alguno de esos horrendos sacrilegios que hacen temblar de espanto a los ángeles y provocan la cólera del cielo, acudamos inmediatamente al pie de los altares, y uniéndonos allí a las humillaciones de nuestro Señor, imploremos misericordia para el mundo

criminal y para nosotros mismos, en gracia de la preciosísima Sangre que con tanta abundancia fué derramada en el misterio de la flagelación.

Ejemplo.—A principios del siglo XV, vivía en el Brabante, en Bélgica, en un castillo situado a una legua de Nivelles, un piadoso caballero, llamado Juan de Huldeberghe. Una noche, era el 2 de Junio de 1405, fué despertado por una voz que le llamaba por su nombre, y al mismo tiempo, en medio de una claridad más resplandeciente que la del sol, miró delante de sí a un excelso personaje, de aire regio y de sublime majestad, de una hermosura juvenil y toda del cielo, y revestido con un manto de color azul. La maravillosa aparición alzándose el manto, dejó ver su cuerpo todo cubierto de llagas frescas, que brotaban sangre en abundancia, y entre ellas una tan profunda, que penetraba hasta el corazón. Al mismo tiempo con voz lastimera le dijo: «Ay! amigo mío, mira con qué crueldad han desgarrado todo mi cuerpo; apiádate de mí, y busca quien me cure.» Juan de Huldeberghe, deshecho en lágrimas, y conmovido hasta lo íntimo de su alma, postróse ante la aparición, a cuyo tiempo ésta le dijo: «Esfuérzate al menos por vendar mis llagas,

y con esto me consolarás.» Tres veces se repitió esta misma maravillosa visita, y en la última, como preguntase el caballero quién era el que así se dignaba presentársele, le respondió el personaje celestial: «Anda a la capilla vecina, y allí me encontrarás en el altar.» Al siguiente día muy por la mañana, cumplió el caballero la orden que se le había dado, y encontró en la capilla indicada, que por la negligencia culpable de un sacerdote que había celebrado allí la santa Misa en días anteriores, había quedado abandonada sobre el altar una partícula considerable de Hostia consagrada, la que después de aquella milagrosa manifestación, fué centro de numerosos portentos. En otra visión, contempló el mismo caballero al Salvador, en aquella Partícula preciosa, como enclavado en la cruz, y todo cubierto de llagas y sangre, enseñándonos el Señor con esto, que los sacrilegios y negligencias de los hombres son los azotes que renuevan las llagas de su cuerpo sacratísimo.

CONSIDERACIÓN
PARA EL DÍA VEINTITRÉS

El Calvario

Preludio.—La obra por excelencia del poder, sabiduría y bondad de Dios, realizada en la serie de los siglos, es la Redención del linaje humano, mediante el misterio de la Cruz; en ella el Verbo puso el sello a las maravillas de la creación del mundo, y descansó, después de consumada la obra de rescatarnos del pecado y las potestades infernales. San Juan en su Evangelio nos hace ver este arcano de la misericordia divina, cuando dice: «Luego que Jesús tomó el vinagre, exclamó: Todo está consumado. E inclinando la cabeza entregó su espíritu.» *Consummatum est. Et inclinato capite, tradidit spiritum* (XIX, 32).

Punto 1º—El acto más excelente de culto que la criatura puede tributar a la Majestad divina es el sacrificio, con el cual se adora la soberanía infinita de Dios sobre todo el universo, se le dan gracias por los beneficios recibidos, se

expían las faltas cometidas, reconciliándose al mismo tiempo la criatura con el Criador, y se impetran las gracias y mercedes que en todo orden y a cada paso necesitamos, así para esta vida como para la eternidad. Pero el único sacrificio de valor infinito y por lo mismo el único verdadero sacrificio aceptable por mérito propio, ante la Majestad infinita, es el sacrificio de la Cruz, en el cual el mismo Hijo de Dios humanado se ofreció en víctima al Eterno Padre por los pecados del mundo. Los sacrificios de la antigua ley eran únicamente sombras y figuras del gran sacrificio del Calvario; no agradaban pues a Dios sino en cuanto eran representación, aunque lejana, de aquel único y sublime holocausto. Las virtudes más excelentes de los santos, y aun el martirio mismo, tampoco son meritorias ante Dios, sino porque participan en algún modo de la inmolación de Cristo en la Cruz, de la cual descienden todas las gracias y bendiciones sobre la humanidad entera, y sobre el universo todo; pues, dice San Pablo, que Jesucristo en la Cruz estableció la paz entre Dios y todo lo que existe en tierra y cielo. *Pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quae in terris, sive quae in coeli sunt* (Colos. I, 20).

Punto 2º—El sacrificio adorable de la Eucaristía es el mismo sacrificio de la Cruz; de manera que entre la inmolación de Cristo en el Calvario y su inmolación en nuestros altares, no sólo hay la relación más íntima y estrecha que darse puede, sino que es el mismo y único sacrificio ofrecido una vez en el Calvario y renovado incruenta y místicamente en la santa Misa. Así nos lo enseña el sagrado Concilio de Trento. «El mismo Dios, dice, y Señor nuestro que se había de ofrecer a sí propio a Dios Padre, una vez, por medio de la muerte en el ara de la Cruz, para obrar desde ella la redención eterna, quiso dejarnos en la última Cena un sacrificio visible en que se representase el sacrificio sangriento que iba a ofrecer una vez en la Cruz. En el divino sacrificio de la Misa se contiene, pues, y se sacrifica incruentamente aquel mismo Cristo que se ofreció una vez en oblación sangrienta en el ara de la Cruz.» Por consiguiente, ningún misterio del Salvador está tan íntimamente enlazado con la Sagrada Eucaristía como el del Calvario; según el santo Concilio, Cristo se quedó con nosotros en la Eucaristía «para que, mediante ella, permaneciese la memoria de la pasión del Salvador hasta el fin del mundo, y se

aplícase su saludable virtud a la remisión de los pecados que cotidianamente cometemos.»

Punto 3º—Si todo esto es verdad, como no lo podemos poner en duda sin apostatar de la fe santa que profesamos, ¿con qué reverencia, con qué afectos de amor y gratitud debemos asistir al sacrificio adorable de la Misa, sabiendo que en él se renueva el misterio del Calvario? ¿Con qué santa envidia contemplaremos al Discípulo amado, la Magdalena y las otras santas mujeres, asistiendo en sus últimas agonías al Salvador del mundo? ¿Cuántas veces habremos exclamado en el fondo de nuestros corazones: «¡Oh si se nos hubiese concedido la gracia inefable de permanecer de rodillas, abrazados de la Cruz donde agonizaba el Redentor, recibiendo en nuestra frente la Sangre preciosísima que gota a gota se destilaba de las llagas que en él abriera el amor!... Pues esta misma dicha tan deseada es la que ahora se nos brinda en el altar, donde siempre que recibimos la sagrada Comunión se derrama no sólo en nuestras frentes, sino en nuestros corazones y en lo más íntimo del alma, esa Sangre redentora que quita los pecados del mundo.

Resoluciones.—Cuando hacemos nuestra

visita al Tabernáculo y, más aún, cuando asistimos a la santa Misa, recordemos que nos hallamos en un nuevo Calvario, donde se está renovando místicamente la Pasión del Redentor. Procuremos, por tanto, entonces, honrar el Misterio eucarístico con la misma piedad y devoción, y con el mismo amor con que habríamos tributado nuestros homenajes al Salvador agonizante en la Cruz.

Ejemplo.—En 1290 ocurrió en París, bajo el reinado de Felipe el Hermoso, un acontecimiento muy célebre en la Iglesia de Francia. Una desgraciada mujer que había puesto en prenda sus vestidos en poder de un judío, llamado Jonatás, fué a pedírselo al usurero, para poder recibir con más decencia la Comunión pascual en aquel año. Jonatás accedió a condición de que la infeliz le entregara la sagrada Forma, que se preparaba a recibir en la Comunión. Aceptado este impío y sacrílego convenio, la sagrada Hostia fué entregada en manos del perverso judío. Este, luego que se vió con prenda tan deseada, ardiendo en rabia satánica, como sus ascendientes deicidas, hizo de la Hostia divina el blanco de atrocidades inauditas, renovando con aquel sagrado Misterio la dolorosa Pasión del Salvador. Colocó primeramente la

sagrada Hostia sobre una mesa, y allí se entretuvo en atravesarla con golpes repetidos de puñal. Torrentes de sangre se escaparon entonces de la Forma milagrosa: al ver lo cual el deicida se encendió en nuevo furor, y no sabía qué hacer con aquella Hostia ensangrentada. Trató de despedazarla a martillazos sobre un yunque; la arrojó en el fuego; la sumergió en una cloaca; la prendió con tres clavos en un poste; la atravesó con una lanza, habriendo una herida de donde saltaron torrentes de sangre. Finalmente la llevó al hogar de la familia, y allí, a vista de todos los de la casa, la arrojó, entre blasfemias, en un perol de agua hirviente, que su mujer había colocado sobre el fuego. ¡Oh prodigio!: esta agua se tornó como de sangre, y la santa Hostia se elevó, dejando ver al judío, a su mujer e hijos, la figura del Salvador crucificado, tal como estuvo al expirar en la Cruz. Al mismo tiempo, un hijo de aquel perverso salió a la puerta de la calle, y a la gente que pasaba a la iglesia a oir la santa Misa, les dijo con sencillez de niño: «Vuestro Dios ya no existe: mi padre después de haberle atormentado, acaba de matarle.» Excitada con estas palabras, entra una mujer piadosa en la casa del judío. Y

mira aterrada la imagen sangrienta del divino Crucificado, levantada en el aire, sobre el hogar. Prostérnase la mujer piadosa, e inmediatamente desapareciendo la forma de crucifijo, desciende la Hostia consagrada y va a colocarse por sí misma en un pequeño vaso que la buena cristiana tenía en sus manos. Este magnífico portento fué debidamente comprobado por la autoridad eclesiástica, y sirvió mucho para acrecentar la fe y devoción al Santísimo Sacramento, en la capital de Francia.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA VEINTICUATRO

La Preciosa Sangre

Preludio.—Muerto nuestro Señor Jesucristo, su alma santísima descendió a los limbos, para consolar a las almas de los antiguos justos, y conducirlas al cielo en la Ascensión, y mientras tanto el Cuerpo adorable del Redentor quedó pendiente de la Cruz, y su Sangre divina arrancada con los atroces y variados tormentos de la pasión, permaneció por tres días, pisoteada por toda Jerusalén, desde Getsemaní hasta el Calvario. Fijemos hoy nuestra devota consideración sobre esta Sangre preciosísima, digna de todo nuestro amor y culto, porque es la Sangre de Dios, derramada por nosotros, para ser a un tiempo rescate y alimento de nuestras almas. Esta es la Sangre divina que todos los días adoramos en el augusto sacrificio de la Misa, y recibimos en la Comunión; porque la sagrada Eucaristía es el Sacramento no solamente del Cuerpo, sino también de la Sangre

de Nuestro Señor Jesucristo; pues en la noche de la Cena consagró el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre. Por esto dice San Pablo: «El cáliz de bendición que bendecimos o consagramos, ¿no es la Comunión de la Sangre de Cristo?» *Calix benedictionis, cui benedicimus, nonne communicatio Sanguinis Christi est?* (1.ª Corinth. 10, 16).

Punto 1º—Es de fe que siempre que comulgamos, recibimos no sólo el Cuerpo sino también la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, por alimento de nuestras almas; pues aunque en fuerza de las palabras de la consagración el pan se transubstancia en el Cuerpo, y el vino en la Sangre del Salvador, como este Cuerpo y Sangre divinos son ya inseparables, quien comulga con la Hostia consagrada, aunque no beba del Cáliz, recibe al mismo tiempo el Cuerpo y la Sangre del Redentor. ¡Qué amor, qué gratitud no debemos tener para con esta Sangre divina que se ha hecho nuestra bebida refrigerante, el sustento admirable y sobresustancial de nuestras almas! Si adoramos con fe viva y caridad ardiente el Cuerpo santísimo del Señor, adoremos de igual modo la Sangre preciosísima que empapa nuestro espíritu y baña nuestros corazones, siempre que recibimos la san-

ta Comunión. Este es el Vino que engendra vírgenes, este el tesoro más valioso que encierran los cielos y la tierra.

Punto 2º—El segundo motivo por que debemos adorar con culto especial de amor y gratitud la Sangre divina de Jesucristo, es por ser Ella el precio de nuestra redención; pues la efusión de esa Sangre inmaculada fué lo que más señaladamente constituyó el misterio de la Cruz. Por esto dijo el Salvador: «Esta es mi Sangre que será el sello del nuevo Testamento, la cual será derramada para remisión de los pecados.» Pero ¡hay, cuán variados y atroces tormentos arrancaron esa Sangre adorable de las venas del Redentor! ¡La flagelación, la coronación de espinas, la crucifixión!... Esa Sangre divina fué ultrajada, pisoteada, mirada con desprecio por los verdugos; empapó el pretorio de Pilatos, las calles de Jerusalén y el Calvario! ¡Cómo no deberíamos inflamarnos de amor a la presencia de esa Sangre santísima que tan a lo vivo nos recuerda las escenas más dolorosas de la Pasión?

Punto 3º—A imitación de los más grandes santos amemos y honremos con particular y ferviente oración la preciosísima Sangre. Santa Catalina de Sena se extasiaba al sólo pensar en ella; esti-

mulados por su recuerdo los mártires dieron su vida en los tormentos; para hacerla fructificar en las almas predicaron los Apóstoles el Evangelio hasta las más apartadas regiones del orbe. ¿Qué hacemos nosotros para honrar la Sangre divina del Redentor? Oh Jesús amabilísimo, que llevasteis vuestra caridad a los hombres hasta derramar por ellos toda vuestra Sangre, en medio de acerbísimos tormentos, y que aun después de muerto quisisteis que vuestro dulcísimo Corazón fuese abierto por la lanza, para que no os quedara ni una sola gota de aquel precioso raudal de vida, que no fuese vertido por nuestra salvación; concedednos la gracia de honrar siempre con ardiente caridad y especialísima devoción vuestra Sangre divina, recibirla con el debido fruto en la santa Comunión, y no negarla sacrificio alguno que nos pida; por amor a ella, estar listos constantemente a derramar nuestra sangre en testimonio de nuestra fe, y redimidos con aquel divino precio, gozarnos en sus triunfos por toda la eternidad. Amén.

Resoluciones.—Cuando asistamos a la santa Misa, veneremos con ardiente amor y aniquilamiento profundo la preciosísima Sangre que se ofrece a nuestras

adoraciones contenida en el cáliz del altar. Cuando comulgamos, figurémonos, conforme al consejo de San Juan Crisóstomo, que aplicamos nuestros labios al costado abierto del Redentor, y que allí bebemos los vivíficos torrentes de esa Sangre generosa. Y cuando la tribulación nos visita, pensemos que entonces es tiempo de pagar amor con amor, dando nuestra honra, nuestros bienes, nuestra salud, y, si es necesario, nuestra misma sangre y vida, en testimonio de gratitud a la Sangre divina del Salvador, tan pródigamente derramada por nosotros.

Ejemplo.—En Boxmeer, población de Holanda, ocurrió el año de 1400, el siguiente prodigio. Un sacerdote, mientras celebraba la santa Misa, se vió asaltado, después de la consagración, de terribles dudas acerca de la transubstanciación del vino en la Sangre adorable del Redentor. ¿Cómo puede ser, se decía entre sí, que en este cáliz esté la Sangre de Jesucristo, cuando lo que mis ojos ven es vino puramente, y no sangre? Al instante la especie de vino tomó el aspecto de una sangre fresca y rubicunda, que borbollando se desbordó del cáliz y se derramó en el corporal. Aterrado ante esta maravilla el celebrante, pidió a Dios

humildemente perdón de sus dudas, y al momento esa sangre milagrosa dejó de derramarse del cáliz; la que quedaba dentro de él, volvió a tomar la apariencia de vino; así como la que había caído fuera de él, sobre los corporales, formaba el coágulo del grosor de una nuez. El día de hoy vese aún esa sangre portentosa, que no ha sido alterada por el tiempo. La santa reliquia es paseada solemnemente en procesión, cada año, el tercer domingo de Pentecostés. (El P. Couet).

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA VEINTICINCO

El santo Entierro

Preludio.—Muerto ya Jesús, era preciso darle sepultura; pero ¿dónde y cómo? «Al caer del sol (por ser aquel día la parasceve o preparación, que precede al sábado), dice San Marcos, fué José de Arimatea, ilustre magistrado, el cual esperaba también el reino de Dios, y entró denodadamente a Pilatos, y pidió el cuerpo de Jesús. Pilatos, admirándose de que tan pronto hubiese muerto, hizo llamar al Centurión, y le preguntó si efectivamente era muerto. Y habiéndole asegurado que sí el Centurión, dió el cuerpo a José. José comprada una sábana, bajó a Jesús de la Cruz, y le envolvió en la sábana, y le puso en un sepulcro abierto en una peña, y arrimando una gran piedra, dejó así con ella cerrada la entrada. Entre tanto María Magdalena y María madre de José, estaban observando dónde le ponían.» *Joseph autem mercatus sindonem, et de-*

ponens eum involvit sindone, et posuit eum in monumento (cap. XV). La sagrada Eucaristía encerrada en el tabernáculo nos recuerda a lo vivo el misterio del Cuerpo sacratísimo del Señor depositado en el sepulcro; esta conmovedora escena se reproduce todos los días en nuestros altares.

Punto 1º—La obra excelentísima de piedad y culto, que José de Arimatea hizo con el cuerpo santísimo del Señor, bajándole de la Cruz, envolviéndole en una sábana limpia, y depositándole en un sepulcro nuevo, la continúan diariamente los sacerdotes sobre el altar, cuando consagrada la Hostia santa la ponen en los corporales, y luego la depositan en sus propios corazones y en los de cuantos se acercan a recibir la Comunión. Ese cuerpo sacratísimo, unido hipostáticamente al Verbo, y digno de todas las adoraciones de todo el universo, había quedado pendiente en la Cruz, y expuesto a los insultos y profanaciones del pueblo deicida; pero aquel varón justo, uno de los más ilustres magistrados y senadores de Jerusalén, encárgase de dar honrosa sepultura a aquel Cuerpo santísimo y venerando, y de este modo repara con su piedad los excesos de malicia a que se abandonaron los crueles y pér-

fidos judíos con respecto al Señor. Pues, semejantes son los oficios de divina caridad que deben llenar para con la Hostia santa cuantos tienen la inefable dicha de recibirla en la Comunión; deben reparar con lo fino de los afectos, y el humilde rendimiento de las adoraciones, los ultrajes que la impiedad y la corrupción irrogan todos los días al cuerpo santísimo del Salvador en la sagrada Eucaristía.

Punto 2º—Como la santidad y la gloria son propias de Dios, si bien durante la pasión se entregó el Señor voluntariamente a todos los tormentos y humillaciones de ella, quiso, sin embargo, que después de muerto, su cuerpo sacratísimo fuese sepultado con la honra y la decencia que convenían; por lo cual no fué confundido con los cadáveres de los ladrones, ni arrojado en una fosa inmunda, sino envuelto en una sábana recientemente comprada y limpia, y depositado en un sepulcro nuevo, conciliando así de modo admirable la pureza inmaculada y el no mancillado decoro tan propios de aquel cuerpo santísimo, con la sencillez y humildad de la pobreza. «Con el entierro sencillo del Señor, dice San Jerónimo, queda condenada la ambición de los ricos, que ni en sus sepulcros pue-

den carecer de riquezas. Según el sentido espiritual, se nos enseña también con esto, que cuando el cuerpo del Señor no fué envuelto en seda, oro ni piedras preciosas, pero sí en un lienzo nuevo y limpio, se significa que guarda a Jesús en una sábana intacta y pura, quien le recibe en una alma sin mancha de culpa.» A José de Arimatea se adjuntó Nicodemus, que acudió al Calvario llevando una confección de mirra y áloe, cosa de cien libras, con que fué ungido el cuerpo del Señor, antes de ser depositado en el sepulcro. Con esto se nos advierte que quien recibe ese cuerpo santísimo en la Comunión, le ha de honrar con la limpieza del alma, ungiéndole con los afectos más tiernos y encendidos del corazón.

Punto 3º—Pero más que aquellos piadosísimos varones, más aún que San Juan y la Magdalena, el modelo principal que en el Calvario se nos ofrece, para rendir en la Comunión nuestros homenajes al cuerpo sagrado del Señor, es María Santísima al pie de la Cruz. Ella, la Virgen Inmaculada, sosteniendo en el regazo el cuerpo yerto y exánime de Jesús; bañándole con lágrimas, cubriéndole de ósculos y ungiéndole con el bálsamo suavísimo de un corazón triturado por el

dolor, y todo consumido en caridad, es el ideal que deben esforzarse en copiar las almas que se alimentan de la sagrada Comunión. ¡Oh amabilísima Madre y Señora nuestra, Reina de los mártires, y Soberana excelsa de los Angeles!, ya que nos habéis alcanzado la inefable dicha de poder recibir en nuestro pecho a esa misma Víctima adorable y sacratísima que estrechasteis en vuestros amantes brazos, cuando fué bajada de la Cruz, dignaos impetrar del cielo en favor nuestro, que hagamos recogida y fervorosamente nuestra acción de gracias, después de cada comunión; y que de tal modo purifiquemos nuestras almas de todos los vicios y pasiones, y las perfumemos con aroma de virtudes, que merezcamos presentarlas como aquel sepulcro nuevo y limpio en que fué guardado por tres días el cuerpo santísimo del Señor.

Resoluciones.—La acción de gracias después de la Comunión es un homenaje tan debido por parte nuestra, y tan del agrado de nuestro divino Salvador, que suprimirlo sería una ingratitud monstruosa, y ofrecerlo fríamente, una culpable negligencia; ese es tiempo de íntima y estrecha familiaridad con nuestro Dios, y cuando nuestra alma debe derretirse

en inflamados y suavísimos afectos. Imaginémonos, entonces, tener en nuestro regazo el cuerpo sacratísimo del Señor, besemos una a una sus dulcísimas llagas, ungiéndolas con nuestro llanto y con los afectos más puros del corazón. No olvidemos que la Santísima Virgen tiene fijas sus miradas en la Hostia divina depositada en nuestros pechos, y está afanosa porque tributemos los debidos homenajes de adoración y amor al cuerpo sacrosanto de su preciosísimo Hijo.

Ejemplo.—El año de 1772, se perpetró en la aldea de San Pedro de Paterno, a dos millas de Nápoles, un horrendo sacrilegio. Unos ladrones desalmados robaron en la iglesia del pueblo, dos copones con Hostias consagradas, las que enterraron en el campo, y luego dispusieron de los vasos preciosos. Pasó algún tiempo sin que se tuviese noticia del paradero de las Hostias robadas, a pesar de las muchas indagaciones que se hicieron para dar con ellas. Cuando de repente varias personas del pueblo, sobre todo niños, principiaron a ver sobre el sitio donde estaba enterrado el Santísimo Sacramento, varias luces maravillosas que flotaban en el aire a modo de estrellas. Habiéndose acercado ciertos piadosos espectadores, al lugar del por-

tento, cayeron todos al suelo, de espaldas, derribados por una fuerza extraordinaria; y antes que se pusiesen en pie, contemplaron brillar en aquel mismo paraje una luz vivísima, de entre cuyos resplandores se levantó una paloma, tendió el vuelo y desapareció. Advertidos algunos sacerdotes, con tan repetidos prodigios, fueron al punto indicado, y después de ligeras excavaciones, encontraron el tesoro celestial que buscaban: allí habían sido ocultadas las sagradas Formas, y se conservaban tan frescas, enteras y blancas, cual si hubiesen estado guardadas en el copón. Lo más notable de todo, fué que, en el intervalo de tiempo que transcurrió entre el robo sacrílego y la aparición de las luces, un sencillo muletero llamado Francisco Jodice, que todas las tardes iba a Nápoles, vió frecuentemente en el campo en que habían sido enterradas las santas Hostias, a una Señora de singular majestad, apoyada en un árbol; y como una vez se atreviese a preguntarla: cómo estaba así solitaria en lugar tan desamparado; la Señora le contestó: «Estoy aquí cuidando de mi Hijo.» Cuando se realizó la invención aquella prodigiosa, advirtieron todos que la admirable Señora no podía ser sino la Santísima Virgen que vela

hoy sobre el augusto Sacramento, tan indignamente profanado por los hombres, como en otro tiempo estuvo solícita por ese mismo cuerpo divino encerrado en el sepulcro. (El P. Couet.)

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA VEINTISÉIS

La Resurrección

Preludio.—La sagrada Eucaristía como compendio y resumen que es de todos los misterios de nuestra Redención, no solamente renueva incruenta y místicamente la Pasión del Salvador, sino también conmemora su Resurrección gloriosísima al tercero día, de entre los muertos. San Pablo llama a Jesucristo: Nuestro Cordero pascual que ha sido inmolado por nosotros. *Pascha nostrum inmolatus est Christus* (1.ª Corinth. V, 7).

Punto 1º—El santo Evangelio nos refiere cómo nuestro divino Salvador después de muerto en la Cruz, fué sepultado, y permaneció por tres días en el sepulcro, al cabo de los cuales resucitó levantándose vivo y triunfante de la muerte y el pecado. Este glorioso misterio fué simbolizado por el paso de los Israelitas entre las ondas del mar Rojo, cuando arrancados de la servidumbre de Egipto se encaminaron guiados por Moisés a la

Tierra de promisión. La señal que el Señor les dió de la libertad que iban a alcanzar de aquella ominosa servidumbre, fué la inmolación del cordero pascual, en cuya sangre se tiñeron los umbrales de las casas de los Hebreos. Esta figura fué admirablemente realizada en la muerte y resurrección del Salvador, por cuya virtud hemos sido arrancados de la cautividad del demonio y del pecado, y puestos en la libertad de los hijos de Dios. Nuestro cordero pascual es Cristo Sacramentado, pues no solamente nos alimentamos con su carne divina, sino que además, mediante la participación de la Eucaristía, nuestras almas son señaladas con esa Sangre redentora, y nos presentamos terribles al mundo, el demonio y el infierno, y nos libertamos de la muerte eterna.

Punto 2º—Cristo resucitado de entre los muertos, dice San Pablo, ya no muere; la muerte no tendrá ya más imperio sobre El. En la sagrada Eucaristía recibimos, pues, a Cristo resucitado y victorioso. San Cirilo de Alejandría dice que cuantas veces comulgamos, confesamos la resurrección de Cristo Señor Nuestro. Así como la Eucaristía es memoria de la Pasión del Salvador, es también una representación continua de su

Resurrección gloriosa; por lo cual San Pablo nos exhorta a participar de los frutos no solamente de esta Pasión divina, sino también de esta santa resurrección. «Echad fuera, nos dice, la levadura añeja, para que seáis una masa enteramente nueva, como que sois panes puros y sin levadura. Porque Jesucristo que es nuestro Cordero pascual, ha sido inmolado por nosotros. Por tanto celebremos la fiesta ó el convite pascual, no con la levadura añeja, ni con levadura de malicia y de corrupción, sino con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad.» (1.ª Corinth, V.)

Punto 3º—Cristo Salvador nuestro, al salir triunfante del sepulcro, resucitó a una vida nueva, que no era ya de la tierra sino del cielo. Su cuerpo sacratísimo revestido con las dotes de la bienaventuranza eterna, levantóse inmortal, luminoso, impasible, modelo, en fin, de la gloria que alcanzarán los santos en el día de la universal resurrección: sus llagas sacratísimas de manos, pies y costado, despedían torrentes de luz y divina suavidad. Ahora bien, el germen de esta vida celestial y gloriosa es la gracia que la sagrada Eucaristía deposita en las almas que la reciben. La vida del verdadero cristiano debe ser, pues, una pascua

continuada, santificando todos los días de ella con la participación de la sagrada Eucaristía, e iluminándolos con el resplandor celestial de las virtudes. San Juan Crisóstomo llamaba a la Pascua: Día del Pan eucarístico, día de la Luz celestial. *Dies Pascha, dies Panis, dies Lucis.* El Doctor de las Gentes, dice: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre; saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra.» (Coloss. III). Así, pues, toda alma que comulga debe llevar una vida santa, resucitada y gloriosa.

Resoluciones.—Uno de los frutos de la sagrada Comunión es darnos ese gusto espiritual que nos hace sabrosas las cosas de la virtud y todo cuanto se refiere a nuestra patria celestial y eterna. El Santísimo Sacramento derrama paz y alegría en cuantas almas le reciben con las debidas disposiciones; esforcémonos, por lo mismo, en mantenernos muy recogidos el día de comunión, pues este gozo espiritual se nos da, no para que nos entreguemos a la disipación, sino, al contrario, para que por medio de él desechemos las vanidades del mundo, y aprendamos a llevar una vida resucitada, des-

preciando las cosas de aquí abajo, y no deseando más delicias que las del cielo.

Ejemplo.—En 1345, ocurrió en la ciudad de Amsterdam un hermoso prodigio, para probar que Nuestro Señor, que se nos da ya resucitado en la divina Eucaristía, no está sujeto a la corrupción ni a la muerte. Un habitante de la ciudad expresada, hallándose gravemente enfermo, recibió el santo Viático; pero a poco provocado a vómito, arrojó, sin poder contenerse, las sagradas Especies. Los que estaban allí presentes, sin cuidarse de lo que podía haber pasado con la santa Forma, echaron al fuego cuanto el enfermo había lanzado de la boca. Al día siguiente, como una persona de la casa fuese a atizar el fuego en el hogar, vió que estaba en medio de las llamas, sin quemarse, una Hostia blanquísima, como la que se acostumbra recibir en la Comunión. La buena mujer tomó aquella Hostia, y sin darse cuenta de lo que pudiese ser, la envolvió en un pedazo de lino y la encerró en un cofre precioso. Más tarde, queriendo enseñarla a otras personas, abrió el cofrecillo, y cuando alguien quiso tomar en las manos la sagrada Hostia, se le escapó de los dedos, y principió a voltejear en el aire como llevaba por una mano invisible.

Llamaron entonces a un sacerdote, quien no dudando que fuese aquella la Hostia consagrada que había recibido el enfermo en la víspera, la encerró en un copón y la llevó ocultamente a la iglesia. Entonces ocurrió otro prodigio, y fué que por varias veces se escapó la Hostia maravillosa del copón donde se le había encerrado, y tornó a colocarse en el cofrecillo primitivo. La fama de estos milagros conmovió profundamente a toda la ciudad de Amsterdam, entonces muy católica. Dispúsose pues una magnífica procesión, a que concurrió todo el clero y un pueblo innumerable. En medio de este cortejo solemne y espléndido fué trasladada la sagrada Forma a una iglesia. A cuyo tiempo ocurrió otra maravilla: todos los que podían mirar de cerca la Hostia milagrosa veían distintamente en ella la imagen de Jesucristo resucitado, tal como suele representársele saliendo del sepulcro, triunfante de la muerte.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA VEINTISIETE

Magdalena ante el Sepulcro

Preludio.—Entre los discípulos del Señor, Santa María Magdalena tuvo, la primera, la dicha de ver al Salvador resucitado, porque también ella le buscó con más perseverancia y amor, en el sepulcro. «Jesús, dice San Marcos (cap. XVI, 9), habiendo resucitado de mañana, el primer día de la semana, se apareció primeramente a María Magdalena»: *Surgens mane prima sabbati, apparuit primo Mariæ Magdalenæ.* Esta amante y generosa discípula de Cristo, es en el presente pasaje evangélico, modelo del fervor y constancia con que debemos anhelar a Jesús en la sagrada Comunión, a pesar de todos los tedios, arideces y tinieblas de espíritu con que podamos ser tentados.

Punto 1º—Pasada la fiesta del sábado, María Magdalena y las otras santas Mujeres compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y partiendo muy de

madrugada el primer día de la semana, llegaron al sepulcro, cuando todavía estaba oscuro: *Maria Magdalene venit mane cum adhuc tenebræ essent, ad monumentum* (Joan. XX, 1). Estas tinieblas externas significaban las más espesas aún que entonces envolvían el alma de Magdalena acerca del misterio de la Resurrección. Y vió, refiere San Juan, quitada del sepulcro la piedra que le cerraba, y echó a correr, y fué a avisárselo a Simón Pedro y a aquel otro discípulo amado de Jesús y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto.» Ellos oída esta nueva encamináronse prontamente al sepulcro y lo encontraron efectivamente vacío. «Con esto los discípulos se volvieron otra vez a casa. Entretanto María Magdalena estaba fuera llorando, cerca del sepulcro. Con las lágrimas pues en los ojos, se inclinó a mirar al sepulcro; y vió a dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera, y otro a los pies, donde estuvo colocado el cuerpo de Jesús. Dijéronle ellos: ¿Mujer, por qué lloras? Respondióles: Porque se han llevado de aquí a mi Señor; y no sé dónde le han puesto. Dicho esto, volviéndose hacia atrás, vió a Jesús en pie: mas no conoció que fuese Jesús. Dícele

Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas? Ella, suponiendo que fuese el hortelano, le dice: Señor, si tú le has quitado, dime dónde le pusiste; y yo me lo llevaré. Dícele Jesús: María. Volvióse ella al instante, y le dijo: Rabboni (que quiere decir, Maestro mío). Dícele Jesús: No me toques (o no trates detenerme) porque no he subido todavía a mi Padre: mas anda, ve a mis hermanos, y diles de mi parte: Subo a mi Padre, y vuestro Padre; a mi Dios, y vuestro Dios.»

Punto 2º—¡Qué admirable y heroico se presenta aquí el amor de Magdalena a nuestro Salvador divino! No contenta de la gran cantidad de mirra y áloes con que Nicodemus ungiera el cuerpo santísimo del Señor, compra nuevos y más exquisitos aromas: que el verdadero amor quiere siempre dar, y nunca dice, basta. Ella impulsa y mueve a las otras santas Mujeres, para aquella piadosísima empresa: se agita, corre, y es la primera en llegar al sepulcro. No encontrando al Señor, corre nuevamente a denunciarlo a los Apóstoles. No teme ni la oscuridad de la noche, ni a los guardias que custodian el sepulcro. No le llaman la atención ni aun los mismos Angeles con vestiduras como de nieve

y resplandores de relámpago. Absorbida, extasiada en su amor, no anhela ni busca sino a Jesús, y nada en este mundo puede satisfacerla, sino encontrar nuevamente al Salvador. ¡Oh, si de esta manera buscásemos nosotros igualmente a Jesucristo en la santa Comunión, si empleásemos el mismo ardor y solicitud en encontrarle; si fuese nuestro amor tan abnegado y generoso, cuán singulares favores y gracias nos dispensaría el Señor en su tabernáculo!

Punto 3º—Pero lo que más cautiva el corazón en esta escena incomparable, es la constancia de roca en aquella Amante finísima. Todos los discípulos que acudieran al sepulcro, al encontrarlo vacío, habían regresado uno tras otro a sus casas, primero las santas Mujeres, después hasta los Apóstoles: *Abierunt ergo discipuli ad semetipsos;* sólo Magdalena quedaba junto al sepulcro, resuelta a todo trance a dar con el tesoro que buscaba. *Maria autem stabat ad foris monumentum plorans.* Por esto después de la Santísima Virgen fué, entre todos los fieles, ella, la primera que vió al Salvador resucitado. Felices las almas firmes y constantes que, a semejanza de Magdalena, no se apartan del Tabernáculo, ni dejan la sagrada Comunión, por densas

que sean las tinieblas que las envuelven, y aunque a su parecer no sientan delicias, ni consuelo alguno en la Mesa eucarística. El Señor se les oculta a veces, y hace cual si huyera de ellas, para inflamarlas más y más en su santo amor, purificarlas de imperfecciones y faltas, aunque leves, y luego manifestárseles en el lleno de su inefable gloria y hermosura, colmándolas de nuevos y mayores carismas y gracias.

Resoluciones.—Cuando sintamos nuestro espíritu sumergido en la oscuridad, la aridez y la desolación, y aunque nos parezca no sacar fruto alguno de todas nuestras comuniones, no abandonemos por esto la Mesa eucarística; purifiquemos, eso sí, nuestros corazones de toda falta y aun imperfección voluntaria, hagamos grande acopio de aromas de virtudes, por medio de la paciencia y la mortificación, y permanezcamos llorando junto al Tabernáculo, hasta que plazca al Señor sacarnos de esas tinieblas, y hacernos participantes del gozo y los resplandores de su gloriosa Resurrección.

Ejemplo. –Santa María Magdalena de Pazzis no dejaba jamás la Comunión, por árido y desolado que sintiese su espíritu. En los cinco últimos años de su vida, Dios la privó de todo gusto y con-

solación sensibles, y, sin embargo, no abandonó la Mesa eucarística. «Verdad es, decía, que no experimento consuelo alguno sensible en mis comuniones, porque mi Jesús me los ha quitado, pero ahí es donde encuentro el reposo y la paz del corazón.» Fué enseñada a proceder así, en medio de un éxtasis que tuvo la Santa en 1585, que duró cuarenta horas continuas, en memoria del tiempo que Jesucristo pasó en el sepulcro, durante cuyo tiempo se le revelaron altísimas verdades acerca de la sepultura y resurrección del Señor. Contemplando en esa visión a Magdalena y las otras santas Mujeres que buscaban al Salvador en el sepulcro, exclamó: «Ellas nos enseñan que cuando el Verbo se aleja de nosotros, y no le sentimos ya, cual si hubiese muerto, en vez de quedarnos tranquilos, debemos buscarle con un gran deseo, perseguirle con ardientes suspiros hasta en el seno del Eterno Padre, y no detenernos jamás, hasta que le hayamos encontrado; no cesando de clamar interiormente hasta que nos oiga, o de lanzar contra él dardos de amor, hasta que como avecilla herida caiga por tierra, y se deje tomar, haciéndose impotente por su propio poder.» (El P. Cepari, en la vida de la Santa.)

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA VEINTIOCHO

EMMAÚS

Preludio.—Cristo Señor nuestro en el mismo día que salió del sepulcro, y en los treinta y nueve siguientes que transcurrieron hasta su Ascensión gloriosa, se apareció muchas veces, y de diferentes maneras, a los Apóstoles, para cerciorarlos de la verdad de la Resurrección. Una de estas apariciones tuvo lugar en la villa o castillo de Emmaús, donde después de haber instruído a dos de los discípulos, sobre aquel grande y fundamental misterio, les dió finalmente a comar el Pan eucarístico, y sólo entonces, advierte el Evangelio, reconocieron ellos a su Salvador resucitado: *Et cognoverunt eum in fractione panis* (Luc. XXIV, 35). Con lo cual se nos enseña que la divina Eucaristía es el Sacramento de la fe y del amor; es el Pan que afirma y robustece nuestras inteligencias en la virtud inestimable de la fe, y enciende nuestros corazones en el fuego hermoso de la caridad.

Punto 1º—Refiere el evangelista San Lucas que el día mismo de la Resurrección del Señor, dos de sus discípulos, uno de ellos llamado Cleofás, iban al lugar de Emmaús, y mientras hacían su camino conversaban entre sí de todas las cosas que habían acontecido en la pasión y muerte de Jesucristo. Mientras así discurrían, el mismo Jesús juntándose con ellos caminaba en su compañía: mas sus ojos estaban como deslumbrados para que no le reconociesen. Díjoles, pues, el Señor: «¿Qué conversación es esa que, caminando, lleváis entre los dos, y por qué estáis tan tristes?» A lo que replicaron que por la pasión y muerte de Jesús, y porque habiendo anunciado que había de resucitar, habían pasado ya tres días desde aquellos memorables sucesos. El Señor entonces les increpó su incredulidad, y discurriendo por varios pasajes de las Escrituras, les hizo ver cómo estaba anunciado y era conveniente que Cristo padeciese, y entrase así en su gloria. En esto llegaron cerca de la aldea a donde iban; y él hizo ademán de pasar adelante. Mas le detuvieron por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque ya es tarde, y va ya el día de caída. Entró, pues, con ellos. Y estando juntos a la mesa, tomó el pan, y

lo bendijo, y habiéndolo partido se le dió. Con lo cual se les abrieron los ojos ojos, y le conocieron, mas él de repente desapareció de su vista. Entonces se dijeron uno a otro: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino, y nos explicaba las Escrituras? Así, pues, estos dos discípulos felices reconocieron al Salvador, cuando participaron de la sagrada Eucaristía, porque este Pan divino y celestial fué el que, según la mayoría de los intérpretes, dió el Señor a comer a aquellos dos discípulos en Emmaús. Por lo cual dice la Escritura, que ellos le reconocieron en la fracción del pan, esto es, al tiempo de la comunión. *Et cognoverunt eum in fractione panis.*

Punto 2º—El Santísimo Sacramento es llamado por excelencia el *Misterio de fe*, porque hallándose en íntimo contacto con nosotros, y siendo tan contrario al testimonio de nuestros sentidos, la divina Eucaristía más que ningún otro misterio tienta y prueba nuestra fe. En cambio son admirables las luces que derrama en nuestras almas, ya por los resplandores vivísimos que refleja sobre las demás verdades de la santa religión que profesamos, ya por las inspiraciones sua-

ves y dulces que infunde en nuestras inteligencias, y ya, sobre todo, por cierto sabor celestial que acerca de esas mismas verdades nos hace gustar en la Comunión. Por lo cual se ha visto a muchas personas reacias a los más fuertes y convincentes argumentos en favor de la religión, convertirse súbitamente a la fe católica, movidas sobrenaturalmente por las gracias extraordinarias que Jesús Sacramentado suele comunicar a los que, sin conocerle, le buscan con humildad y sencillez. El célebre primado de Inglaterra, Monseñor Manning, confesaba que su conversión al Catolicismo fué obra no tanto de los profundos estudios y sabias discusiones, cuanto de haber entrado en un templo de Roma, a tiempo que se hacía en él la exposición del Santísimo Sacramento; la vista sola de la Hostia admirable derramó en su alma más torrentes de divina claridad que las lecturas de los libros y las conversaciones de los doctos.

Punto 3º — La sagrada Eucaristía es además y por excelencia, el Sacramento del amor. Uno de sus propios y más principales efectos en las almas que dignamente la reciben, es acrecentar la divina caridad. Quienes tratan y reciben con frecuencia a Jesús sacramentado,

aunque no le ven con los ojos de la carne, le sienten en lo más íntimo del alma, por ese fuego del cielo que va prendiendo en ellos; y así, pueden decir con los discípulos de Emmaús: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, cuantas veces le recibíamos en la Comunión, y nos hacía oir sus dulces inspiraciones, en los senderos de la vida? *¿Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?* Por lo cual dice San Agustín: aunque no se nos ha dado a los cristianos de hoy la dicha de ver al Salvador y tratar con El, al modo que lo lograron los Apóstoles y discípulos, pero se nos ha concedido el inefable consuelo de poderle recibir en la Comunión, donde le reconocemos y gustamos como en un nuevo Emmaús. *Ubi voluit Dominus agnosci? in fractione panis: panem frangimus et Dominum agnoscimus.* Pero advirtamos también con San Gregorio Magno, que para saborear las dulzuras del Sacramento del amor, debemos ejercitarnos en obras de caridad. «Por los oficios de la hospitalidad y más prácticas de misericordia, se llega, dice aquel ilustre Doctor, al conocimiento de Cristo. El que quiera entender lo que ha oído ponga por obra lo que ha entendido. He aquí por qué el Señor no fué

conocido por aquellos discípulos mientras les hablaba; pero se dignó revelárseles, cuando le obligaron a sentarse a la mesa con ellos.» *Cum pascitur, cognosci dignatus est.* ¡Oh Jesús amantísimo! ya que con tanta bondad os dignáis venir a nuestros pechos miserables, derretid el hielo de nuestros corazones, e inflamadlos en el fuego divino de la caridad; no os alejéis de nuestras almas, a causa de su frialdad e indiferencia, antes bien, por esto mismo quedaos con nosotros, porque ya es tarde, y nuestra vida espiritual va inclinándose al ocaso. *Mane nobiscum, quoniam advesperascit.*

Resoluciones.—Antes de acercarnos a la Mesa eucarística, purifiquemos nuestros corazones de todo odio, aversión o sentimiento contrarios a la caridad del prójimo, ejercitémonos en actos de fe y esperanza, y esforcémonos con muchas y devotas aspiraciones por adquirir un amor cada día más ardiente a Dios, pues esta es la manera más provechosa de prepararse a la Comunión.

Ejemplo.—Refiere el sabio y piadoso Luis de Blois, como caso cierto y auténtico, que a un amigo suyo, gran siervo de Dios, le ocurrió lo siguiente. Se le apareció un alma del purgatorio, toda ardiendo en llamas, y le manifestó pasar

aquel tormento en justa pena de haberse acercado a la sagrada Mesa eucarística y recibido el Sacramento, sin la debida disposición, sufriendo el fuego en que le veía sumergido, en castigo de la tibieza con que albergó en su pecho el Sacramento del amor. Os suplico, pues, añadió, amigo mío amantísimo, que hagáis por mí una comunión con devota preparación, esforzándoos a amar a quien tanto os ama, y estad seguro de que con esto solo me libraréis del atrocísimo fuego con que es castigada mi frialdad. Prometió el siervo de Dios lo que se le pedía; y cumpliéndolo a la mañana siguiente, fué recompensada su caridad con una nueva aparición de su amigo, que presentándose inmediatamente después de haber comulgado, le vió tan sumergido en luz celestial como lo estaba el día anterior en el fuego del Purgatorio. (Rosignoli.—*Maravillas de Dios con las almas del purgatorio.)*

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA VEINTINUEVE

La Pesca Milagrosa

Preludio.—Una de las más hermosas e instructivas apariciones con que el Salvador después de resucitado consoló a sus Apóstoles, tuvo lugar a orillas del lago de Genezaret; entonces, por la pesca maravillosa con que los favoreció, y el alimento no menos milagroso y significativo que les dió a comer, les enseñó cómo por medio de la predicación apostólica había la humanidad entera de entrar en el gremio de la Iglesia, para participar del Pan eucarístico, y formar con Cristo Señor Nuestro una sola Hostia viva, santa y agradable a los divinos ojos: *Hostiam viventem, sanctam, Deo placentem* (Rom. XII, 1.)

Punto 1º—Refiere San Juan en su Evangelio (cap. 21), que después de la Resurrección del Señor se retiraron los Apóstoles a Galilea, donde en cierta ocasión seis de ellos, guiados por San Pedro, pusiéronse a pescar en el mar de Tibe-

riades; pero habiendo trabajado durante una noche entera, no cogieron nada. Venida la mañana se les apareció Jesús en la ribera: pero los discípulos no le conocieron. El Señor les preguntó si tenían algo que comer, y como le contestasen que no, les dijo: Echad la red a la derecha del barco, y encontraréis. Hiciéronlo así, y fué la pesca tan abundante, que no podían sacar la red por la multitud de peces que habían tomado. Al saltar en tierra, vieron preparadas brasas encendidas, y un pez puesto encima, y pan. Jesús les dijo entonces: Traed acá de los peces que acabáis de coger. Subió al barco San Pedro, y sacó a tierra la red, llena de ciento cincuenta y tres peces grandes. Hecho lo cual el Señor les dijo: Venid y comed: *Venite, prandete.*

Punto 2º—Nuestro Salvador amantísimo, después de resucitado, comió varias veces con sus discípulos, ya para cerciorarlos de la verdad de la resurrección, ya para enseñarles otros grandes misterios, uno de los cuales y el principal era el de los frutos admirables que la sagrada Eucaristía había de producir en las almas; por esto algunas veces, como en Emmaús, dió a los discípulos el Pan eucarístico, y otras, un símbolo de él. Pues, como dice la Iglesia en el oficio

del Santísimo Sacramento, fué inmediatamente después de la Ascensión del Señor, cuando se hizo general en la Iglesia, el banquete eucarístico, la inmolación del verdadero Cordero pascual. Uno de los hermosos símbolos empleados por el Señor, para significar este divino Sacramento, fué el pez. Así, en el desierto, multiplicó el pan igualmente que los peces, para alimento de las turbas que le seguían; después de la Resurrección, por dos veces distribuyó el Señor a sus discípulos el mismo alimento misterioso: la primera, con los restos de un panal de miel, y la segunda, cuando se les apareció a orillas del lago. El pan, la miel y el pececillo eran símbolos diversos del mismo divino y adorable Sacramento. El mar simboliza el mundo, los peces, a las almas; el pez asado es Cristo crucificado, según San Agustín y el Venerable Beda. Este último dice así: «Cristo se dignó ocultarse en el mar inmenso del género humano, quiso ser prendido en la red de la muerte, que era nuestra y no suya; y el que se dignó hacerse pez, por la humanidad de que se revistió, y era al mismo tiempo nuestro pan y nuestro alimento, por la divinidad: *Nobis factus est piscis humanitate, exstitit panis reficiens divinitate.*

Punto 3º—El pez colocado sobre las brasas encendidas, *prunas positas, et piscem superpositum*, simbolizaba, pues, a Cristo sacrificado en la Cruz, y hecho alimento de nuestras almas por la sagrada Comunión. Los peces cogidos en el mar, y llevados a tierra, para juntarse con aquel otro colocado sobre las brasas encendidas, a fin de formar de todos un solo banquete, significaban a los fieles que entresacados de la mar del mundo, por la gracia del bautismo, habían de convertirse mediante la participación de la sagrada Eucaristía, en otras tantas imágenes vivas de Cristo crucificado, para ser más tarde asociados a su vida gloriosa en el cielo. Oigamos a San Agustín: «El pez asado, dice, es Cristo crucificado: *Piscis assus, est Christus passus;* El mismo es también el Pan al cual es incorporada la Iglesia para hacerla participante de la bienaventuranza eterna; por lo cual dijo el Señor a los Apóstoles: Traed acá de los peces que habéis pescado: *Afferte de piscibus quos prendidistis*, para que todos los que alimentamos esta esperanza, y cuya universalidad estuvo figurada en aquellos siete discípulos, conociésemos que Cristo se comunica a nosotros mediante aquel gran Sacramento, por el cual somos también

asociados a su bienaventuranza eterna.» Instruída en estos divinos misterios la Iglesia primitiva representaba frecuentemente al Santísimo Sacramento por el gracioso símbolo de un pececillo que llevaba encima una cestilla de pan. ¡Oh Jesús amabilísimo! Vos sois el Cordero inmolado por la salvación del mundo, Vos el pez asado entre las brasas de vuestra pasión sangrienta; y en la divina Eucaristía nos hacéis participantes de estos sublimes misterios, para que renunciando a los placeres del siglo y las inclinaciones perversas de la carne, llevemos aquí abajo una vida crucificada, y en el cielo seamos asociados a vuestra gloria; pero ¡ay! Señor, que tantos beneficios permanecen estériles para nuestras almas, por nuestra ingratitud y corrupción: prendednos, oh Salvador dulcísimo, en la red de vuestro amor, sacrificadnos, inmoladnos sin atender a nuestra obstinada resistencia, para que en Vos y por Vos seamos víctimas de eterna caridad.

Resoluciones.—Para que podamos participar un día de la vida resucitada y gloriosa del Redentor, en el cielo, es necesario que aquí abajo nos asociemos a su pasión y muerte dolorosa: y como Cristo Señor nuestro se nos da en la sagrada Eucaristía en celebración y re-

cuerdo de ambos misterios, es práctica muy saludable prepararnos a la Comunión con algún acto de mortificación corporal; de esta manera honraremos la muerte del Señor y recibiremos la gracia de su gloriosa Resurrección, esto es, junto con el Pan eucarístico, se nos darán el pez, que simboliza la gracia de la penitencia, y la miel, que significa el gozo espiritual.

Ejemplo.—En las Catacumbas de Roma hállase representada frecuentemente la sagrada Eucaristía por un pez que sostiene en el dorso un cestillo de pan. Un hermoso portento verificado en España, en el siglo XIV, vino a confirmar admirablemente este simbolismo sagrado. El año de 1348, el párroco de la pequeña villa de Alboraya, en el reino de Valencia, iba cierta ocasión a administrar el santo Viático a un enfermo del lugar llamado Almazera. En el camino, tratando de vadear un torrente muy crecido, por ser época de lluvias, se le escapó de las manos y cayó al agua el copón en que llevaba dos Hostias consagradas. Afligido el sacerdote con tan infausto suceso, reunió a la gente de los alrededores para que le ayudasen a buscar este inestimable tesoro; a poco encontraron efectivamente el vaso bendito,

pero abierto y sin las santas Formas. Pocas horas pasaron entre esta terrible angustia, cuando algunos pescadores, que se hallaban a corta distancia del siniestro, contemplaron maravillados asomar dos peces sobre las aguas con la cabeza levantada en alto, y llevando cada cual en la boca una de las Hostias anegadas. Acudieron los hombres inmediatamente al párroco, y así como éste se presentó a orillas del torrente, los peces se acercaron al sacerdote, a quien entregaron la preciosa carga que llevaban; estaban las sagradas Formas tan intactas y secas, cual si jamás hubieran sido sumergidas en medio del arroyo. Los peces, cumplido su mandato, alejáronse dando muestras de contento, con estremecimientos y saltos, a vista de una gran multitud de personas que atónitas contemplaban el portento. (P. Rossignoli.—Las maravillas de Dios en el divinísimo Sacramento de la Eucaristía).

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA TREINTA

La Ascensión

Preludio.—La Ascensión del Señor es el misterio que completa gloriosamente el de su inmolación sangrienta en la Cruz, y por esto tiene íntimas y profundas relaciones con el de la sagrada Eucaristía. San Pablo nos enseña así cuando dice que Cristo, Pontífice sumo de la nueva y eterna Alianza, entró por su triunfante Ascensión, en el santuario de los cielos, para presentar allí al Eterno Padre la Sangre divina derramada en el Calvario, habiéndonos obtenido con ella una eterna redención: *Christus assistens pontifex, per proprium sanguinem introivit semel in Sancta, aeterna redemptione inventa* (Hebr. IX, 11 y 12.)

Punto 1º—Según los ritos de la antigua Ley, las víctimas ofrecidas al Señor debían ser primeramente inmoladas, luego puestas sobre las brasas sagradas del altar, y finalmente consumidas, bien por

el fuego, como en los holocaustos, o bien por los mismos oferentes, que las recibían en comunión. Todo lo cual era figura de lo que había de verificarse con Cristo Salvador nuestro, única real y eterna hostia de holocausto y propiciación por los pecados del mundo. Esta Víctima divina fué inmolada en la Cruz, inflamada y transformada gloriosamente en la Resurrección, recibida por los cielos, en la Ascensión triunfante, y repartida en comunión a los fieles, aquí abajo, en la Mesa eucarística. De modo que la misma Hostia sacratísima que descansa sacramentada en nuestros pechos, es la que reposa en el seno del Padre, y forma la alegría y encanto de todos los bienaventurados. Jesucristo Señor nuestro es el lazo divino de unión entre el cielo y la tierra. El Pan que se come en la mesa de Dios, es el que ha descendido del cielo, y da la vida al mundo: *Panis enim Dei est, qui de coelo descendit: et dat vitam mundo* (Joan. VI, 33). Por esto canta la Iglesia: He aquí el Pan de los Angeles, que se ha hecho alimento de los hombres viadores: *Ecce, Panis angelorum, factus cibus viatorum.*

Punto 2º—Cuando el profeta Elías ofreció su gran sacrificio sobre el monte Carmelo, dice la Escritura, que bajó fue-

go de Dios, y devoró el holocausto: *Cecidit ignis Domini, et voravit holocaustum* (3, Reg. XVIII, 38); lo cual significaba que el Señor había aceptado el sacrificio, y que en cierto modo lo transformaba en sí mismo, de quien está dicho: Nuestro Dios es fuego devorador: *Etenim Deus noster ignis consumens est* (Hebr. XII, 29). Si, pues, fué conveniente que Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, padeciese para entrar en su gloria, esto es, que destruyese en sí propio la imagen o apariencia de hombre pecador, por el sacrificio de la Cruz, para que su humanidad santísima fuese después transformada con la gloria de Dios, y asentada a la diestra del Padre, ¿cuánta necesidad no tendremos los verdaderos culpables, de inmolar en nosotros la vida del pecado por el fuego santo de la penitencia y la caridad, para así transformarnos en hermanos de Jesucristo y coherederos de su gloria? Por esto la perfección cristiana es una ascensión incesante y continua que eleva a un alma desde el fango de los vicios hasta la más sublime altura de la virtud; lo cual no se logra sino por la asidua contemplación de los misterios de Jesucristo, y la imitación fiel de sus ejemplos, conforme a estas palabras del Apóstol: «Todos

nosotros contemplando a cara descubierta, como en un espejo, la gloria del Señor, somos transformados de su misma imagen, de claridad en claridad, como impulsados por el Espíritu del Señor. *Transformamur de claritate in claritatem, tanquam a Domini Spiritu* (2.ª Corinth. III, 18.)

Punto 3º—La divina Eucaristía es la que obra en nosotros esta ascensión continua y esta admirable transformación; ella mejor que aquella brasa ardiente con que un serafín purificó los labios del profeta Isaías, limpia nuestras almas de las imperfecciones cotidianas, y nos hace subir a las más altas cimas de la virtud y la santidad. Cristo Señor nuestro, en el Santísimo Sacramento, es el águila que provoca a sus polluelos a volar: *Sicut aquila provocans ad volandum pullos suos* (Deut. XXXII, 11), porque con la memoria de su pasión nos excita a sacrificarlo todo por Dios, y con el recuerdo de su Ascensión gloriosa levanta nuestra esperanza, y coloca todos nuestros deseos y aspiraciones en el cielo. «Pues, dice San Agustín, si deseamos ascender en seguimiento de nuestro divino Médico, debemos antes desasirnos de todos nuestros vicios y pecados. Ellos son los que a modo de grillos atan nues-

tros pies, y se esfuerzan por contenernos en las redes de la iniquidad; por esto, contando con el auxilio de Dios, digamos resueltamente con el Salmista: Rompamos estos lazos; para que hallándonos libres de ellos y en toda seguridad, podamos decir al Señor: Habéis roto mis prisiones: a Vos, Señor, ofreceré un sacrificio de alabanza.» (*Serm. II, de Asc. Domini*). ¡Oh Jesús, divino Salvador mío! cuán grato y gozoso me es contemplaros en este misterio de triunfo y gloria, subiendo cercado de ángeles y serafines, a tomar posesión del cielo, vuestro reino inmortal. Pero ¡ay! Señor, mirad cómo quedamos acá vuestros siervos, en este valle de miserias, sumidos en el fango de tantos vicios y pecados! Ya que en vuestro Sacramento admirable os habéis dignado haceros compañero fiel de nuestro destierro, arrancadnos de las prisiones de la culpa, levantadnos en alas de vuestra omnipotencia, y hacednos volar con Vos por las altas esferas de la virtud y la perfección, para que habiéndoos acompañado en vuestras humillaciones eucarísticas, acá en la tierra, un día os gocemos triunfante y glorioso allá en los cielos. Así sea.

Resoluciones.—Como fruto y coronamiento de las varias prácticas piadosas,

con que hemos procurado honrar al Santísimo Sacramento, en este Mes, prometamos a nuestro Señor enmendarnos seriamente de aquel vicio o pecado que más nos domina; para lo cual, durante un año, en cada una de nuestras comuniones, ofreceremos a la divina Majestad algún acto de mortificación de nuestro defectuoso carácter, alguna pequeña victoria sobre aquella funesta pasión dominante. Esta será la flor más preciosa que podamos ofrendar a nuestro amantísimo Salvador Sacramentado.

Ejemplo.—Cristo Señor nuestro aunque humillado y abatido de continuo en el Santísimo Sacramento, a veces, sin embargo, se ha dignado aparecer luminoso y triunfante como en el día de su Ascensión gloriosa. He aquí un ejemplo. En 1453 hallábase en guerra la Francia con los estados del Duque de Saboya; y en uno de los encuentros fué saqueada Exilles, pequeña aldea de la Italia septentrional; durante el saqueo un bandido entró en la iglesia del pueblo, y robó la custodia juntamente con la Hostia consagrada, las que guardó en un saco, en que había depositado otros varios objetos de su rapiña, y se marchó camino de Turín. Atravesó esta ciudad a las cuatro de la tarde del 6 de Junio

del año mencionado; mas, al pasar por la plaza de San Silvestre, la mula en que cabalgaba el ladrón se echó repentinamente al suelo, sin que valieran esfuerzos para hacerla levantar. Mientras tanto desatáronse por sí mismas las cuerdas que cerraban la boca del saco, y salió de él, a vista de todos, la custodia en que estaba aún el divino Sacramento, la cual, en vez de rodar por el suelo, se elevó lenta y majestuosamente por los aires, hasta cierta altura, y allí quedó expuesta por largo espacio de tiempo, ante un numerosísimo concurso que acudió luego de toda la ciudad, a la noticia del prodigio. Uno de los testigos de esta maravilla fué el mismo Obispo de Turín, Monseñor Luis de Romagnano, que acompañado de todo el clero fué procesionalmente al lugar del milagro. Al llegar el Prelado, la Custodia cayó al suelo, y quedó en el aire sola la Hostia, irradiando en torno suyo tan claros y vívidos resplandores que semejaban al sol de mediodía. Al ver esto el pueblo prorrumpió en unísono clamor, pues parecía que el Sacramento Divino iba a subir nuevamente al cielo, y trataba de abandonarlos. Gritaban unos, gemían otros, y, con los ojos empapados en lágrimas, decían: *Mane nobiscum, Domine:*

¡Señor, quédate con nosotros! Entonces el Obispo tomó un cáliz, y, alzándolo bien alto, pidió al Señor que se dignase bajar y permanecer entre sus fieles. Al punto la Hostia santa descendió de la altura, y fué a colocarse por sí misma dentro del cáliz. Un grandioso monumento religioso atestigua hasta hoy, en Turín, la verdad de este suceso portentoso. (*El Pan de los fuertes*—por Trione.)

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA TREINTA Y UNO (1)

La Reina del Cenáculo

Preludio.—Habiendo decretado el Eterno Padre dar su Hijo unigénito al mundo, por medio de la Santísima Virgen, María es Madre de Jesús así en Belén, Nazaret y el Calvario, como en el Cenáculo, esto es, en todos y cada uno de los misterios de nuestra Redención. Los pastores en Belén no encontraron solo a Jesús, sino acompañado de su Santísima Madre. *Et invenerunt Mariam et Infantem positum in praesepio* (Luc. II, 16). Los Magos igualmente encontraron a Jesús en el regazo de la Virgen Madre: *Invenerunt Puerum cum Maria Matre ejus* (Matth. II, 11). Luego tampoco hemos de hallar a Jesús en el tabernáculo, si no acudimos a la intercesión de María, que es Reina del Cenáculo

(1) Aunque Abril no trae sino treinta días, añadimos esta consideración, para el caso en que el Mes del Santísimo Sacramento se traslade a otra época del año.

y la Madre Santísima de Jesús Sacramentado.

Punto 1º—María, dice San Bernardo, es la escala por la cual descendió el Verbo divino del cielo a la tierra, y por la cual baja a aposentarse en todas y cada una de las almas que le reciben por la gracia. Porque esta es la voluntad de Dios, dice el mismo santo Doctor, que ha dispuesto que todo lo tengamos por María. Así, busquemos la gracia, pero busquémosla por medio de María. *Quaeramus gratiam, sed per Mariam quaeramus.* Habiendo pues, al decir de San Agustín, el Señor de los Angeles héchose hombre, para que el hombre pudiese comer el Pan de los Angeles: *Ut Panem angelorum manducaret homo,* este Pan divino lo hemos de buscar en las manos de María; pues Ella es la tierra benditísima en que germina el trigo de los escogidos. «Oh Madre de Jesús, exclama el mismo Santo, amamanta y nutre a Cristo Nuestro Señor, nuestro alimento y vida, nutre el Pan venido del cielo en el pesebre para dar subsistencia a nosotros, ovejas de su rebaño.»

Punto 2º—Conforme a este plan admirable de la Misericordia infinita, nuestro divino Salvador ha constituído a su Madre amantísima la Reina del Cenácu-

lo. Los Apóstoles no recibieron al Espíritu Santo en Pentecostés, sino cuando, como refiere la Escritura, «todos ellos animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oración con María la Madre de Jesús.» *Erant perseverantes unanimiter in oratione cum Maria Matre Jesu.* Por consiguiente, si queremos participar de las gracias abundantes del divino Sacramento; si queremos saborear el espíritu de dulzura, propio del Vino que engendra vírgenes, apliquémonos con perseverancia a la práctica del recogimiento y la oración, uniendo nuestras imperfectas y frías preces con las humildes y fervorosísimas de la Inmaculada Virgen. Así seremos aceptos en la presencia de Dios, a pesar de tantas faltas nuestras. Porque, ¡cuántos, mientras están materialmente arrodillados en un reclinatorio, divagan, ¡ay!, con el espíritu, por las calles y plazas públicas, sumidos en los vanos cuidados del mundo, y atentos tal vez a las seducciones del vicio!... ¡Sus labios murmuran oraciones al pie del tabernáculo; pero su corazón está muy lejos de Dios! *Cor autem eorum longe est a me!*

Punto 3º—Para precavernos de tamaña desgracia, siempre que nos pongamos en oración, imaginémonos estar con Ma-

ría en el Cenáculo; y entonces como niños que nada saben, y piden ser instruídos por su madre, elevemos a la Santísima Virgen la súplica de los Apóstoles: *Doce nos orare:* enséñanos a orar. Esta Madre dulcísima nos educará en la ciencia difícil de la oración, y hará de nosotros perfectos adoradores de su Hijo santísimo.

Resoluciones. — Tomemos la práctica muy provechosa de acudir a la intercesión de María Santísima, pidiéndole nos alcance gracias muy eficaces del cielo, para ofrecer con verdadero espíritu de piedad y religión, nuestros homenajes a Jesús Sacramentado, a fin de ser aceptos en su acatamiento divino, especialmente cuando tratamos de comulgar o visitar al Santísimo Sacramento.

Ejemplo.—En 1230 ocurrió en Florencia, que celebrando Misa un anciano sacerdote, en la iglesia de San Ambrosio, dependiente de un monasterio de religiosas benedictinas, dejó por olvido en el cáliz, al tiempo de la comunión, una gota de Sanguis, que luego tomó la apariencia de sangre fresca y rubicunda. Esta reliquia preciosa fué depositada en una redomita de cristal, en la sacristía de la iglesia. Entonces ocurrió otro portento. La Santísima Virgen que, según

dice un autor, vela hoy sobre la cuna eucarística del Salvador, como veló en otro tiempo sobre su cuna de humildes pajas, en Belén, apareció en sueños a una joven del monasterio de San Ambrosio, y le dijo: «Anda donde la religiosa sacristana y hazle saber que, junto a esta iglesia, se encuentra abandonado y sin abrigo el objeto consagrado por la omnipotencia de mi Hijo Jesús.» La hermana sacristana ilustrada de lo alto, comprendió al instante el misterioso aviso: un precioso copón fué trabajado inmediatamente por los más hábiles artistas de Florencia, y el Obispo de la ciudad en persona fué a colocar solemnemente, en aquel rico vaso, el Santísimo Sacramento del milagro, que se constituyó muy pronto en centro de admirables portentos; pues, junto a aquel tabernáculo, a las almas que se hallaban en estado de gracia, aparecíase frecuentemente nuestro divino Salvador, en figura de un hermoso Niño, en brazos de su Madre Santísima. (P. Couet.)

TRIDUO

EN HONOR DEL

SANTÍSIMO SACRAMENTO [1]

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA PRIMERO

La Sagrada Eucaristía es prenda del amor que Jesucristo nos tiene

Preludio.—Cuando en vísperas de dilatada ausencia, un padre amoroso se despide de sus hijos, déjales por prenda del afecto que les profesa, la joya más rica que guarda en sus tesoros; a este modo, Jesucristo Señor Nuestro, hallándose ya a punto de dejar la tierra y volar al Padre, instituyó el Santísimo Sacramento para dejarnos en él la pren-

(1) Las personas que quisieren servirse de este devocionario para hacer el *Mes del Sagrado Corazón*, que consta de treinta y tres días, pueden completar las consideraciones anteriores con las del presente Triduo.

da más valiosa, el recuerdo más fino y el testimonio más irrecusable del amor infinito que nos tiene. Pues, como dice San Juan en su Evangelio (cap. XIII, v. 1), Jesús nos hizo dádiva tan inestimable, sabiendo que era ya llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre: *Sciens Jesus quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem.*

Punto 1º—La sagrada Eucaristía es el recuerdo vivo y la renovación incesante de la Pasión dulcísima del Redentor, es decir, del último exceso a que pudo llegar la infinita caridad de Dios a los hombres. Porque si bien Jesucristo Señor nuestro, muriendo una sola vez en el Calvario, consumó para siempre la obra de nuestra redención, *aeterna redemptione inventa,* como dice San Pablo; sin embargo, encontró en los arcanos de su divina sabiduría un admirable recurso para renovar de continuo, místicamente, esa Pasión y esa Muerte preciosísimas, y esa invención magnífica de la sabiduría infinita del Verbo, es el sacrificio adorable de la Misa; mediante ella la humanidad entera asiste diariamente a la inmolación sacrosanta del Calvario, y todos tenemos a la mano, para ofrecer a la Majestad soberana de Dios, una Hostia de valor infinito, en expiación de nuestros pecados.

¡Oh qué cuenta tan estrecha daremos al supremo Juez, del poco caso que hemos hecho de esta dádiva la más preciosa que la munificencia divina ha hecho jamás a los hombres!

Punto 2º—La sagrada Eucaristía es además testimonio y prenda de ese mismo extremado amor que tan poderosamente impulsara a Jesucristo a padecer y morir por nuestra eterna salvación. De dos maneras se manifiesta el amor verdadero: por los cuantiosos dones, y por los sacrificios que hace el amante en favor del amado; pues, ¿qué mayor regalo podía hacernos el Señor si no es darse a sí propio en la sagrada Comunión? ¿Ni qué sacrificio más grande ni costoso que haber inmolado por nosotros su vida preciosísima en el suplicio infame de la Cruz?... La sagrada Eucaristía, que es el monumento perenne de la inmensa caridad de Cristo Señor nuestro a los hombres, debe, pues, inflamarnos más que ningún otro misterio, en gratitud y amor hacia nuestro Salvador divino.

Punto 3º—La sagrada Eucaristía es finalmente prenda de las recompensas que nos aguardan en el cielo. La bienaventuranza no es otra cosa que la vista y posesión de Dios por toda la eternidad;

y como en la Mesa del altar se nos comunica también el mismo Dios, aunque oculto tras los velos de la fe, resulta que siempre que recibimos la divina Eucaristía, se nos da una prenda del cielo, y un gusto anticipado del gozo eterno de los bienaventurados. Por esto la Iglesia hace esta deprecación hermosa en la Misa del Santísimo Sacramento: «Haced, Señor, que seamos saciados con la fruición sempiterna de tu divinidad; fruición que ahora es prefigurada por la percepción temporal de tu preciosísimo Cuerpo y Sangre.» En otro lugar del oficio de la propia festividad, es llamada la sagrada Eucaristía, prenda que se nos da de la gloria que está reservada a los justos en la eternidad: *Futurae gloriae nobis pignus datur.* ¡Oh Salvador dulcísimo, cuántos extremos de amor en bien de tan ingratas y miserables criaturas como somos nosotros! Ya que tan grande es vuestra dignación que no vaciláis en habitar en nuestros pechos, inflamadnos, Señor, en el fuego sagrado de vuestra caridad, para que podamos de alguna manera corresponder a tan inestimables finezas, pagándoos amor con amor.

Resoluciones.—En retorno de la dádiva preciosísima que Jesucristo nos hace en

el altar, entregándonos su propio Cuerpo y Sangre, consagrémosle generosamente, en cada comunión, nuestras almas, nuestro corazón y todo nuestro ser, protestando al Salvador, que no viviremos en adelante sino únicamente para amarle y servirle hasta la muerte, cumpliendo con fidelidad su santa ley, y sometiéndonos gustosos a todas las disposiciones de su adorable y divina voluntad.

Ejemplo.—El Venerable siervo de Dios, Padre Mateo de San Paulino, de la orden de Agustinos descalzos, es un hermoso modelo de almas apasionadas del Santísimo Sacramento. Antes de ser elevado al sacerdocio, siendo todavía estudiante, se le vió muchas veces levantarse en los aires, y volar al encuentro de la Hostia santa, cuando se acercaba el momento de la comunión. Sacerdote ya, cuando celebraba la santa Misa, al tiempo de la consagración, elevábase más de un palmo sobre el suelo, y quedaba arrebatado en éxtasis. No podía oir pronunciar Santísimo Sacramento, sin quedar inmediatamente arrobado, aunque fuese en las calles o plazas públicas. Cierta ocasión, mientras con su acostumbrado fervor y humildad, decía el *Domine, non sum dignus*, preparándose a la comunión, la sagrada Hostia se escapó de las manos

del piadosísimo sacerdote, y fué a colocarse por sí misma en sus labios, como impaciente por unirse cuanto antes con alma tan cándida y fervorosa.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA SEGUNDO

La Sagrada Eucaristía es el último exceso del amor de Cristo a los hombres

Preludio.—Cristo Señor nuestro enseñó a sus Apóstoles, cuál era el último exceso a que podía llegar la verdadera caridad, diciendo: «Nadie tiene amor más grande, que el que da su vida por su amado.» *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis* (Joan. XV, 13). Y como solamente el Hombre-Dios ha amado a los hombres con amor infinito, admiramos en este amor excesos tan inefables que no serán comprendidos jamás por criatura alguna. Por lo cual asegura San Pablo, que el amor de Cristo a nosotros sobrepuja a los alcances de todo entendimiento creado: *Supereminentem scientiae charitatem Christi* (Eph. III, 19). Y, pues, la sagrada Eucaristía es el último esfuerzo de este amor, resulta que

en ella nos ha dado Jesucristo la vida con prodigalidad tan generosa, que será objeto de admiración eterna hasta para los mismos serafines.

Punto 1º—Para que se instituyese la Eucaristía y pudiésemos participar de ella, fué necesario que el Salvador muriese por nosotros, porque este divino Misterio no es otra cosa que el sacrificio incruento y místico en que se ofrece y es consumida la misma Víctima sacrosanta que fué inmolada por nosotros en la Cruz. Cristo murió para que nosotros viviésemos, inmoló su vida temporal y terrestre, para resucitarnos a la gracia, y hacernos participantes de la vida eterna de la gloria. Llevó el amor que nos tenía hasta el exceso de entregarse a sí propio a los tormentos, las ignominias y la muerte, por salvarnos y redimirnos. *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.* Y como la Eucaristía es el Sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo inmolado en la Cruz por nosotros, es en consecuencia el último exceso de la caridad divina en favor de los hombres; pues nadie tiene amor más grande, que el que da su vida por sus amigos.

Punto 2º—La sagrada Eucaristía fué instituída en aquella misma noche en que el Salvador había de ser entregado

en manos de sus enemigos: *in qua nocte tradebatur*, según la frase de San Pablo. De manera que en el tiempo en que los hombres extremaban su odio, ingratitud y perfidia contra Jesucristo, este Salvador dulcísimo hacía también el supremo esfuerzo de su caridad en favor de ellos. *In finem dilexit eos*, dice San Juan: los amó hasta el fin, hasta un punto al que solamente la caridad de Dios podía llegar. Todo en este divino Sacramento es un exceso, así del lado del cielo como de la tierra; exceso de malicia, en los pecados con que diariamente es ultrajado este Misterio amabilísimo; exceso de amor y bondad, de parte de Dios, que con liberalidad infinita nos ha hecho una dádiva tan rica. Ni la omnipotencia del Padre puede hacer cosa más grande, ni la sabiduría del Verbo inventar algo más sublime, ni el amor del Espíritu Santo regalarnos nada más precioso, puesto que en la sagrada Eucaristía se nos comunican la carne y la sangre de Dios; es decir, a todo Cristo, con su divinidad y humanidad al mismo tiempo.

Punto 3º — Dice el santo Evangelio (Luc. IX, 31), que en el Tabor, Moisés y Elías hablaban del exceso que nuestro Salvador divino había de realizar en Je-

rusalén: *Dicebant excesum ejus, quem completurus erat in Jerusalem.* Este fué el exceso de amor que Jesucristo realizó en su pasión, instituyendo el Santísimo Sacramento y muriendo en la cruz por nosotros. El Cielo entero se abismó ante esta maravilla, la más excelsa y estupenda de la diestra del Altísimo. ¿Y quedaremos nosotros fríos e indiferentes ante este soberano prodigio del amor? Sólo un Dios podía darse con generosidad tan excesiva... ¡Oh mi amable y dulcísimo Salvador sacramentado! ya que nos hacéis conocer las invenciones maravillosas de vuestra caridad infinita en favor de los hombres, derramad en nuestros corazones esos torrentes de inflamado amor en que arden en el cielo los serafines, para que podamos corresponder de alguna manera a las finezas con que nos habéis colmado, quedándoos con nosotros en la sagrada Eucaristía.

Resoluciones. — Si todo es exceso de amor en el divino Sacramento, las almas fieles que se alimentan con este manjar celestial, deben también extremar sus afectos y sus homenajes a este admirable Misterio; no hemos de contentarnos, por lo mismo, con una fe tibia y una caridad lánguida y moribunda, sino que en cada comunión hemos de procurar

crecer algo más en nuestro amor y unión a Jesucristo, pidiéndole instantemente esta gracia de amarle siempre con toda nuestra alma y todo nuestro corazón, y sin rehusar jamás al Señor ni uno solo de los sacrificios que nos pida; al contrario, hemos de estar constantemente listos a dar, si es necesario, hasta la vida misma en defensa de este admirable Misterio.

Ejemplo.—Un joven protestante, de noble alcurnia y riquísimo, viajando por Italia, hallóse cierta ocasión en Liorna, a tiempo que pasaba por las calles la procesión de Corpus; paróse entonces el obcecado mancebo con aire insolente y fiero; mas, así como miró de frente la Custodia llevada por el sacerdote, cayó súbitamente de rodillas, exhalando clamorosos gemidos. ¿Qué había ocurrido? Que Jesús se le había mostrado en la Hostia santa, lanzando sobre el hereje incrédulo, una mirada de indecible dulzura, tristeza y reconvención. Arturo Sujet, que así se llamaba el joven, movido por este prodigio, abjuró el protestantismo y se entró de jesuíta, con ánimo de consagrar su vida entera al amor y culto del Santísimo Sacramento. Todos los días ofrecía al Señor la vida en sacrificio, para expiar los ultrajes irrogados

por los hombres a la divina Eucaristía. Siendo ya sacerdote y misionero, encontrábase en una pobre aldea de Italia, cuando al salir en altas horas de la noche a ofrecer sus adoraciones al Salvador sacramentado, advirtió que habían penetrado en la iglesia parroquial unos bandidos, que en ese mismo momento rompían las puertas del tabernáculo e iban a arrebatar el copón con las sagradas Formas. El piadosísimo sacerdote sin hacer caso del espantoso peligro a que se exponía, arremete solo contra los ladrones, y logra arrancar de manos de ellos el vaso precioso con la divina Eucaristía; a cuyo tiempo aquellos criminales furiosos descargan sus pistolas sobre el heroico misionero. A este ruido llegan el cura y algunos vecinos del pueblo, y miran al P. Sujet caído por tierra junto al altar, todo bañado en sangre y ya agonizante, estrechando contra el pecho al divino Sacramento. El párroco entonces tomó el vaso sagrado de manos del moribundo, le administró allí mismo el santo Viático y la Extremaunción; y como quisiese consolarle de aquella inesperada catástrofe: «No: exclama el mártir generoso, no os lamentéis de mi suerte; al contrario, gozaos conmigo, porque se ha realizado el deseo más ar-

diente de mi vida: muero por el Dios de nuestros tabernáculos.» Y, al decir esto, expira con la sonrisa en los labios, y reflejando en el semblante el júbilo y paz de los bienaventurados.

CONSIDERACIÓN PARA EL DÍA TERCERO

La Sagrada Eucaristía es nuestro verdadero Pan de vida

Preludio.—Nuestro Señor Jesucristo al anunciar el gran misterio de la Eucaristía, lo hizo con estas palabras: «Yo soy el Pan vivo que he descendido del cielo. Quien comiere de este Pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne, la cual daré yo para la vida y salvación del mundo: *Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita* (Joan. VI, 52). Esto nos enseña que el Salvador es el verdadero Pan bajado del cielo, Pan que se nos da en la sagrada Eucaristía, para que comiendo de él vivamos eternamente.

Punto 1º—Nuestro Señor Jesucristo es el Verbo encarnado, la Sabiduría eterna del Padre puesta al alcance de todos los hombres en el misterio adorable de la Encarnación. Ahora bien: así como el cuerpo se sostiene con alimentos materiales, nuestra alma vive de la verdad;

he aquí por qué siendo Jesucristo Señor Nuestro la verdad substancial y eterna, es por lo mismo el alimento substancial y eterno igualmente, de nuestras almas. Cuando el Salvador viendo que algunos discípulos se escandalizaban del anuncio que acababa de hacerles de la Eucaristía, preguntó a los Apóstoles: «¿Y vosotros queréis también retiraros?» Respondióle San Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna: y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.» Jesús es, pues, la Palabra eterna del Padre, el Pan divino del cual viven los Angeles del cielo, y que ha bajado a la tierra para hacerse nuestro sustento y comida. ¿Quién podrá alabar nunca debidamente esta dignación infinita de nuestro Dios?

Punto 2º—El misterio en que de modo especial se da Jesucristo para alimento de nuestras almas, es la sagrada Eucaristía; este Sacramento divino fué instituído expresamente para mantenernos, robustecernos y hacernos crecer en la vida espiritual. El Bautismo nos hace hijos de Dios, la Confirmación nos enrola en la milicia de Cristo, la Penitencia nos lava las manchas que contraemos por los pecados personales; pero sólo la

Eucaristía nos alimenta y fortalece en las penosas luchas de esta vida. Sin este Pan divino desfalleceríamos pronto en la ardua senda que conduce al cielo. Al recordar estas finezas del amor del Verbo encarnado, deberían rebosar nuestros corazones en sentimientos de tierna y profunda gratitud; pues, dice San Juan Crisóstomo, mientras las madres se desdeñan muchas veces de criar por sí mismas a sus hijos, y los entregan a nodrizas, Dios Nuestro Señor nos alimenta con su propia carne y sangre. ¡Con cuánto celo y amor no habíamos de acercarnos a la Mesa eucarística, si meditáramos despacio estas grandes y consoladoras verdades!

Punto 3º—Pero advirtamos que el Salvador no se ha contentado con decirnos: «Quien comiere de este Pan vivirá eternamente,» sino que ha añadido a la promesa esta amenaza terrible: «En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebieseis su sangre, no tendréis vida en vosotros.» Comentando estas palabras, San Cipriano, dice: «Cuando el Salvador enseña que el que come de su pan vivirá eternamente, es claro que aquellos sólo viven que se acercan a su Cuerpo sacratísimo y reciben debidamente la comu-

nión en la Eucaristía; así como, por el contrario, hay mucho que temer, y se debe orar para evitar semejante desgracia, que aquel que huye de participar del Cuerpo sagrado de Cristo, por el mismo hecho se aleja de la salvación.» ¡Oh Jesús dulcísimo: qué bien mostráis cuánto nos amáis, cuando para obligarnos a corresponderos nos amenazáis con vuestro enojo! Pero, Señor: ¿qué ventaja os puede resultar de nuestro amor mezquino y miserable? ¡Ah, no es ciertamente vuestra ventaja, sino nuestra salvación lo que anhelabais al quedaros entre nosotros sacramentado, y al daros en alimento a nuestras almas!

Resoluciones.—Para corresponder de algún modo a la caridad infinita que Jesucristo nos ha mostrado en la institución del Santísimo Sacramento, acerquémonos con la mayor frecuencia que nos sea posible a la Mesa eucarística, esforzándonos por vivir de tal manera, que podamos acercarnos cada día a la sagrada Comunión; pues ella es el verdadero Pan cotidiano que pedimos al Señor en la sublime oración del Padre nuestro; y Dios se complace mucho en que jamás dejemos ni una sola Comunión por vanos escrúpulos y temores.

Ejemplo.—La Beata Emilia Bicchieri,

priora de la Terciarias dominicanas de Berceil, que murió en 1314, era devotísima del Santísimo Sacramento, y tenía todas sus delicias en la Comunión, que recibía siempre con sentimientos de admirable fervor. Una vez, sin embargo, meditando sobre la grandeza y santidad infinitas de la Majestad divina, le pareció que era temeridad acercarse con tanta frecuencia al augusto Sacramento. Pero al instante nuestro dulce Salvador disipó aquella tentación, hablándole de esta manera desde el sagrado Tabernáculo: «Esposa mía muy amada, sábete que tengo una alegría muy grande en permanecer contigo bajo las especies sacramentales. Más me agrada una alma que se acerca a mí por amor, que la que se aleja de mí por temor. Acuérdate de estas palabras que dije a mis Apóstoles: *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él.*» Otro día ocurrió que habiendo la sierva de Dios dejado de comulgar, aunque con mucha pena, por asistir a una enferma del convento, al presentarse en la capilla, entre las otras religiosas, he aquí que apareció un Angel revestido de ornamentos sacerdotales, el cual abrió el tabernáculo y dió la comunión a la Venerable Madre, en presencia de todas

las religiosas, atónitas ante semejante prodigio; de modo que la comunidad entera entonó el *Te Deum*, en acción de gracias por un tan singular beneficio del cielo.

ACTOS DE REPARACIÓN [1]

I

POR TODOS LOS CRÍMENES PÚBLICOS DEL ECUADOR

Divino Corazón de Jesús, Criador del cielo y de la tierra, Rey universal de las naciones y Dueño absoluto de todas las cosas: Vos solo sois el Santo, Vos el Señor, Vos el Altísimo, Vos nuestro único Dios, de quien emanan todo poder, autoridad y soberanía; Vos por quien

(1) La *Congregación del Culto Perpetuo* está dividida en estas cuatro clases de Coros: 1.ª de *Reparación*; 2.ª de *Súplica*; 3.ª de *Acción de gracias*; y 4.ª de *Adoración*. Los Coros de Súplica rezan o cantan en los días de su turno las *Letanías de los Santos*, en que la Iglesia ha reunido admirablemente cuantas oraciones podemos dirigir al cielo por las necesidades así privadas como públicas. Para las otras clases restantes de Coros se dan aquí siete Actos de Desagravio y las preces de Acción de Gracias, y de Adoración; los más son extractados del P. Croisset y otros autores o devocionarios de nota, con ligeras modificaciones necesarias para acomodar dichos actos piadosos al uso de la Asociación.

reinan los reyes y dictan lo justo los legisladores: alabado seáis por todos los pueblos y gentes, ensalzado por toda criatura en los siglos de los siglos. Gracias os damos, Señor, por todos vuestros beneficios, y principalmente porque en los excesos de vuestra bondad os habéis dignado elegir al Ecuador para vuestra herencia, le habéis defendido de sus enemigos y le habéis colmado de vuestros dones. Pero, ¡ay!, que en vez de corresponder con gratitud a tantas larguezas, hemos pecado, Señor, hemos obrado la iniquidad, hemos procedido impíamente y nos hemos apartado de vuestros juicios y mandamientos. Pero no miréis, oh Dios piadosísimo, a nuestras iniquidades, sino sólo a vuestra misericordia; apartad de nosotros vuestra ira, aléjense vuestros castigos de este pueblo!

¡Perdón, Señor, por todas nuestras iniquidades!
¡Perdón, por las faltas de nuestros sacerdotes!
¡Perdón, por los extravíos de nuestros legisladores!
¡Perdón, por las culpas de nuestros magistrados!
¡Perdón, por los pecados de los padres de familia!

¡Perdón, Señor, perdón!

¡Perdón, por las maldades de todo nuestro pueblo!
¡Perdón, por todas las impiedades y blasfemias!
¡Perdón, por todos los perjurios y sacrilegios!
¡Perdón, por la profanación de las cosas santas!
¡Perdón, por nuestras revoluciones y guerras fratricidas!
¡Perdón, por el odio contra la Iglesia y sus Ministros!
¡Perdón, por los atentados contra vuestros representantes en la tierra!
¡Perdón, por los excesos licenciosos de la prensa y los teatros!
¡Perdón, por todos los crímenes políticos!
¡Perdón, por todos los escándalos públicos!
¡Perdón, por todas nuestras iniquidades!

¡Perdón, Señor, perdón!

Para nosotros, Señor, la vergüenza y la confusión, para nuestros sacerdotes, nuestros magistrados, nuestros padres de familia, y todo nuestro pueblo, porque hemos pecado, hemos procedido inicuamente. Sólo para Vos la gloria y la bendición. Ahora, pues, Dios de infinita bondad, inclinad benigno hacia nosotros

vuestros oídos y escuchadnos. Apartad de nosotros vuestra cólera, aplacad vuestro enojo, salvad a vuestro pueblo sobre el cual ha sido invocado hoy vuestro santo Nombre. Elevamos hacia Vos nuestras súplicas, no confiados en nuestra justicia, sino únicamente en vuestras misericordias. Mirad, Señor, desde vuestro santuario y desde lo excelso de vuestro trono, a la Víctima santa que se inmola incesantemente por nosotros en el altar, al amantísimo Corazón de vuestro divino Hijo. Por Vos mismo, Señor, por la honra de vuestro Nombre, salvad al pueblo que habéis elegido para herencia vuestra, libradle de sus enemigos, y haced ver a todo el mundo que es bienaventurada la Nación que os reconoce por su Señor y Dios.—Amén.

SEGUNDO ACTO DE REPARACIÓN

Divino Corazón de Jesús, Corazón Hostia, Corazón Víctima!... Corazón real y magnífico!... para quien los hombres ingratos no tienen sino olvido, indiferencia o menosprecio, permitid hoy a vuestros fieles siervos que vengamos en este día a implorar misericordia a vuestros pies, y a ofreceros una solemne repara-

ción por las traiciones y sacrilegios de que sois la adorable Víctima en el Sacramento de vuestro amor.

¡Sí, Corazón amantísimo, por todas las blasfemias que diariamente hacen retemblar de espanto la tierra!
¡Por las sacrílegas profanaciones de vuestros sacramentos y del santo día que os está consagrado!
¡Por el olvido y menosprecio con que os trata la mayor parte de los hombres!
¡Por la indiferencia con que se alejan de Vos tantos cristianos tibios!
¡Por las inmodestias e irreverencias cometidas en el lugar santo!
¡Por todos los crímenes que diariamente inundan como un diluvio a la tierra!
¡Por nuestras propias iniquidades!

¡Os ofrecemos, Señor, nuestras reparaciones!

Y Vos, ¡oh Padre Eterno santísimo! ¡oh Majestad soberana tan profundamente ultrajado por el pecado, perdonadnos en consideración al Corazón adorable de vuestro divino Hijo, que incesantemente se sacrifica en todos los santuarios del mundo, víctima permanente de nuestros pecados. Aunque miserables delincuentes nos atrevemos a presentarnos ante Vos,

cubiertos con sus méritos, con su sangre y con su amor; y en reparación de nuestras culpas os ofrecemos sus adoraciones infinitas y continuas inmolaciones!... ¡Ah, que la voz de esa Sangre divina sea escuchada en favor nuestro! Haced, Padre amantísimo, que desaparezca la culpa, y se establezca el reinado de vuestro amor en el mundo, para que un día reinemos todos con Vos en el cielo. Amén.

TERCER ACTO DE REPARACION

Corazón Sagrado de Jesús, profundamente conmovidos de la infinita caridad que habéis manifestado a los hombres en la Institución de la adorable Eucaristía, no menos que de la horrible ingratitud con que la mayor parte de nosotros hemos correspondido hasta hoy a tanto amor, venimos humildemente a vuestra divina presencia, con el ánimo de reparar en adelante tantos ultrajes por un aumento de fidelidad hacia Vos.

Sí, Jesús amabilísimo, lo prometemos: mientras más blasfemen los hombres incrédulos contra vuestros misterios!

¡Mientras, más se esfuerce la impiedad en querer arrebatarnos nuestras inmortales esperanzas!

¡Cuánto más resistan a vuestros divinos atractivos los corazones ingratos!

¡Mientras más atacada sea vuestra divinidad por los impíos!

¡Mientras más olvidadas y quebrantadas sean vuestras santas leyes por los hombres mundanos!

¡Mientras más despreciados y abandonados sean vuestros Sacramentos por los cristianos tibios!

¡Mientras más desconocidas sean vuestras adorables virtudes por el mundo!

¡Mientras más trabaje el infierno en la perdición de las almas!

¡Mientras más tendencia haya al sensualismo y más empeño en destruir la abnegación y el amor al deber!

¡Más os amaremos, Señor!

¡Oh Dios de infinita Santidad! todos hemos pecado, hemos procedido inicuamente y nuestros crímenes se han multiplicado más que nuestros cabellos. Somos la miseria, el polvo y la misma nada, y nos vemos en la

imposibilidad de satisfacer a vuestra justicia. Pero no. Tenemos, en cambio, una Hostia de valor infinito, que todos los días se inmola por nuestras culpas en innumerables altares y tabernáculos sobre el mundo entero. Os ofrecemos, pues, esta Hostia santa en desagravio de todas las impiedades, blasfemias, sacrilegios, profanaciones y crímenes con que sois ultrajado en todo el universo.

¡Sea en todas partes bendito y alabado el Santísimo Corazón de Jesús Sacramentado, ahora y siempre por todos los siglos de los siglos! Amén.

CUARTO ACTO DE REPARACION

Divino Salvador Jesús, dígnate mirar con ojos de misericordia a tus humildes siervos que, unidos en un mismo pensamiento de fe, reparación y amor, vienen hoy a deplorar a tus pies sus infidelidades y las de los otros pobres pecadores sus hermanos. ¡Queremos con nuestras solemnes y unánimes promesas conmover tu divino Corazón y obtener de él misericordia para nosotros, para el mundo y

para todos los que no tienen la dicha de conocerte y amarte.

¡Sí, de hoy en adelante te prometemos todos: Del olvido e ingratitud de los hombres!
¡De tu abandono en el sagrado tabernáculo!
¡De los crímenes de los pecadores!
¡De las injurias hechas a tu divinidad!
¡De los sacrilegios con que se profanan el Sacramento de tu amor!
¡De las inmodestias e irreverencias cometidas en tu adorable presencia!
¡De las traiciones de que eres víctima adorable!
¡De la frialdad de la mayor parte de tus hijos!
¡Del desprecio que se hace de tus amorosos convites!
¡De las infidelidades de los que se dicen tus amigos!
¡Del abuso de tus gracias!
¡De nuestras propias infidelidades!
¡De la incomprensible dureza de nuestros corazones!
¡De nuestra larga tardanza en amarte!

¡Te consolaremos, Señor!

¡De nuestra tibieza en tu santo servicio!
¡De la tristeza que te causa la perdición de las almas!
¡De tus largas esperas a la puerta de nuestros corazones!
¡De los amargos rechazos con que eres insultado!
¡De tus quejas de amor!
¡De tus lágrimas de amor!
¡De tu cautiverio de amor!
¡De tu martirio de amor!

Divino Salvador Jesús, que has dejado escapar de tu Corazón esta dolorasa queja: Consoladores busqué y no los he hallado dígnate recibir el pobre tributo de nuestras humildes reparaciones, y asístenos tan poderosamente con el auxilio de tu gracia que huyamos en adelante de todo cuanto pueda desagradarte, y nos mostremos en toda circunstancia, tiempo y lugar, tus hijos más fieles y abnegados. Te lo pedimos por tu mismo Corazón, a tí que siendo Dios vives y reinas con el Padre en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

QUINTO ACTO DE REPARACION

Divino Corazón de Jesús, real y verdaderamente presente en el Sacramento del altar, donde por nuestro amor permanecéis, hace veinte siglos, expuesto a la indiferencia, las burlas, profanaciones e impiedades de los pecadores, dignaos recibir en desagravio de tantas iniquidades, el sincerísimo dolor y contrición con que os pedimos perdón de todas ellas.

¡La humillación extrema a que por la maldad de los hombres se ve reducido un Sacramento tan admirable!
¡Tantas comuniones indignamente recibidas!
¡Tantas irreverencias cometidas en vuestra misma adorable presencia!
¡La profanación de vuestros santuarios!
¡Las profanaciones sacrílegas de que sois objeto en el Sacramento adorable de vuestro amor!
¡El olvido, indiferencia, y menosprecio con que os tratan tantos cristianos tibios!
¡La falta de correspondencia a vuestras

¡Perdonadnos, Señor!

gracias!

¡La frialdad de nuestro amor, y nuestro poco fervor y devoción en serviros!

¡La imperfección con que ahora os ofrecemos estas mismas reparaciones!

Señor Jesús, que habéis querido parmanecer con nosotros en vuestro Sacramento admirable hasta la consumación de los siglos, a fin de tributar a vuestro Eterno Padre una incesante gloria en esta tierra con la renovación siempre continuada de vuestra amarguísima Pasión, y dar al mismo tiempo a los hombres el alimento de la vida inmortal, dignaos concedernos la gracia de una perfectísima contrición, para llorar de continuo tantas injurias como recibís en este adorable Misterio, de parte de los impíos, herejes y malos cristianos; e inflamadnos en un ardentísimo celo por reparar tantos oprobios, a los que generosamente os habéis quedado expuesto sólo por amor a nosotros. Os lo pedimos por Vos mismo que vivís y reináis con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de naturaleza, Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

SEXTO ACTO DE REPARACION

Jesús, Hostia santa, Hostia pura, Hostia inmaculada, víctima del infinito amor de Dios a los hombres; ¡ay, cuánta caridad de vuestra parte, y cuánta ingratitud de la nuestra! ¡Oh si nos fuera dado reparar de alguna manera el olvido, indiferencia y menosprecio con que os tratan los hombres! A lo menos, Señor, recibid el ardiente deseo de hacerlo así, y sed Vos mismo la Hostia de reparación de nuestros pecados en la presencia de vuestro Eterno Padre, apiadandoos de la extremada miseria y abyección que nos impele a ser tan criminales e ingratos para con Vos.

Por vuestras humillaciones Eucarísticas os lo pedimos: ¡Hostia Santa inmolada por la salvación de los pecadores!.

¡Hostia inflamada en el fuego del amor infinito!

¡Hostia consumida de dolor en el Calvario!

¡Hostia ofrecida incesantemente por nosotros en el sacrificio del altar!

¡Hostia de amor, menospreciada por las comuniones tibias!
¡Hostia de amor, blanco de indignas profanaciones!
¡Hostia de amor, víctima de atroces sacrilegios!
¡Hostia de amor, deshonrada por las malas comuniones!
¡Hostia de amor, abandonada por la mayor parte de los cristianos en la soledad de nuestros templos!

¡Ten piedad de nosotros!

Amabilísimo Jesús, por el amor infinito que nos tenéis, no contento con haberos inmolado una vez en el Calvario, renováis todos los días de una manera incruenta el mismo sacrificio en la adorable Eucaristía donde permanecéis expuesto hasta la consumación de los siglos a los oprobios e ignominias de la Cruz, romped el velo de nuestra culpable ignorancia, atravesad nuestros corazones con los dardos inflamados de vuestro amor, para que abandonando por fin las sendas de nuestra criminal ingratitud hagamos del Sacramento divino de nuestros alta-

res el centro de nuestros efectos y a imitación suya, llevemos continuamente una vida de inmolación y sacrificio. Amén.



ACCIÓN DE GRACIAS

A LA MAJESTAD DIVINA, POR LOS BENEFICIOS QUE DE SU LIBERALIDAD INFINITA HEMOS RECIBIDO

Señor Dios omnipotente, autor y conservador de todas las cosas, de quien provienen todo don perfecto y dádiva preciosa, y cuanto hay de bueno y óptimo en el universo: bendito seáis, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, porque a Vos debemos el ser, a Vos, las gracias con que nos habéis colmado en el curso de la vida. Y confesándonos indignos de tantas y tan altas mercedes, por cuanto somos el polvo y la nada, y, lo que es peor todavía, culpables y pecadores, os ofrecemos, en acción de gracias por todos vuestros beneficios, a vuestro mismo Hijo unigénito inmolado por nosotros sobre el altar, donde es nuestra Hostia Eucarística, por excelencia; unidos de corazón a esta Víctima santa, os tributamos en reparación de nuestras ingratitudes, este humilde homenaje de alabanza y reconocimiento por los innu-

merables beneficios que de vuestra munificencia amorosa hemos recibido.

Por la infinita perfección de vuestro Ser, y vuestra grande gloria.
Por habernos sacado de la nada, dándonos el ser y la vida que tenemos,
Por habernos dado a vuestro divino Hijo unigénito,
Por el don de vuestro Santo Espíritu Paráclito,
Por los infinitos beneficios de la Encarnación y Redención,
Porque en Jesucristo Señor Nuestro, nos habéis dado todas las cosas,
Por la santificación de las almas, mediante la Sangre preciosa de nuesttro divino Redentor,
Por la gracia de la adopción divina a que hemos sido llamados,
Por el don inefable de la divina Eucaristía,
Por habernos dado a la Virgen Inmaculada por amantísima Madre y Protectora nuestra,
Por habernos hecho hijos de la santa Iglesia Católica,
Por todos los demás beneficios, así generales como especiales, de naturaleza y gracia, que de vuestra liberalidad hemos recibido,

¡Os damos gracias, Señor!

Por habernos librado del infierno que lo teníamos merecido por nuestros pecados, os damos gracias, Señor.

Por la recompensa eterna del cielo, que nos tenéis prometida, si perseveramos en vuestro santo amor, os damos gracias, Señor.

Alabad al Señor, naciones todas; pueblos todos, cantad sus alabanzas; porque su misericordia se ha confirmado sobre nosotros, y la verdad del Señor permanece eternamente. Justo, y debido al par que saludable es tributar siempre y en todas partes, acciones de gracias a Vos, Señor santo, Padre omnipotente y eterno, porque cuanto existe es obra vuestra, y no hay gracia ni don que no nos haya venido de vuestra munificencia divina; por lo cual unimos nuestras voces con las de los Angeles y Bienaventurados, y con toda la creación, para clamar: Bendición y gloria, y sabiduría, y acción de gracias, honor, y virtud, y fortaleza a nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

ACTO DE ADORACIÓN

A Ti, Rey inmortal e invisible de todos los siglos, a Ti, nuestro único y verdadero Dios, sean dadas la honra y la gloria por siempre jamás. Amén. Bendito eres, Señor Dios de Israel; tuyo es el poder, la magnificencia, la gloria y la victoria; a Ti se debe eterna alabanza, porque todo lo que hay en el cielo y tierra, te pertenece. Tuyo, oh Señor, es el reino, y Tú eres sobre todos los reyes. Tuyas son las riquezas y la gloria; Tú eres el Señor de todo; en tu mano están la fuerza y el poder, la grandeza y el imperio de todas las cosas. Ante Ti el universo entero es como átomo de polvo que ni da ni quita peso a la balanza, o como imperceptible gota de rocío que por la mañana desciende sobre la tierra. Pero, aunque no somos más que polvo y ceniza, te alabamos, Señor, y bendecimos, te glorificamos y ensalzamos tu santo Nombre; y desde el profundo abismo de nuestra nada te tributamos el humilde homenaje de nuestras adoraciones.

Porque eres nuestro único Dios, y no hay otro Dios fuera de Ti, te adoramos, Señor, y bendecimos.

Porque eres el único y verdadero Ser, eterno e increado; y todos los seres creados hemos sido sacados por Ti, de la nada:
Por las infinitas perfecciones de tu Ser incomprensible:
Por la unidad de tu esencia y la Trinidad de tus Personas:
A Ti, Padre de inmensa majestad:
A Ti, Verbo divino, Hijo unigénito del Padre:
A Ti, Espíritu Santo, Paráclito:
A Ti, Verbo Encarnado, Jesucristo, Rey de la gloria:
A Ti, Dios y Hombre, Hijo unigénito de la siempre Virgen María:
A Ti, Cordero de Dios, inmolado por la salvación del mundo:
A Ti, Hostia Eucarística, ofrecida diariamente sobre nuestros altares:
A Ti, que estás sentado a la diestra del Padre:
Porque Tú solo eres el Santo, Tú solo el Señor, Tú solo el Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria del Padre:
A Ti, Señor Dios, bendito en el firmamento del cielo, y digno de loor y de gloria por todos los siglos:
A Ti, a quien los Angeles y los Serafines claman: Santo, Santo, Santo:

¡Te adoramos, Señor, y bendecimos!

A Ti, cuya inmensa gloria y majestad llenan los cielos y la tierra:
A Ti, que penetras con profunda mirada los abismos, y te asientas sobre los Querubines:
A Ti, cuyo Nombre es santo, glorioso y bendito y digno de ser alabado, y sobremanera ensalzado en todos los siglos:
A Ti, en el templo santo de tu gloria:
A Ti, en el Trono de tu reino:
Con la Reina de los Angeles:
Con todas las jerarquías de Espíritus bienaventurados:
Con el glorioso coro de los Apóstoles:
Con la venerable multitud de los Profetas:
Con el cándido ejército de los Mártires:
Con la Iglesia santa que te adora y confiesa sobre toda la redondez del globo:
Con la creación entera:

¡Te adoramos, Señor, y bendecimos!

Dios santo, Dios fuerte, Dios inmortal: recibe benigno el humilde tributo de nuestras alabanzas y adoraciones; porque, si bien tu grandeza es infinita y de nada necesitas, amas todo cuanto tiene ser, y no aborreces nada que sea hechura de tus manos. Así, pues, aunque mi-

serables y pecadores, reconocemos nuestra vileza, y nos gozamos en tu magnífica gloria. ¿Quién como Tú, Señor Dios nuestro, que moras en las alturas, y fijas tu amorosa mirada en los humildes, en el cielo y en la tierra? En la imposibilidad de ensalzarte como mereces, nos unimos a la Hostia divina de nuestros altares, y te ofrecemos en ella y por ella el gran sacrificio de alabanza, y único holocausto verdaderamente digno de Ti, el cual, a gloria de tu santo Nombre, inmoló Jesucristo nuestro Salvador en el ara de la Cruz. Bendito eres, Señor Dios nuestro, y digno de ser adorado y ensalzado sobre todo loor y toda gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

INVOCACIONES
A LA PRECIOSA SANGRE

¡Oh Sangre divina y adorable, precio de la Redención del universo, fuente de vida eterna que refrigeras nuestras almas, las purificas de toda mancha, e intercedes poderosamente por todo el género humano ante el trono de la Misericordia! te adoramos profundamente y quisiéramos reparar, con la pureza y fervor de nuestros homenajes, las injurias y ultrajes que continuamente recibes de los hombres, y sobre todo, por sus sacrilegios y blasfemias. ¡Oh quién pudiera bendecir como es debido esta Sangre de valor infinito! ¡Oh Amor divino! nos diste este bálsamo saludable para remedio de todas nuestras llagas, y en prenda de tu misericordiosa caridad para con tus hijos. Haz que todos los corazones te alaben, bendigan, y den eternas gracias.

Sangre preciosa por mi amor vertida:
En tus raudales de amor, lávanos, Sangre divina.
Sangre de mi Dios, noble, excelsa y rica:
En tus raudales de amor, lávanos, Sangre divina.

Sangre Redentora, vida de mi vida:
Sangre derramada por las culpas mías:
Sangre rubicunda de estima infinita:
Sangre del Costado en la cruel herida:
Sangre consagrada en Hostia pacífica:
Sangre con que aplacas tu justísima ira:
Sangre que borraste la Escritura antigua:
Sangre en cinco pórticos de mejor Piscina:
Sangre que te ofreces por quien más te pisa:
Sangre que llorando mi Jesús vertía:
Sangre que en las lágrimas hilo a hilo corrías:
Sangre que te viste de hombres abatida:
Sangre que brotaron agudas espinas:
Sangre que fuiste arrastrada y escupida:
Sangre que vertieron manos atrevidas:
Sangre dulce y suave, humana y divina:
Sangre que nutrió la dulce María.
Sangre de mi alma, sangre de mi vida:

¡En tus raudales de amor, lávanos, Sangre divina!

Sangre siempre pronta a curar heridas:
¡En tus raudales de amor, lávanos, Sangre divina!
Sangre en que se funda la esperanza mía:
¡En tus raudales de amor, lávanos, Sangre divina!
Sangre encendedora de las almas tibias:
¡En tus raudales de amor, lávanos, Sangre divina!
Sangre que haces fuerte al que en ti medita: ¡En tus raudales de amor, lávanos, Sangre divina!

℣. Adorámoste, preciosa Sangre, y te bendecimos.
℟. Porque en la Cruz santa redimiste al mundo.

ORACIÓN

Omnipotente y sempiterno Dios, que con la Sangre de tu Hijo quisiste ser aplacado, y que nosotros fuésemos redimidos: rogámoste, que nos concedas de tal suerte hacer memoria del precio de nuestra salvación, que podamos en esta vida conseguir el perdón, y en la eternidad el premio de la gloria, por el mismo Jesucristo, Señor Nuestro tu Hijo, que contigo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN DE SAN CAYETANO

Mirad, Señor, desde vuestro santuario y desde lo más alto de los cielos donde tenéis vuestra morada, y ved a esta santa Víctima que os ofrece vuestro gran Sacerdote, vuestro divino Hijo Jesús, por los pecados de sus hermanos, y perdonadnos nuestras innumerables iniquidades. He aquí que la voz de Jesús, nuestro hermano, clama a Vos desde la cruz. Escuchad, Señor: aplacaos, Señor; oíd y obrad, Dios mío, desde luego, por ser quien sois, porque vuestro santo Nombre ha sido invocado en favor de esta ciudad y de este pueblo: y haced con nosotros según vuestra misericordia. Amén.

Que os dignéis defender a esta ciudad, pacificarla, guardarla, conservarla y bendecirla. Os lo rogamos: oídnos.

(Hay 100 días de indulgencia por cada vez que se rece esta oración ante el Santísimo Sacramento expuesto o encerrado en el Sagrario. —Pío IX, por Rescripto de la S. C. de I., de 4 de Febrero de 1877).

Abalanza, adoración, amor y reconocimiento sean tributados continuamente al Corazón Eucarístico de Jesús, en todos

los sagrarios del mundo, hasta la consumación de los siglos. Amén.

(100 días de indulgencia.—Pío IX, por Rescripto de 29 de Febrero de 1868).

ORACIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA

(Su Santidad León XIII se dignó conceder varios días de indulgencia a todos los fieles que recen estas preces).

Corazón de Jesús en la Eucaristía, dulce compañero de nuestro destierro,
Corazón Eucarístico de Jesús,
Corazón solitario, Corazón humillado,
Corazón abandonado, Corazón olvidado,
Corazón menospreciado, Corazón ultrajado,
Corazón desconocido de los hombres,
Corazón amante de nuestras almas,
Corazón que andáis solicitando nuestro amor,
Corazón paciente en esperarnos,
Corazón solícito en escucharnos,
Corazón deseoso de ser invocado,
Corazón manantial de nuevas gracias,
Corazón que en medio de vuestro silencio anheláis conversar con las almas,
Corazón dulce retiro de la vida oculta,

Yo os adoro.

Corazón dueño de los secretos de la unión divina,
Corazón de Aquel que, aunque duerme, siempre vela,
Corazón Eucarístico de Jesús: tened piedad de nosotros,
} Yo os adoro.

Oh víctima de amor: *deseo consolaros.*

Yo me uno a Vos, me inmolo con Vos y me anonado en vuestra presencia.

Quiero olvidarme de mí y sólo pensar en Vos, ser olvidado y despreciado por vuestro amor, de nadie ser conocido ni amado, sino de Vos.

Callaré para escucharos, y saldré de mí mismo para perderme en Vos.

Haced que alivie así la sed de mi salvación y santificación que os abrasa y que, limpio ya mi corazón, os ofrezca un amor puro y sincero.

No quiero cansar más vuestra paciencia en esperarme, recibidme ya, pues a Vos me entrego.

Os ofrezco todas mis obras, mi entendimiento para que le ilustréis, mi corazón para que le dirijáis, mi voluntad para que la confirméis, mi pobreza para que la socorráis, mi alma y cuerpo, en fin, para que los sustentéis.

Corazón Eucarístico de Jesús, pues vuestra sangre es la vida de mi alma, que

ya no viva yo, sino Vos solo vivid, en mí.

Corazón Eucarístico de Jesús, que os abrasáis en nuestro amor, inflamad nuestros corazones en vuestro amor.

CONSAGRACIÓN

AL CORAZÓN EUCARÍSTICO DE JESÚS

Jesús mío, Dueño adorado, que escondido en el Sacramento del amor os quedasteis aquí conmigo para endulzar mi destierro ¿cómo no consagrarme yo a consolaros en el vuestro? Ya que Vos me dais vuestro Corazón ¿cómo no entregaros yo el mío?

Verdad es que al ponerme en vuestras manos, granjeo mi propia ganancia, hallando el inestimable tesoro que se encierra en un corazón amante, desinteresado y fiel, cual desearía yo que fuese el mío. ¡Ay Señor! bien veo que siempre estoy recibiendo y que nada puedo dar. Imposible me es competir con Vos en generosidad, pero sabed que os amo. Dignaos aceptar mi pobre corazón aunque nada valga; algo será para Vos pues que le amáis; hacedle fiel y guardadle.

Os consagro, oh Corazón Eucarístico de Jesús, todas las potencias de mi alma y las fuerzas todas de mi cuerpo; quiero esforzarme en conoceros y amaros más y más cada día para haceros conocer

y amar; no deseo trabajar sino a gloria vuestra, para cumplir la voluntad de vuestro Eterno Padre. Ofrézcoos todos los instantes de mi vida, deseando que sean otros tantos actos de adoración ante vuestra real presencia, de acción de gracias por el incomparable beneficio de la Eucaristía, de reparación por nuestra cruel indiferencia, y de incesante súplica a fin de que ofrecidas por Vos, con Vos y en Vos, se eleven nuestras oraciones purificadas y fecundas hasta el trono de la misericordia divina para su eterna gloria. Amén.

ACTO DE DESAGRAVIO

AL CORAZÓN EUCARÍSTICO DE JESÚS

Oh Corazón Eucarístico de mi Dios, que respiráis y palpitáis bajo el velo de las especies sacramentales, os adoro. Abrasado de amor al considerar el infinito beneficio de la divina Eucaristía y profundamente arrepentido de mi ingratitud, me confundo y anonado en el abismo de mi bajeza, y me arrojo en el abismo más profundo aún de vuestra misericordia.

Me escogisteis en la niñez y sin desdeñar mi flaqueza descendisteis a mi mezquino corazón y vinisteis a convidarle a un amor mutuo y a colmarle de paz y ventura; mas yo, Jesús mío, todo lo perdí con mi infidelidad. Dejé que mi entendimiento se extraviara y se entibiase mi corazón; di oídos a mi amor propio y me olvidé de Vos. Queríais ser el guía, consejero y protector de mi vida; mas yo, dejando a las pasiones que ahogasen vuestra dulcísima voz, me alejé de vuestra vista y os olvidé. En las saludables pruebas de la tribulación, en la alegría de las consolaciones, en mis dudas y ne-

cesidades todas, en vez de acogerme a vuestro amparo, corrí en busca de las criaturas sin acordarme de Vos. Solo, Jesús mío, os dejé en esos sagrarios, en los cuales, abandonado de los hombres, desfallecéis de amor: en las iglesias de nuestras ciudades donde tanto se os insulta, en los corazones fríos y sacrílegos, y en mi propio y culpable corazón, oh Jesús mío, y esto aun al acercarme a recibiros y hasta después de teneros en mi pecho. A Vos vuelvo, Corazón Eucarístico de mi Salvador, que fuisteis las delicias de mi primera Comunión y de los días en que os permanecí fiel: volved, atraedme de nuevo hacia Vos, perdonadme todavía por esta vez, y todo lo expiaré a fuerza de amor.

Ofreced Vos, glorioso Arcángel San Miguel, y Vos, San Juan el discípulo amado, este acto de desagravio y sedme propicios. Amén.

(100 días de indulgencia.—León XIII).

CINCO ACTOS DE ADORACIÓN

Y DESAGRAVIO A JESÚS SACRAMENTADO

ACTO PRIMERO

Os adoro profundamente ¡oh Jesús mío Sacramentado! os reconozco por verdadero Dios y verdadero hombre, y con este acto de adoración me propongo suplir la frialdad de tantos y tantos cristianos que, al pasar por delante de vuestros templos, y tal vez por delante del sagrado Tabernáculo, en el cual os dignáis permanecer a todas horas con una amorosa impaciencia de comunicaros a vuestros fieles, ni siquiera os saludan, y con su indiferencia se muestran como los Hebreos en el desierto hastiados de este maná celestial; y os ofrezco la preciosísima Sangre que derramasteis de la llaga de vuestro santo pie izquierdo, en desagravio de tan repugnante tibieza, y dentro de esta llaga repito una y mil veces:

Alabanzas y gracias sean dadas en todo momento, al Santísimo y divinísimo Sacramento.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria Patri.

ACTO SEGUNDO

Os adoro profundamente ¡oh Jesús mío! os reconozco presente en el Santísimo Sacramento, y con este acto de adoración me propongo suplir el desconocimiento de tantos cristianos, que viendo que vais a daros a los pobres enfermos para confortarlos en el gran viaje de la eternidad, os dejan sin acompañamiento, y apenas se dignan tributaros un acto de externa adoración; y en desagravio de tanta frialdad os ofrezco la preciosísima Sangre que derramasteis de la llaga de vuestro pie derecho, dentro de la cual, repito mil y mil veces:

Alabanzas y gracias, etc.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria...

ACTO TERCERO

Os adoro profundamente ¡oh Jesús mío, verdadero Pan de vida eterna! y con esta adoración me propongo compensar las muchas heridas que sufre vuestro Corazón cada día, con la profanación de las iglesias, en las que os dignáis habitar bajo las especies sacramentales, para ser amado y adorado de vuestros

fieles; y en reparación de tantas irreverencias os ofrezco la preciosísima Sangre que derramasteis de la llaga de vuestra mano izquierda, dentro de la cual repito a cada instante:

Alabanzas y gracias, etc.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria...

ACTO CUARTO

Os adoro profundamente ¡oh Jesús mío, Pan vivo bajado del Cielo! y con este acto de adoración me propongo reparar tantas y tantas irreverencias, como cometen cada día vuestros fieles durante la santa Misa, en la cual por un exceso de amor renováis el mismo sacrificio, aunque incruento, que consumasteis ya en el Calvario por nuestra salud; y os ofrezco en reparación la preciosísima Sangre que derramasteis de la llaga de vuestra mano derecha, dentro de la cual uno mi voz a la de los ángeles que os hacen devota corte, diciendo con ellos:

Alabanzas y gracias, etc.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria...

ACTO QUINTO

Os adoro profundamente ¡oh Jesús

mío, verdadera víctima de expiación de nuestros pecados! y os ofrezco este acto de adoración en desagravio de los ultrajes sacrílegos que recibís de tantos ingratos cristianos que se atreven a acercarse a recibiros en la comunión con pecado mortal. En reparación de tan abominables sacrilegios, os ofrezco las últimas gotas de vuestra preciosísima Sangre que derramasteis de la llaga del costado, dentro de la cual vengo a adoraros, bendeciros y amaros, y a repetir junto con todas las almas devotas del Santísimo Sacramento:

Alabanzas y gracias, etc.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria...

(Están concedidos 300 dias de indulgencia por cada vez que se recen estos cinco actos.—Pío VII, en Rescripto de 26 de Agosto de 1814).

A. M. D. G.

ÍNDICE

	Págs.
Censura y licencia eclesiásticas	5
Advertencia para la segunda edición	7
Motivo de esta obra	9
Mes del Santísimo Sacramento	13
Consideración preliminar.—La Sagrada Eucaristía es compendio de las maravillas de Dios	16
Cántico al Santísimo Sacramento	23
Oración final	27
Consideración 1.ª—El Deseado de las Naciones	28
2.ª—La Eucaristía y la Encarnación	34
3.ª—La Visitación	39
4.ª—Belén o la Casa del Pan	46
5.ª—La adoración de los Magos	52
6.ª—La Sagrada Eucaristía y los santos Angeles	58
7.ª—El «Nunc dimittis»	63
8.ª—La Vida oculta	69
9.ª—El Solitario del Tabernáculo	75
10.—La Palabra de vida eterna	80
11.—Las Bodas de Caná	86
12.—La Simiente de vida	92
13.—El Buen Pastor	98
14.—La Cena magna	104
15.—La multiplicación de los panes en el désierto	110
16.—La Transfiguración	118
17.—La resurrección de Lázaro	126
18.—La entrada en Jerusalén	132
19.—La Institución del Santísimo Sacramento	139

Págs.

20.—La traición de Judas 146
21.—Getsemaní 152
22.—La Flagelación 157
23.—El Calvario 163
24.—La Preciosa Sangre 170
25.—El santo Entierro 176
26.—La Resurrección 184
27.—Magdalena ante el Sepulcro . . . 190
28.—Emmaús 196
29.—La pesca milagrosa 203
30.—La Ascensión 210
31.—La Reina del Cenáculo 218
Tríduo en honor del Santísimo Sacramento.— Consideración 1.ª—La Sagrada Eucaristía es prenda del amor que Jesucristo nos tiene 223
2.ª—La Sagrada Eucaristía es el último exceso del amor de Cristo a los hombres 229
3.ª—La Sagrada Eucaristía es nuestro verdadero Pan de vida 236
Actos de Reparación.—I 242
Segundo Acto de Reparación 245
Tercer Acto de Reparación 247
Cuarto Acto de Reparación 249
Quinto Acto de Reparación 251
Sexto Acto de Reparación 254
Acción de Gracias 257
Acto de Adoración 260
Invocaciones a la Preciosa Sangre . . 264
Oración de San Cayetano 267
Oración al Corazón de Jesús en la Eucaristía 269
Consagración al Corazón Eucarístico de Jesús 272
Acto de desagravio al Corazón Eucarístico de Jesús 274
Cinco actos de adoración y desagravio a

Págs.

Jesús Sacramentado.—Acto primero . 276
Acto segundo 277
Acto tercero 277
Acto cuarto 278
Acto quinto 278
Indice 281

NIHIL OBSTAT

El Censor,

Juan B. Codina

Barcelona 7 de Mayo de 1914.

IMPRÍMASE

El Vicario Capitular,

José Palmarola.

Por mandato de Su Sría.

Lic. Salvador Carreras, Pbro.

ORACION DE ENTRONIZACION

"Dulcísimo Jesús, Redentor del género humano, miradnos humildemente postrados ante vuestra presencia. Vuestros somos y vuestros queremos ser en este hogar; y para que podamos unirnos más intimamente a Vos, cada uno de nosotros nos consagramos hoy espontáneamente a vuestro Sagrado Corazón.

En verdad que muchos jamás os conocieron; muchos os abandonaron después de haber despreciado vuestros mandamientos; Tened misericordia de unos y otros, benignísimo Jesús, atraednos a todos a vuestro Santísimo Corazón.

Reinad, Señor, no solamente sobre los fieles que jamás se apartaron de Vos, sino también sobre los hijos pródigos que os abandonaron; haced que éstos, prontamente regresen a la casa paterna, para que no perezcan de hambre y de miseria.

Reinad sobre aquellos a quienes traen

engañados las falsas doctrinas o se hallan divididos por la discordia, volvedlos al puesto de la verdad y a la unidad de la fe, para que en breve no haya sino un solo redil en un solo Pastor.

Conceded, Señor, a vuestra Iglesia segura y completa libertad; otorgad paz a las naciones y haced que del uno al otro polo de la tierra resuene esta sola voz: Alabado sea el Divino Corazón, por quien nos vino la salud: a El sea la gloria y honor por todos los siglos. Amén.

CONSAGRACION PERSONAL AL DIVINO CORAZON DE JESUS

Oh, dulcísimo Jesús: yo os consagro mi mi corazón, colocadlo en el Vuestro, pues solo en él quiero vivir y solo a él quiero amar. En Vuestro corazón quiero vivir desconocido del mundo y conocido de Vos solo, en él encontraré la fuerza, la luz, el valor y el verdadero consuelo, cuando el mío esté desfallecido, él me reanimará, cuando inquieto y turbado él me tranquilizará. Haced oh Corazón Santísimo que mi corazón sea el altar de Vuestro Amor, que mi mente medite en vuestras adorables perfecciones; que mis ojos estén siempre fijos en Vuestras santas llagas. Que todo en mí exprese mi amor a Vuestro divino Corazón y que mi corazón esté siempre pronto a sacrificarlo todo por Vos. Así sea.

Padre Nuestro.— Ave María.— Gloria al Padre . . . . .

Corazón Sacratísimo de Jesús.
En Vos confío.
Dulce Corazón de María.
Sed salvación del alma mía.


CONGREGATIO SACERDOTUM ss. cc. JESU et MARIAE OBLATORUM
ΘΑΔ